24

LA NOVELA ILUSTRADA

II ÉPOCA — PERIÓDICO SEMANAL DE NOVELAS. — NÚM. 147

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

TOMO NOVENO

POR R. ORTEGA Y FRIAS

Diez espadas cayeron sobre el último soldado, dejándole sin vida

35 CTS.

03/2H

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

MADRID.—Imprenta de A. Marzo. San Hermenegildo, 32 duplicado. Teléfono 1.977.

R. 43.150
BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

Ó

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

R. ORTEGA Y FRIAS

TOMO NOVENO

LA NOVELA ILUSTRADA
Director literario: Vicente Blasco Ibáñez.
Oficinas: Mesonero Romanos, 42.
MADRID

OBRAS PUBLICADAS POR "LA NOVELA ILUSTRADA,,

1.—Renata Mauperrin, por J. y E. Goncourt.
¡Centinela, alerta!, por Matilde Serao.
2.—Los mil y un fantasmas, por A. Dumas.
5.—El hijo de la parroquia, por C. Dikens.
4.—Carmen, por Próspero Merimée, y Corazón de torero, por Teófilo Gautier.
6.—Hércules el atrevido, por A. Dumas.
6.—El Doctor Rameau, por Jorge Ohnet.
7.—Humo, por Iván Turguenef.
8.—El pescador de Islandia, por Pierre Loti.
9.—Raffles el elegante, por E. W. Hornung.
10.—La Savelli, por G. Agustín Thierry.
12.—Amor de española, por J. B. d'Auréville.
16.—Fuerte como la muerte, por G. Maupassant.
19.—La dama vestida de blanco, por W. Collins.
17.—Crimen y castigo, por F. Dostoyewsky.
18.—Miss Mefistófeles, por Fergus Hume.
19.—El sombrero del cura Cirilo, por Marchi.
20.—Tiempos difíciles, por Carlos Dikens.
22.—Las aguas del monte Oriol, por Guy de Maupassant.
23.—El hombre del antifaz negro, por E. W. Hornung.
24.—Venganza corsa, por Próspero Merimée.
25.—Padre y fiscal, por Francisco Copée.
26.—El ilustre Cantasirena, por G. Rovetta.
27.—El ladrón nocturno, por E. W. Hornung.
28.—El ídolo de los ojos verdes, por P. Krebner.
29.—Los buscadores de oro, por E. Conscience.
31.—La bohemia, por Enrique Murger.
33.—La peña del muerto, por Quiller Couch.
34.—Los caballeros del Bosque, por J. Sand.

Colección Conan-Doyle.

11.—Sable en mano.
12.—Al galope.
14.—La bandera verde.
21.—La tragedia del Korosko.
29.—El millón de la herrendera.
38.—El vendedor de cadáveres.
43.—El robo del diamante azul.

Colección Victor Hugo.

38.—Bug-Jargal.
36.—Han de Islandia.
37.—El noventa y tres.
39.—El hombre que ríe (2 tomos).
58.—Los trabajadores del mar.
42.—Nuestra Señora de París.
41 y 42.—Los miserables (3 tomos).

Colección Tolstoi.

44.—Resurrección.
46.—La guerra y la paz.
48.—La Sonata de Kreutzer.
47 y 48.—Ana Karenine (2 tomos).

Colección Rocambole, por Ponson du Terrail.

77.—La herencia de los doce millones.
78.—El tonel del muerto.
79.—El Club de los Veinticuatro.
80.—El rival de Baccarat.
81.—La estocada de los cien luises.
82.—El juramento de la gitana.
83.—Las dos Condesas.
84.—El triunfo del mal.
85.—Rocambole tiene miedo.
86.—El espectro de la guillotina.
87.—Los Caballeros del Claro de Luna
88.—La sombra de Diana.
89.—El pacto de las tres mujeres.
90.—El hombre de las gafas azules.
94.—El número ciento diez y siete.
95.—La cárcel de mujeres.
96.—Los lobos de la nieve.
97.—El telegrama falso.
98.—Las garras de color de rosa.
99.—La taberna de la muerte.
100.—El fantasma de las cadenas.
101.—Las canteras del crimen.
102.—El cadáver de cera.
103.—La viuda de los tres maridos.
104.—Las fieras de la selva.
105.—El barril de pólvora.
106.—Los tres verdugos.
107.—El molino sin agua.
108.—El plan del hombre gris.
109.—El cementerio de los ajusticiados.
110.—Una cita de amor.
111.—Los dos detectives.
112.—El reo de muerte.
113.—La cuerda del ahorcado.
114.—La niña muda.
115.—El secreto de la cartera.
116.—La casa de las rosas.
117.—Los papeles del asesino.
118.—El rapto de una muerta.
119.—El nilo rojo.

Colección Dumas.

48 y 50.—Los tres mosqueteros (2 tomos).
51 á 53.—Veinte años después (3 tomos).
54 á 59.—El Vizconde de Bragelonne (6 tomos).
60 á 65.—El Conde de Montecristo (4 tomos).
64 y 65.—Ascanio (2 tomos).
66 á 68.—Las dos Dianas (3 tomos).
69 y 70.—El paje del Duque de Saboya (2 tomos).
71.—El horóscopo.
72 y 73.—La Reina Margarita (2 tomos).
74 á 76.—La dama de Monsoreau (3 tomos).
91 á 93.—Los cuarenta y cinco (3 tomos).
120 á 125.—Memorias de un médico (6 tomos).
126 á 129.—El collar de la reina.

Coleccion Ortega y Frías.

130 á 138.—El tribunal de la sangre (9 tom.).

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

O

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

CAPITULO PRIMERO

LO QUE DETERMINÓ EL HUÉRFANO

David estaba solo y se paseaba en su habitación.

Su cabeza inclinada sobre el pecho y su frente pálida y contraída revelaban, no solamente su preocupación, sino sus sufrimientos.

—¡Dios de Dios!—exclamó el gigante al entrar y como si ya no pudiera contenerse.—¡Ira de Satanás!... ¡Cien mil legiones de condenados!...

—¡Simón!—dijo el huérfano, deteniéndose y mirando con sorpresa á su amigo.

—¡Por los cuernos de Lucifer!...

—¿Qué te sucede?

—Ya me falta la paciencia, estoy desesperado... ¡Vive el cielo!... Y de todo esto tú tienes la culpa; nadie más que tú... ¡Rayos y truenos!...

—¿Quieres explicarte?

—Mira David, te anuncio que dejaremos de ser amigos, porque no me importa morir; pero sí me importa mucho reventar, como reventaré si sigo callando y sufriendo con paciencia lo que no puedo sufrir.

—Está visto—repuso el huérfano—; preciso es dejar que te desahogues, porque de otro modo no acabarás de decir lo que te sucede.

—A mí nada me sucede, ¿lo entiendes? nada.

—Entonces...

—Escúchame, y si te empeñas en hacer lo que has hecho hasta aquí, no me hables más de tus asuntos y que Dios te proteja.

Estas palabras, que en Simón eran manifestaciones del más tierno cariño, hicieron desplegar á David una dulce sonrisa.

—Bien—dijo—, haré lo que quieras si no cambias de opinión dentro de pocos minutos.

—Claro es que cambiaré si te dejo hablar, porque cuando empiezas con tus razonamientos, acabas por aturdirme y ya no sé lo que me hago ni lo que me digo y tengo que convencerme; pero ahora no te escucharé. Quiero retorcerle el pescuezo á dos hombres, y si no me dejas, yo te dejaré, y en paz.

—¿Y quiénes son esos dos hombres?

—El primero el señor Antolín de Santoyo.

—¿No es nuestro amigo? ¿Acaso no ha arriesgado su vida con nosotros y en defensa de nuestros intereses?

—El señor Antolín es un bribón, repuso el gigante—, y el día menos pensado nos volverá la espalda y se irá con nuestros enemigos.

—Entonces tendremos derecho para acusarlo; pero mientras eso no suceda, ¿qué podemos echarle en cara?

—Pronto lo sabrás.

—Bien, ya te escucho.

—Acabo de separarme del señor Antolín

—Ya sé que habiais de comer juntos.

—¿Sabes de lo que ha estado hablándome toda la mañana?

—No lo adivino.

—Pues bien, no se ha ocupado de otra cosa que de su amor. ¡Mil truenos!... ¡Su amor!...

—¿Y qué nos importan los amores del señor Antolín?

—Nos importan mucho.

—No te comprendo.

—Ese tunante dice que está enamorado de la hija del señor Jacobo...

—¡Simón!—exclamó David, cuyos ojos se iluminaron repentinamente.

—Ya lo estás viendo.

—¡Enamorado de Isabel!

—No creo en semejante amor; pero lo finge, quiere casarse con ella, y si no acudimos al remedio...

—Tranquilízate—interrumpió el huérfano, recobrando la calma.

Y sonrió desdeñosamente.

—¡Te ríes!—dijo Simón, dispuesto á dejarse arrebatar otra vez por la cólera.

—Sí, me río.

—Eso es incomprensible: reirse cuando e sabe que hay un rival, y que ese rival es capaz de todo...

—Isabel no amará al señor Antolín, y harto castigado quedará él con un desengaño

—¿Y si embauca al señor Jacobo ó á don Martín?

—No lo conseguirá.

—Pero el caso es que lo intenta.

—Peor para él

—Y ese intento es un crimen...

—No será el primero ni el último.

—David, tu calma me desespera.

—Sin embargo, empiezas á convencerte de que debemos mirar con lástima al hidalgo, porque si bien lo piensas, su porvenir no es el más risueño

—Por malo que sea—replicó el gigante—, mucho peor es el nuestro.

David, como un hombre que ya lo mira todo con indiferencia, se encogió de hombros.

—Sepamos—dijo—quién es ese otro que también deseas quitar del mundo.

—¿No conoces al vizconde de la Fuente?

—¡Oh!...

—Pues ese es.

—Motivos hay para que le odiemos, porque el vizconde fué uno de los miserables que intentaron apoderarse de Isabel, cuando tú la protegías.

—No te equivocas.

—Pero el pecado es ya demasiado antiguo, y puesto que no consiguió su intento, debemos perdonarlo, siquiera en gracia de que aquel suceso fué causa de que doña Isabel encontrase al señor Leandro del Castillejo, y el señor Jacobo recuperase su fortuna.

—¿Y no temes que el vizconde intente otra vez hacer alguna de las suyas?

—No lo intentará, porque ahora no se trata de una mujer desvalida y pobre, sino de una dama de posición respetable.

Además, supongo que el vizconde no ha estado nunca enamorado de doña Isabel, y aunque lo hubiese estado, ya su amor habría concluído, ó por lo menos se habría entibiado, hasta el punto de que no fuese bastante para producir arrebatos y cometer la locura de ponerse en lucha abierta con hombres como don Martín, porque con don Martín habría de entenderse, si el esposo ofendido no podía volver por su honra.

Simón contempló silenciosamente por algunos momentos á David, y luego dijo:

—No se equivoca quien asegura que el amor vuelve tontos á los de más agudo ingenio. ¡Mil rayos!...

Desde que estás enamorado, no te reconozco.

—Pues supla tu entendimiento la falta ó turbación del mio—repuso irónicamente David.

—El vizconde no estaba muy enamorado de doña Isabel; pero ahora lo está de su hija.

—¡De su hija!...

—Sí.

—¡Oh!...

La frente del huérfano se contrajo aún más de lo que estaba, y su mirada se hizo profundamente sombría

Entre el vizconde y el señor Antolín había una gran distancia.

Este no era un rival temible; pero el otro sí.

El vizconde, tanto por su elevada posición como por sus prendas personales, podía fácilmente interesar el corazón de la inocente Isabel.

Y si se presentaba solicitando la mano de la pobre niña, ¿cómo se la negaban, si ella quería concederla?

A un hombre como el vizconde no podía tratársele lo mismo que á Santoyo.

Ninguna razón habría para rechazarlo, porque sus antiguas calaveradas no eran un motivo serio, si él cambiaba de conducta.

Todo dependía de que ella le correspondiese, y esto era tanto más fácil cuanto se trataba de un hombre de varonil belleza, de claro talento y de prendas seductoras en todos sentidos, de un hombre que sabía sobradamente cómo se interesaba el corazón de una mujer, sobre todo cuando la mujer era una niña cándida.

Nada más fácil sino que la joven amase al calavera cuando pudiese verlo después de recobrar la vista, y aun antes podía sentir hacia él inclinación con sólo escuchar sus galantes palabras y su persuasivo acento.

El desdichado David pasó largo rato sin poder articular una sílaba.

El aguijón de los celos lo atormentó horriblemente, sintió afluir á su cabeza toda su sangre, y parecióle que su pecho encerraba una hoguera.

Era imposible que desde aquel momento no odiase al vizconde como se odia al que nos hiere en el corazón, al que nos roba la dicha.

¿Qué haría David?

Le sobraba valor para ponerse frente á su rival y que uno de ambos dejase de existir.

¿Pero con qué derecho querría estorbar al vizconde que amase á Isabel?

Para hacerlo así le era forzoso revelar

su amor, y ya sabemos que quería ocultarlo á toda costa.

Le quedaba un medio, el de buscar querella, con cualquier motivo, lo cual era muy fácil, pues á la más ligera provocación, á la menor sombra de ofensa, el vizconde llevaría la mano á la espada.

Este fué el primer pensamiento de David, y su primer impulso fué el de salir para buscar á su rival y matarlo ó morir á sus manos

Sin embargo, se detuvo, porque un hombre que como él tiene la costumbre de dominarse y sufrir toda su vida, no procede nunca ligeramente.

David, que tantos sacrificios había hecho, que con tan rara abnegación no había pensado nunca más que en el bien de los otros, acabaría por dar una nueva prueba de su grandeza de alma, de sus nobles sentimientos.

—¿Qué significaba en último caso un duelo con el vizconde?

No significaba más que el egoísmo, y antes que ser egoísta, preferiría el huérfana morir de desesperación.

Isabel no la amaba.

¿Con qué derecho estorbaría que la joven amase á otro?

Si él no podía ser dichoso, ¿por qué no habían de serlo los demás?

La culpa de sus desgracias no era de nadie, sino de su negro destino.

¿Debían pagar otros en ensañamiento de la fatalidad que perseguía á David?

No, esto no era justo.

Matar al vizconde era lo mismo que decir:

—Ya que esa mujer no puede ser mía, porque no me ama, no quiero que sea de nadie; ya que yo he de sufrir y morir horriblemente atormentado, que sufra también ella hasta morir; puesto que yo soy desgraciado, que lo sean todos.

Sí, esto significaba cualquier intento contra el vizconde, y esto no cabía en el alma noble del huérfano.

Era forzoso hacer un sacrificio más, el último sacrificio.

En vez de estorbar la dicha de Isabel, debía protegerla.

Si el corazón de la inocente joven se interesaba por el vizconde, si era amada como merecía, si en esto consistía su felicidad, que fuese dichosa.

Más ó menos tarde, la muerte acabaría con todos los sufrimientos de David.

Si se había visto perseguido, si había sido víctima de la injusticia de los hombres, también había encontrado nobles corazones que lo amasen.

Un sacrificio más, morir después con la conciencia tranquila y dejar un buen recuerdo á sus amigos.

David amaba á la esposa de Jacobo como un hijo ama á su madre, y por ella era capaz de todo, como lo había sido desde que la encontró en el camino de su desdichada existencia.

A despecho de las malas pasiones que se levantaron airadas y terribles en el alma de David, pensó en todo esto y acabó; si no por recobrar la calma, al menos por tranquilizarse lo suficiente para poder seguir la conversación y obrar con el acierto que el caso requería.

—Veamos—dijo al fin—, veamos en qué te fundas para creer que el vizconde ama á la hija del señor Jacobo.

—Me fundo en que él mismo se lo ha

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

confesado al señor Antolín y en que el señor Antolín lo vió anoche en esta calle, y no solamente lo vió, sino que le oyó entonar dulces trovas al objeto de su cariño.

—Sí, me parece haber oído anoche una música; pero yo estaba aturdido y á esta circunstancia no le di valor alguno.

—No quiere el señor Antolín que nadie se mezcle en este asunto, aunque yo me ofrecí á quitar de enmedio al vizconde.

—Tiene razón, porque siendo su rival, á él le corresponde disputarle la dama; pero no tocará el señor Antolín á un solo cabello del vizconde si éste consigue ser correspondido por Isabel, porque en semejante caso, yo protegeré á los amantes, y ¡desdichado del que intente turbar su dicha!

Simón abrió la boca y los ojos, fijando en David una mirada de profunda sorpresa; porque para él era inconcebible que su amigo, no solamente renunciara al objeto de su amor, sino que protegiera los amores de Isabel con otro.

No, este rasgo de abnegación no podía ser concebible para el gigante, á pesar de que ya sabemos estaba dotado de gran corazón y de que era capaz de hacer por el huérfano todos los sacrificios que éste hacía por los demás.

David, con tranquilidad por lo menos aparente, entró en explicaciones sobre la situación, discurriendo en el sentido que ya hemos indicado.

Poco á poco iba enfriándose la ira de Simón, sucediendo lo que temía éste; pues empezó á convencerse de que no había sabido apreciar los sucesos, y de que era preciso obrar con mucha prudencia, evitando actos violentos y escándalos, que no podían dar otro resultado que el de agravar la situación.

Siempre sucedía lo mismo: David tenía el don de convencer á su amigo, porque éste no era dueño de su voluntad, sino que la había esclavizado á la del huérfano.

No tuvo paciencia el gigante para escuchar hasta el fin, porque empezaba á sentirse aturdido, y se vió precisado á interrumpir al joven, diciéndole:

—Calla.

—¿No quieres que acabe de explicarme?

—No.

—Entonces será imposible que lleguemos á entendernos.

—Sí, será imposible si continúas hablando.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que dices unas palabras que el diablo me lleve si las comprendo, y cada vez me aturdo más. ¡Vive Dios!... Ya tengo la cabeza que me estalla.

—Callaré.

Sí, David, calla, te lo ruego.

—Como quieras.

—Di de una vez lo que te se antoja, y deja los comentarios... ¡Ira de Satanás!... Puesto que ha de hacerse lo que es de tu gusto, ¿para qué tanta conversación? Eres testarudo como un flamenco: te empeñas en una cosa, y aquello ha de ser... ¡Mil legiones!... Ya te has hecho á malas costumbres... Paciencia... ¿Qué quieres?... Sepamos.

—Quiero que aparentes que no te importan nada los amores del señor Antolín ni los del vizconde.

—Lo haré.

—Que estés á la mira, eso sí, para que yo sepa á qué atenerme.

—Bien.

—Y cuando sepamos lo que Isabel determina...

—Entendido.

—Nada más.

—Pero supongamos que la hija del señor Jacobo se enamora del vizconde...

—Dios los haga felices—dijo David oprimiéndose el pecho.

—¡Cien legiones!... ¿Y tú?

—Ya conoces mi última resolución.

—Sí, la guerra... Pues bien, iremos á la guerra, tú de capitán, yo de soldado...

—¡Simón!...

—¿Has podido creer que irías solo?—replicó el gigante, cuya voz parecía ahogarse en su garganta.

—¡Amigo mío!...

—No me digas nada sobre ese punto... ¡Fuego del infierno!... Ni una palabra, David, ni una palabra, porque antes me dejaría matar que quedarme ...¡Solo aquí, solo!... ¡Mil centellas!... ¡Solo!... ¿Sabes lo que dices?... No, no... ¡Cuernos de Lucifer!... ¡Oh!... ¡Truenos y rayos!... No me hables, David, no me hables, porque no te escucharé... ¡Por las uñas de Satanás, por el pellejo de mi abuela, por todos los condenados habidos y por haber!...

Y mientras Simón, con voz que hacía temblar las paredes, exclamaba así, paseábase en todas direcciones como un tigre enjaulado.

—¡Simón, amigo mío!—exclamó David con acento de profunda conmoción.

Y cayó en los brazos del gigante, que se esforzaba para seguir jurando y maldiciendo.

Pocos momentos después, ninguno pudo articular ni una sílaba más.

Largo rato permanecieron abrazados.

Separáronse al fin y se contemplaron como quien no tiene necesidad de hablar para comprenderse.

Aún no se habían repuesto, cuando sonaron pasos en la nabitación inmediata.

Luego se presentó Leandro del Castillejo, saludó, y dijo á David:

—Don Martín os espera.

—¿Sabéis para qué?—preguntó el huérfano.

—Lo ignoro, porque no me ha dicho más sino que tiene que hablaros de un asunto de mucho interés.

—Voy á verlo.

El hidalgo parecía muy preocupado.

¿Qué sucedía?

No esperamos saberlo muy pronto, y habremos de tener paciencia

CAPITULO II

PREPARATIVOS MISTERIOSOS DEL SEÑOR ANTOLÍN Y ADELANTOS DEL ABATE

Ocho días más pasaron sin que tuviesen lugar sucesos de grande importancia, ó por lo menos ninguno de los acontecimientos ruidosos que hasta entonces habían sido tan frecuentes.

Durante aquellos ocho días, el señor Antolín había hecho cosas incomprensibles hasta para sus amigos, y su conducta era tan extraña, que todos estaban sorprendidos.

El hidalgo había hecho ya el arreglo de su nuevo sistema de vida y aunque sin

dejar completamente la hostería del *Invencible Caballero*, habíase instalado en la casa misteriosa, donde pasaba todas las noches y gran parte del día.

Había tomado un sirviente al que daba el pomposo nombre de paje, lo había vestido con lujo, y rara vez lo ocupaba en otra cosa que en hacer que le llevase la comida desde la hostería á la misteriosa casa.

Lo extraño de esto consistía en que el paje no permanecía nunca en la nueva vivienda de su señor sino el tiempo preciso para servirlo y obedecer alguna orden que le ocupaba pocos minutos, regresando inmediatamente á la hostería.

Por la noche, amo y criado dormían en distintas moradas, sin que un solo día dejara de suceder lo mismo.

¿Qué significaba esto?

A las preguntas hechas alguna vez por Simón, había respondido el señor Antolín:

—Ya os he dicho que tengo el corazón llagado, y la soledad me agrada hasta el punto de que mi paje me estorbaría. El silencio de mi nueva vivienda tiene para mí un encanto inexplicable, es el más dulce consuelo; porque allí, sin temor de que nadie me interrumpa, me entrego á mis ideas melancólicas, á mis pensamientos amorosos, y con el recuerdo de la mujer á quien adoro, con su imagen en el alma, me olvido de todo, y me parece que con ella estoy en plática tierna.

Estas explicaciones, por cierto bien obscuras, hacían que el gigante se encogiese de hombros, como quien no entiende una palabra de lo que le dicen.

Otras veces el señor Antolín decía:

—A nadie hago mal, y por consiguiente, no hay nada más justo sino que me dejen gozar á mi manera. Mi conducta es irreprochable: yo no juego ni me emborracho: no soy pendenciero, y he dejado las malas compañías. ¿Qué más puede exigírseme?

La verdad es que Santoyo no hacía nada malo, y estaba en su derecho de que le dejasen en completa libertad.

Empero había en su conducta otra circunstancia mucho más sorprendente que las que hemos mencionado, pues se había puesto en relaciones con el padre Fulgencio, y lo visitaba y trataba como á un amigo.

¡El señor Antolín en relaciones de buena amistad con los jesuítas!

Esto es lo que más dió que pensar, y lo que era más inexplicable.

El hidalgo había arreglado su nueva vivienda colocando cerca de la cama un arca de roble con barras de hierro y fuertísima cerradura.

Allí, según todas las apariencias, iba echando el dinero que le daba don Martín.

Las cantidades que recibía de éste eran de alguna importancia, y siempre en monedas de oro.

Como había dejado de ser jugador y su vida era arreglada, ahorraba mucho dinero.

Sin embargo, cuanto más ahorraba más pedía con un descaro sin igual, y don Martín, sonriendo y pareciendo que se divertía con aquel raro capricho, daba todo lo que le pedían, y lo daba con tanta más facilidad cuanto que sus arcas estaban sobradamente repletas.

¿Qué le importaba á Quiñones algunos miles de escudos?

Tal vez el señor Antolín, al acercarse á la vejez, empezaba á ser avariento y encontraba placer en amontonar oro, gozándose con solo mirarlo.

Cualquiera que fuese el motivo de la extraña conducta del señor Antolín, era preciso dejarlo mientras no hiciese más que lo que hacía.

En cuanto á lo que se relacionaba con Isabel, esforzábase Santoyo para interesarla; pero ella se mostraba indiferente á tales pruebas de ternura, y aquel amor, que acabó por ser conocido de todos, no infundió temores á nadie.

El vizconde continuaba tenazmente su empresa: rondaba la casa de don Martín, solía visitar á éste, y entonaba cantares por la noche.

Pero Isabel, si de algo se había apercibido, disimuló, mostrándose también indiferente, insensible á los galanteos.

David observaba con todo el cuidado y con todo el afán consiguiente á su pasión, y bien pronto pudo convencerse de que la cándida niña no se había interesado por el vizconde.

Esto fué para el huérfano una inmensa felicidad.

Sus celos, que lo habían atormentado horriblemente, empezaron á dejarle algún descanso.

Nadie, sin embargo, hubiera podido decir cuándo el desdichado joven sufría más ó menos, puesto que se le veía lo mismo, preocupado, melancólico y esperando, sin afán ni temor, que se resolviese definitivamente la situación de todos.

¿Y Jacobo de Tordesillas?

He ahí la parte de mas importancia.

Jacobo había dicho:

—Se acerca el día, el gran día de mi completa felicidad ó mi completa desdicha.

Al oir esto su esposa y sus amigos, temblaron.

Todos los rostros palidecieron.

Hasta don Martín reveló en su semblante su intranquilidad.

El día de que hablaba Jacobo era el que debía decidirse la curación de Isabel.

El estudio y el trabajo de toda su vida iba á dar su fruto

Si Jacobo hubiese ya puesto en práctica sus teorías, se le habría visto más tranquilo; pero iba á ensayar su ciencia en su propia hija, en su propia hija debía ver el resultado práctico de sus estudios.

La mejor teoría es un desengaño cuando llega el momento de la aplicación.

Esto lo sabía demasiado bien Jacobo, y por eso temblaba.

¿Quién le aseguraba que se había equivocado al creer que con su nuevo sistema podía devolver la vista á su hija?

No solamente podía equivocarse, sino ponerla en peor situación.

La única persona que no temblaba era la joven.

Su afán por recobrar la vista no puede hacerse comprender, y á toda costa quería salir de dudas.

En cuanto á nuestros amigos, esta era la situación después de los ocho días de que hemos hablado.

—¿Y el abate?

Continuaba recibiendo del rey pruebas inequívocas de distinción, y adelantaba

en el camino de sus ambiciones tan rápidamente como vamos á ver por la siguiente conversación que á las diez de la mañana tuvo con Raúl de Lancaste.

—Escuchadme con atención—decía éste.

—Con toda la atención que vuestras palabras merecen—,respondió Florentín, mientras acercaba su sillón al del noble flamenco.

—No falta más que un solo paso. Mi cuñado guarda todavía el terrible documento; pero su majestad ha conseguido ya arrancarle una promesa.

—¡Ah!—exclamó Claudio, cuyos ojuelos brillaron como dos luciérnagas.

Y sonrió y se estremeció con júbilo satánico.

—¡Una promesa!—murmuró después de algunos instantes.—Y es mucho, don Raúl, eso ya es mucho.

—Es tanto, que su majestad considera terminado ó poco menos este asunto.

—¿Pero cómo ha podido conseguir eso?—replicó el abate;—decídmelo, á menos que hayáis prometido guardar el secreto para todos.

—Para vos no hay secretos, puesto que sois parte interesada, tan interesada como el mismo rey.

—Ciertamente.

—Todo se ha conseguido con otra promesa.

—La de que no se expulsará á los moros...

—Eso es.

—Y como esa promesa no está obligado á cumplirla el rey...

—No, porque según ya dijimos, lo hace obligado por las circunstancias, se le arranca violentamente, y es nula ante Dios y los hombres.

—Proseguid, caballero, proseguid—repuso afanosamente el abate.

—Anoche me habló su majestad mucho de vos.

—¡Cuánta honra!

—Discurrimos sobre lo que podía ser más conveniente, y aceptando mi opinión, decidióse aprovechar las negociaciones pendientes ahora con Roma y pedir á Su Santidad el capelo para vos.

—¡El capelo!—murmuró el abate con voz sorda.

Y su rostro se tornó lívido, y sus ojos volvieron á relumbrar

Tal fué su emoción, que por algunos minutos no pudo articular una sílaba y se le vió respirar muy trabajosamente.

Había llegado por fin á donde deseaba.

Ofrecer el capelo cardenalicio Felipe III, solicitarlo este monarca, era equivalente á tenerlo ya.

El Papa no podía negar esta gracia á un rey como aquél, y mucho menos en aquellas circunstancias en que había pendientes con Roma cuestiones de muchísimo interés para la Iglesia.

Además se trataba de un hombre cuya reputación de sabio era mayor cada día; de un hombre como el abate Florentín, que á pesar de su aparente modestia, de su pobreza y de su humildad, representaba un gran papel y era considerado como un personaje de grandísima importancia.

Conociéndolo como lo conocemos nosotros, se comprende el efecto que debió producirle la noticia.

—No contento con esto—prosiguió Raúl

—,de acuerdo con el rey, hablé al duque de Lerma.

—¿Y también se muestra propicio?—preguntó ansiosamente el abate.

—Aun más propicio que su majestad, porque según pude entender, aunque no me lo dijo claramente, conoce la intriga de don Martín y nos ayuda para despojar á éste de lo que hemos convenido en llamar su armadura invulnerable.

Cada una de las palabras del caballero aumentaba considerablemente la agitación de Florentín, hasta el punto de que éste se vió obligado á decir:

—Perdonad y permitidme algunos momentos para que me sosiegue, porque las bondades de su majestad me han conmovido profundamente.

El miserable, que en las más difíciles preponderancias había podido siempre disimular y finjir, no pudo entonces ocultar lo que sentía.

Su loca ambición, por tantos años oculta, tan violentamne contenida, se manifestó tal como era y á despecho de su voluntad.

Desde aquel momento la conversación no tuvo gran importancia, porque se redujo á expresar Lancaste su deseo de descargar un terrible golpe sobre don Martín, y á ponerse de acuerdo con Claudio para cuando hubieran de presentarse al rey, lo cual debía suceder quizás aquel mismo día.

No es el capelo ofrecido lo que para nosotros tiene importancia, sino la situación en que, según vamos viendo, se había colocado imprudentemente Quiñones al hacer al monarca cierta clase de promesas.

¿Qué sería de nuestros amigos el día en que don Martín entregase á su hermano el terrible documento firmado por su padre?

Y ya era muy probable que esto sucediese, porque Felipe III había sabido herir la fibra más delicada del corazón de su hermano, había apelado á la nobleza y generosidad de éste, y la generosidad de don Martín no dejaba nunca de responder.

Millares de infelices criaturas estaban amenazadas de ser despojadas de lo que habían adquirido con su trabajo, arrojadas de sus hogares y condenadas á morir en el destierro.

¿No merecía l· ena de hacer un gran sacrificio para s ar á tantos desgraciados inocentes, ra hacer un beneficio, y un beneficio de tanta importancia, evitando á la vez un acto de barbarie horrenda?

No era posible que don Martín se detuviese ante ninguna consideración.

Si á cambio de aquel beneficio le exigían el documento con que se defendía de las arbitrariedades, lo daría sin vacilar, porque hasta su vida hubiera dado por salvar la de millares de familias.

Su misma nobleza debía ser, pues, la causa de su perdición, y su perdición significaba la de sus desgraciados amigos.

Podría suceder que el abate no quisiera ver satisfecha su ambición; pero no por eso sus víctimas dejarían de ser perseguidas con menos encarnizamiento.

Raúl de Lancaste no había mentido, porque efectivamente, Quiñones había hecho la promesa de entregar el documen-

to si se renunciaba á la expulsión de los moros.

La situación se agravaba.

Nuevas desgracias amenazaban á los que tanto habían sufrido, y Satanás, prosiguiendo su obra, iba por fin á gozarse en su triunfo.

¡Cuán ajenos estaban nuestros amigos del terrible golpe que había de concluir con ellos!

CAPITULO III

SE ACERCA EL MOMENTO

Aun pasaron tres días.

Desde las primeras horas de la mañana advirtióse en la suntuosa morada de don Martín de Quiñones un movimiento inusitado.

Nuestros amigos entraban y salían con frecuencia.

Todos parecían muy preocupados.

Hablaban casi siempre á media voz, y no podía dudarse de que se ocupaban de un asunto de mucha gravedad.

¿Era aquel día el señalado para decidir sobre la curación de la hija de Jacobo?

Tal vez.

¿Se preparaba algún acontecimiento?

Era también probable, porque la situación, por demasiado violenta, no podía ya prolongarse mucho.

El señor Antolín, lo mismo que los demás, entró y salió, fué y vino, y por excepción, comió en la hostería.

Simón era el único que no pronunciaba una palabra; concretábase á seguir al huérfano como si fuese su sombra.

Hasta el Padre Fulgencio visitó aquel día á Quiñones.

El objeto de esta visita lo ignoramos, así como tampoco sabemos con qué fin Santoyo anduvo por las calles de la Morería y entró en alguna casa que servía de nido á gente sospechosa.

El abate y Raúl tuvieron también una larga conferencia, y sólo podemos decir que cuando el primero volvió á su casa, dejaba ver en el rostro la más viva satisfacción.

Así pasó el día.

Llegó la noche.

A las ocho fueron reuniéndose todos nuestros amigos en la vivienda de Quiñones: el único que dejó de acudir á lo que parecía una cita fué el señor Antolín.

Una hora después, doña Inés de Guevara, la esposa de Jacobo, y su hija, entraron en un coche, y con buena guarda de lacayos y escuderos alejáronse hacia la calle de la Almudena como si se dirigiesen al alcázar real.

Pocos momentos después salieron seis hombres: eran don Martín, el señor Jacobo, David, Leandro, Simón y Juan, que tomaron el mismo camino que llevaba el carruaje.

¿Debemos presumir que aquella noche era la destinada para dar el terrible golpe, tan hábilmente preparado?

Así parecía, y muy pronto hemos de salir de dudas.

Dejaremos á nuestros amigos, á quien hemos de encontrar en breve, y nos trasladaremos á la vivienda de Raúl, donde veremos á éste, que en compañía de Florentín, disponíase á salir también.

Grandes esfuerzos hacía el abate para

disimular su agitación, y no menos grandes para que en su rostro no pudiera adivinarse su criminal contento.

Sí, aquella noche era la de su triunfo; aquella noche don Martín debía entregar al rey el papel firmado por Felipe II.

Así lo había dicho el monarca al noble flamenco, y éste lo había participado al abate.

Sin más compañía que la de dos criados provistos de linternas, Raúl de Lancaste y Florentín se dirigieron al alcázar real, entrando en él y llegando á la antecámara donde no había más que los gentiles-hombres de servicio.

Sin duda los esperaba Felipe III, porque sin más que anunciarlos, fueron introducidos en la regia cámara.

El continente del rey, siempre grave, lo era mucho más aquella noche.

Con su acostumbrada seriedad recibió á Raúl y á Florentín, escuchando las humildes frases que éstos le dirigieron.

Luego quedaron todos silenciosos.

Lo mismo Lancaste que Florentín, esperaron á que el monarca hablase, porque así lo exigían las severas reglas de la etiqueta, reglas que nadie se atrevía á quebrantar más que don Martín de Quiñones.

Por fin el rey rompió el silencio.

—Ha llegado el momento — dijo de hacer á todos justicia, y justicia tan severa, que quede memoria para siempre.

Raúl y Florentín se inclinaron respetuosamente.

—Señor abate—añadió el monarca—, quiero que vuestro talento, vuestra sabiduría y vuestros servicios, reciban el premio que merecen.

—Señor, las bondades de vuestra majestad...

—No soy bondadoso, soy justo y nada más.

—Señor...

—Escuchadme.

—Tengo esa honra—dijo Florentín haciendo una profunda reverencia.

—No hay nadie—repuso Felipe III fijando una mirada penetrante en Florentín—,no hay nadie que no tenga enemigos, y vos, señor abate, debéis tener muchos más, porque vuestra misión es hacer justicia, castigando á los delincuentes, y el delincuente mira siempre con odio á su juez.

—Así es la verdad, señor; muchos me odian porque me temen; y me temen porque su conciencia no está tranquila, porque son criminales y saben que merecen castigo.

—Largamente hablamos de las intrigas que se han puesto en juego para que apareciéseis como el hombre más criminal, acusándoos de haber cometido abusos verdaderamente horrorosos.

—Señor, ya tuve la honra de dar explicaciones sobre ese punto, y vuestra majestad se dignó escucharme con benevolencia y asegurar que no me condenaría sin pruebas claras y terminantes. Estoy, pues, tranquilo, porque esas pruebas no existen, y digo que no existen, porque sin jurar en falso, no hay quien pueda atestiguar que he cometido los abusos de que se me acusa.

—De palabras y juramentos de hombres obscuros, y cuya buena fe desconoz-

co, no hago caso, tanto es así, hasta tal punto llega mi escrupulosidad en esta cuestión, que no he querido admitir la prueba que se me ha ofrecido, prueba que consiste en las declaraciones de ese hombre misterioso llamado David.

—Ese David es un impostor, yo lo juro...

—Tranquilizáos, que lo único que me hubiera convencido, y esto veo que va siendo imposible, hubiera sido que esa joven ciega y que se dice vuestra víctima, hubiera podido reconoceros.

El abate se estremeció, y sin saber lo que hacía miró recelosamente á su alrededor como quien teme que se le aparezca un fantasma.

La frente de Raúl se contrajo, pero continuó guardando silencio.

—El reconocimiento—añadió el monarca después de algunos instantes—,no puede tener lugar por la falta de vista de esa criatura, y como no he de dejar toda la vida este asunto pendiente de resolución, he determinado acudir á otra prueba que para mí será suficiente.

No acertó el abate á pronunciar una palabra.

Volvió á estremecerse, porque no sabía qué clase de prueba era la que el monarca pensaba exigir.

Aquellos momentos fueron terribles para Florentín, y entre su afán y su temor, sufrió lo que es imposible hacer comprender.

—Acercáos—dijo el rey, señalando á un libro que había sobre la mesa.

El abate obedeció.

—Aquí tenéis los Evangelios: poned sobre ellos la mano, y en el santo nombre de Dios y por la salvación de vuestra alma, jurad que sois inocente del horroroso crimen que se os imputa.

Florentín respiró como el que se siente libre de una mano que lo ahoga.

No se le exigía más que un juramento.

¿Qué le importaba jurar en falso?

El miserable no tenía creencias ningunas, no tenía conciencia, y en su interior se burló de la credulidad y buena fe del monarca.

Contrájose mucho más la noble frente de Raúl de Lancaste.

Empero tampoco entonces se movió ni habló.

Mudo testigo de aquella escena, parecía que esperaba el resultado con mortal ansiedad.

El rostro de Florentín volvió á dilatarse tomando una expresión de tranquilidad completa.

Extendió el brazo derecho, puso la mano sobre el libro, y dijo con voz segura:

—Por Dios, cuya divina justicia reconozco, en su nombre santo sobre todo lo santo y por la salvación de mi alma, juro que no he cometido ninguno de los abusos y crímenes de que se me acusa, y por consiguiente que no soy yo quien, por espacio de doce años, ha tenido encerrada á la hija del señor Jacobo de Tordesillas cuya desgracia deploro con todo mi corazón.

Entonces le tocó á Raúl temblar y su mirada pareció fijarse con horror en el abate.

La tranquilidad de éste era efectivamente horrible, era espantosa.

Felipe III lo contempló por algunos instantes.

Luego tomó una campanilla de oro que había sobre la mesa y la hizo sonar.

Presentóse un gentilhombre.

—Que entren—,dijo el rey.

Florentín lo miró sorprendido; pero como no le era permitido dirigir preguntas al monarca tuvo que esperar.

No tardó en salir de dudas.

Uno tras otro, silenciosamente y como una gran procesión de fantasmas, entraron seis hombres de igual estatura que la de Florentín, flacos y amarillentos y todos vestidos como éste y con tanta exactitud, que fácilmente se les hubiera confundido sin saber decir cuál de ellos era el verdadero abate.

A pesar de que estaban en presencia del rey, aquellos seis hombres, á quienes pudiéramos llamar los seis retratos, tenían lo sombreros puestos.

¿Qué significaba todo esto?

Otra vez empezó Florentín á perder la tranquilidad.

Miró atónito á sus retratos y esperó con más ansiedad y miedo que nunca.

—Cubríos—le dijo el rey.

—Señor—balbuceó el abate—,perdone vuestra majestad...

—Digo que os pongáis el sombrero y que os confundáis entre esos hombres.

—Pero...

—Obedeced—replicó imperiosamente el monarca.

Florentín obedeció temblando.

—Convendréis—dijo Felipe III—, en que quien no os conozca por no haberos visto muchas veces y muy de cerca, no podrá decir quien es el abate Florentín aunque le hayan dado las señas más exactas.

—Es verdad; pero... si me fuera lícito preguntar á vuestra majestad...

—Os doy licencia para que me preguntéis.

—¿Qué objeto tiene confundirme con otros?... ¿Acaso se trata de un reconocimiento?... ¿No he jurado ya sobre mi inocencia?

—Pronto veréis de lo que se trata. Asíos de las manos para formar un círculo alrededor de una persona que ha de examinaros á todos.

Sintió Florentín que le faltaban las fuerzas.

Sus miembros temblaban y se doblaban sus rodillas.

Su frente estaba empapada en frío sudor.

Le era casi imposible sostenerse, y tampoco pudo pronunciar una palabra.

A pesar del aturdimiento producido por el terror, empezó á comprender cuál era su verdadera situación y adivinó lo que iba á suceder.

Reinó en la cámara un silencio profundo, silencio aterrador para el abate.

¿Había llegado el momento de la verdadera justicia?

Tal vez; y sin embargo, no estamos tranquilos por la futura suerte de las víctimas de Florentín.

Raúl de Lancaste retrocedió algunos pasos hasta colocarse en un rincón.

El abate le dirigió una mirada de súplica desgarradora de angustia mortal; pero Raúl, como si se hubiera petrificado, parecía no apercibirse de lo que sucedía á su alrededor.

El abate y sus seis retratos asiéronse, describiendo una circunferencia interrumpida entre dos de ellos para que pudiese por allí pasar la persona que había de examinarlos.

Entonces el monarca se acercó á una puerta, levantó el riquísimo tapiz que la cubría, extendió un brazo, y dijo:

—Entrad.

CAPITULO IV

LAS PRUEBAS

Con los ojos vendados apareció la hija de Jacobo de Tordesillas, apoyando una de sus bellísimas manos en la diestra del rey.

La muerte, con su guadaña, no hubiera producido en Florentín el espanto que produjo la presencia de la pobre niña.

La turbación del abate había llegado hasta el último punto.

Sin saber lo que hacía, fijó por un instante la mirada en su víctima, y luego bajó los ojos, inclinando la cabeza.

Su mayor felicidad entonces habría consistido en que se desplomase el pavimento.

¿Qué iba á suceder?

¿Había recobrado Isabel la vista?

El rey la colocó en el centro del círculo y de modo que á su espalda quedase Florentín.

Una vez hecho esto, dijo:

—Isabel, respondedme.

—Espero las órdenes de vuestra majestad—dijo la joven.

—¿Reconoceríais entre muchos iguales al que llamáis el hombre negro y cuyo nombre ignoráis?

—Sí—respondió Isabel sin vacilar.

—¿Será menester que esos hombres hablen para facilitaros el reconocimiento?

—No.

—¿Os bastará verlo?

—Sí, me basta verlo, ver solamente sus ojos, no más que sus ojos entre otros mil, y los reconoceré

—Tened entendido que hay otros ojos del mismo color.

—No importa.

—Pues bien, quitaos la venda, permaneced inmóvil, mirad y designad á vuestro verdugo.

La joven arrancó la venda que cubría sus ojos.

¡Qué bellísima estaba en aquellos momentos!

Su mirada se fijó afanosa en el que tenía delante, y sin vacilar dijo:

—No es ese.

—Id pasando—dijo el rey.

Hiciéronlo así, y á cada uno que se ponía delante de la pobre niña, ella exclamaba sin detenerse:

—Ese tampoco.

Por fin llegó el abate, que seguía inclinando la cabeza y cuidaba de cerrar los ojos.

De nada le sirvieron estas precauciones

Isabel, lo mismo que antes, sin detenerse ni vacilar, y mientras que su hermosa frente se contraía y relumbraban sus magníficos y negros ojos, exclamó:,

—¡Ese es!

Y contra su volutad, impulsada por un resto de antiguo terror que el hombre negro le infundía, retrocedió, extendiendo

los brazos como si aún temiera caer en manos del verdugo.

Florentín dejó escapar un grito destemplado.

Retrocedió también, apoyándose contra una de las paredes.

El monarca fijó en él una mirada terrible; no necesitaba más pruebas.

—¡Miserable!—murmuró Raúl con voz sorda y sin poder contenerse.

Volvió á reinar un silencio profundo, solamente interrumpido por el ruido de la violenta y desigual respiración de Florentín.

Su aspecto era el más lastimoso.

A pesar de sus horrendos crímenes, no podía mirársele sin compasión.

Es imposible pintar aquel cuadro.

La majestuosa figura de Felipe III se destacaba entre todos severa, magnífica, imponente y terrible como nunca se le había visto.

Isabel no apartaba la mirada de Florentín; una mirada en que se revelaba toda la fiereza de la joven y que anonadaba á su verdugo.

Aquella situación no podía prolongarse.

El abate hizo un movimiento para caer de rodillas é implorar misericordia, prometiendo arrepentimiento; pero á pesar de su trastorno, comprendió que con esto no haría más que reconocer que era criminal, sin conseguir perdón, pues si sus víctimas eran generosas, el monarca era severo hasta la crueldad.

Contra las acusaciones estaban las negativas, no había pruebas escritas, y por consiguiente, tanto debía valer la palabra de los unos como la de los otros.

Estas ideas, si no tranquilizaron á Florentín, le devolvieron al menos la suficiente calma para que pudiera reflexionar.

Pronto debía volver á ser lo que siempre había sido; pronto su astucia desbarataría el plan de sus contrarios. —

Una vez que estuvo en estado de reflexionar, dijo para sí:

—Ningún tribunal tiene derecho á juzgarme más que el del Santo Oficio. Si no me llevan á la Inquisición, mis compañeros me reclamarán, amenazando con la excomunión, y mal que le pese al rey, tendrá que entregarme.

Esto, como ya sabemos, significaba la impunidad.

Por de pronto perdería Florentín su prestigio y tal vez su empleo; pero no necesitaba lo uno ni lo otro para proseguir su obra criminal y vengarse.

Recobró las fuerzas, enderezóse y levantó la frente como quien nada tiene que temer. —

David, que lo conocía perfectamente, hubiera temblado al ver este cambio casi repentino.

Isabel dejó de mirar al abate y se acercó á Raúl.

El monarca se dirigió otra vez á la puerta por donde había entrado la joven.

Aprovechando esta ocasión, uno de los seis hombres negros se acercó al abate y le dijo en voz muy baja:

—Maese Corcuera está preparado... Nada temáis.

Estremecióse Florentín y relumbraron sus ojos.

No pronunció una palabra; pero sus delgados labios se entreabrieron para sonreir levemente.

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

Su terror acabó de disiparse desde que oyó nombrar á mase Corcuera.

Ya estaba seguro de que no llegarían á encerrarlo ni en la cárcel ni en la Inquisición; sí, estaba seguro de recobrar la libertad al salir de palacio.

Por si lo ha olvidado el lector, le recordaremos que maese Corcuera era la persona á quien escribió el abate para que sacase de sus calabozos al señor Antolín y á Simón, persona sobre cuyos antecedentes nada honrosos ni santos hizo David algunas indicaciones.

Ya lo hemos dicho más de una vez: la Inquisición contaba con una policía organizada admirablemente y que se encontraba en todas partes, y por consiguiente no era extraño que en las primeras horas de aquella noche maese Corcuera hubiera tenido noticia del golpe preparado contra Florentín.

Uno por lo menos de aquellos seis hombres era agente secreto de la Inquisición.

Aunque hacía bastante tiempo que maese Corcuera no se mezclaba en cierta clase de intrigas, era imposible que permaneciese indiferente, tratándose de Florentín, á quien le unían criminales lazos que no podía romper.

—Entrad—dijo el monarca.

Y se presentaron doña Inés de Guevara y doña Luz de Quiñones, esposa de Raúl, Jacobo de Tordesillas con Isabel y últimamente Martín y David.

Todos esperaban encontrar al abate anonadado y se sorprendieron al verlo tranquilo y que su mirada se fijaba en unos y otros casi con desdén.

La frente de David se contrajo.

Raúl se dirigió al abate, y con acento de desprecio profundo le dijo:

—Como en vuestra alma ruin no caben sentimientos nobles creísteis que por una cuestión de amor propio yo podía odiar al que es para mí más que mi amigo, más que un hermano ...¡Oh!... ¡Hasta tal punto os han cegado vuestras criminales pasiones!... Gran sacrificio he tenido que hacer para fingir; pero era preciso para que resplandeciera la justicia... Mirad cómo se odian nuestros nobles pechos, mirad.

Y al decir esto, Raúl de Lancaste estrechó entre sus brazos á Martín.

Doña Luz y doña Inés se abrazaron también.

Contra su voluntad, porque ambos estaban decididos á ocultar lo que sentían, la hija de Jacobo y David cruzaron una mirada que lo mismo era de inmensa ternura que de profundo dolor.

Empero aquella mirada no fué más que un relámpago, porque en seguida volvieron los ojos á Florentín.

Lo mismo David que Quiñones y Jacobo, movieron los labios para hablar; pero el monarca impuso silencio y dijo:

Ya está probado el crimen, y á mí solamente me toca hacer justicia. Compadeced al criminal y no os ensañéis con nuevas acusaciones.

Todas las frentes se inclinaron.

El monarca hizo una seña á los seis hombres negros, que salieron.

Luego preguntó al abate:

—¿Tenéis algo que decir en vuestra defensa?

Lo diré ante el santo tribunal de la Inquisición cuando me juzgue—respondió

Florentín con perfecta calma—. Probaré que me calumnian; pero esta no es la ocasión ni el lugar.

—El Santo Oficio nada tendrá que hacer con vos, puesto que se trata de crímenes que nada tienen que ver con la religión.

—Eso se pondrá en claro—repuso el abate, encogiéndose de hombros.

Felipe III fijó en el miserable una mirada terrible, y replicó:

—¿Sabéis quién soy?... Pues soy el rey, soy el dueño de dos mundos; sobre mi autoridad no hay ninguna, y todo el peso de mi soberano poder caerá sobre vos antes que el Santo Oficio tenga tiempo de hacer reclamaciones. Cuando ya estéis castigado... ¡Oh!... Que reclamen... Lo que se haya hecho, hecho se quedará.

No era Felipe III hombre que retrocediese, mucho menos cuando se desafiaba su poder, como el abate acababa de hacerlo con más ó menos disimulo.

Bien puede asegurarse que no pasarían veinticuatro horas sin que el criminal quedase castigado, á menos que aquella misma noche lo salvase maese Corcuera.

Ahora se comprenderá por qué el señor Antolín no estaba entre sus amigos. Todos esperaban que se renovasen las acusaciones, era natural que se hablase de los sucesos que habían tenido lugar en París, y en este caso el rey, para probar que era justo, tendría que proceder contra el hidalgo, que antes había sido instrumento del abate, siendo causa de que Jacobo no pudiera tener noticia de haber sido absuelto, y por consiguiente que no se reuniese á su familia.

De nada de esto se habló, porque el rey quiso evitar escenas desagradables y que parecía una falta de respeto á su dignidad y autoridad.

Todo había concluído.

Llamó el monarca; dijo algunas palabras á un gentilhombre, y poco después se presentaron cuatro soldados.

Florentín se estremeció, á pesar de la promesa de maese Corcuera.

—Ese hombre—dijo el rey—, ha de ir á la cárcel y quedar encerrado en el más seguro calabozo; se le pondrán grillos y argollas si fuese necesario. Ahora atadle los brazos para mayor descuido, y tened presente que con vuestra vida me respondéis de su persona.

Uno de los soldados ató á la espalda y fuertemente los brazos de Florentín, quedando con el otro extremo de la cuerda, que era corta, en su mano izquierda, y sacando con la derecha la daga.

—Señor—dijo—,si acaso intenta huir...

—Procuraréis evitarlo; pero en último apuro lo mataréis.

Florentín lanzó una mirada de odio á sus víctimas, y dijo:

—Aún no habéis triunfado.

Y salió entre los cuatro soldados.

Nuestros amigos dirigieron al monarca frases de gratitud, que fueron contestadas con palabras benévolas y consoladoras..

Algunos minutos después don Martín dijo á su esposa y sus amigos:

—Salid y esperadme.

CAPITULO V

LO QUE HACÍA SANTOYO

Tenemos que retroceder para averiguar lo que hacía el señor Antolín mientras tuvieron lugar los sucesos que acabamos de referir.

Iremos á Puerta de Moros y entraremos en una taberna como todas las de aquel tiempo, sucia, lóbrega, de aspecto repugnante.

En el primer departamento que se encontraba, había muchos hombres que comían y bebían.

El primer golpe de vista bastaba para calificarlos.

En un segundo departamento que tenía la taberna no había más que dos personas.

A una la conocemos, era el señor Antolín de Santoyo.

El otro era uno de esos miserables que viven con el crimen, como Simón había vivido en otro tiempo, y que lo mismo roban que asesinan.

Como si fuesen dos hombres de igual condición, dos amigos, cenaban y brindaban con franqueza, hablando y riendo de la mejor gana.

Sin embargo, era la segunda vez que se veían.

No necesitamos referir el principio de su conversación, sino escucharlos desde el momento en que entramos en la taberna.

—¡Mil rayos!—exclamó el bandido—. Me gustan los hombres de corazón.

—¡Tripas de Lucifer! — dijo el señor Antolín.—¿Qué habíais creído? ¿Si os busco y os pago no es para evitar los peligros de la empresa, sino porque un hombre solo no puede llevarla á cabo.

—Ya lo veo.

—Y por consiguiente yo seré el primero en arrostrar la muerte, y os daré ejemplo de valor.

—Por mi parte no lo necesito.

—Según dices has corrido mucho mundo y has visto muchas cosas; pero aún te falta ver de lo que es capaz un caballero valeroso que además de tener mucho corazón, tiene la dignidad, el honor.

—Los he visto.

—Y como yo arriesgaré tanto como vosotros, y más todavía, si alguno de tus compañeros retrocede, ó siquiera flojamente cumple con su deber...

—No sucederá semejante cosa.

—¡Por el infierno!...

—Mis camaradas...

—Canalla ruin — interrumpió desdeñosamente Santoyo.

—Señor caballero...

—No te ofendas, *Tiburón*, que lo que digo no es por ti.

—Me parece...

—Ya sé lo que vales, y por eso me he mostrado generoso contigo.

—Os lo agradezco.

—Y la prueba de que te distingo, la tienes en que contigo alterno para beber lo cual no haría con todos.

—Me honráis.

—Entre los hombres de corazón no hay distinciones, todos son iguales.

—Eso es.

Y no digo más sobre este punto, porque tenemos que ocuparnos de estas magras, que ofendidas se muestran, porque las miramos con desprecio.

—Es verdad.

—Y este vino que no es del todo malo...

—Sí, estamos dando lugar á que vinagre se vuelva.

—*Tiburón*, son muy peligrosas las telarañas en el tragadero.

—Debemos limpiarlo.

—Pues brindemos por los hombres valientes.

Y los vasos llenaron y los vaciaron en un abrir y cerrar de ojos.

Y con las magras emprendieron.

—Ocupémonos de nuestro asunto—dijo luego el señor Antolín.

—Sí, porque si dejamos que el tiempo pase...

—Todavía queda el suficiente para arreglarlo todo.

—Más vale esperar que llegar tarde.

—Tienes razón.

—Hemos quedado en que me daréis cincuenta escudos.

—Y algo más, si os conducís bien y nos apoderamos del sacristán.

—¡Mil rayos!...

—Parece que te pones de mal humor cada vez que lo nombro.

—Es que no hay nada que me infunda miedo más que la gente de sotana.

—Ya te he dicho que no es un sacerdote.

—Lo conozco demasiado bien.

—Nunca se ha puesto sotana.

—Está en camino.

—Es simplemente un abate.

—No entiendo lo que eso quiere decir.

—Yo te lo explicaré.

—¿Y para qué habéis de molestaros? De todas maneras resulta que es un inquisidor, y por consiguiente...

—¿Te infunde miedo?

—No me infunde miedo ningún hombre, pero sí la Inquisición.

—Es igual.

—En fin, ya sabéis que estoy dispuesto á dar el golpe aunque se tratase del mismo rey, y por consiguiente no tenemos para qué hacer tanto comentario.

—De todas maneras resulta que de lo que se trata es de libertarlo, pues ya te he dicho que lo llevarán preso, y por consiguiente, no ha de quejarse de nosotros, sino que por el contrario, tiene la obligación de mostrarse muy agradecido.

—Os advertiré una cosa.

—Dí cuanto quieras.

—Si me dais muchas explicaciones me aturdiré.

—Pues entonces...

—Ello es que hay que jugar la vida.

—Sí.

—Pues la jugaré sin vacilar, porque alguna vez he de perderla, y en cuanto á mis compañeros, os respondo de que el que menos, vale tanto como yo.

—Pues es lo que necesitamos.

—Decís que nos acompañaréis.

—Sí.

—Y que nos ayudaréis.

—También.

—No pedimos ayuda; pero...

—Preciso es que sepas que yo, cuando veo dar cuchilladas, no puedo tener las manos quietas.

—Lo mismo que á mí me sucede.

—Cuando principia la función, se me alegran los ojos, parece que el corazón retoza en el pecho, y sin darme cuenta de lo que hago, saco la espada y... ¡Cuernos de Satanás!...

—Sois un gran hombre y declaro que como vos no he visto otro caballero.

—El paladar se me seca.

—A mí me sucede lo mismo hablando mucho.

—¡Por la salud del abate!

Volvieron á beber.

Y como habían dado fin á las magras emprendieron con unas sardinas.

—Con que decíais...

—Que nos iremos todos á Santa María.

—Es buen sitio para dar un golpe, aunque tiene el inconveniente de que como el alcázar se encuentra cerca...

—Aunque griten, primero que los oyen y que acuden...

—¡Dios de Dios!...

—Tiempo sobra para acabar con diez hombres.

—No serán tantos los que con el preso vayan.

—Tres ó cuatro no más, porque otra cosa no hay para qué.

—Eso no es nada.

—Y tendremos la gran ventaja de la sorpresa.

—Nos dividiremos convenientemente.

—Eso es.

—Acometeremos por distintos lados.

—Y sin vacilar, porque todo depende de los primeros momentos.

—Ya sé lo que son esas cosas.

—Si los soldados resisten...

—Peor para ellos.

—Ahora mismo te entregaré la mitad de lo estipulado, y la otra mitad cuando todo esté concluído.

—¿Y si el preso sigue gritando?

—¿Cómo quieres que pida socorro contra los que lo salvan?

—Cada vez entiendo menos este negocio.

—Tienes mucho corazón, pero cabeza...

—¡Vive Dios!... Soy muy bruto, lo confieso.

—No te equivocas.

—Como parece que no seais amigo del abate...

—Pero tampoco quiero que á la cárcel lo lleven.

—Pues eso es lo que no entiendo.

—Pero sí entenderás que veinticinco escudos ahora y veinticinco después...

—Son cincuenta.

—Pues eso es lo que te importa.

—Ya lo veis, no debéis darme explicaciones, porque me aturdo.

—Aprende bien de memoria lo que voy á decirte.

—Esperad.

El asesino bebió.

—Ya escucho—dijo.

—Cuando el abate esté en vuestro poder, le dirás: «Venid, que os aguarda maese Corcuera.»

—¡Corcuera!...

—¿Sabes quién es?

—¡Truenos y rayos!...

—Si lo conoces...

—Y lo aborrezco con toda mi alma.

—Así no olvidarás su nombre.

—No es posible.

—Me alegro mucho.

—Continuad.

—Te seguirá, y mientras, tus compañeros se irán á la calle de Segovia por otro lado, y yo haré lo que convenga según las circunstancias.

—¿Y dónde llevaré al abate?

—También á la calle de Segovia, hasta

una casa que hace esquina á la cuesta de Ramón.

—¿Allí estaréis?

—Sí; pero el abate no me verá.

—¿Cómo entraré?

—Con la llave que ahora te daré, y atravesaréis el zaguán y encontraréis luz en un aposento.

—Entendido.

—Muy respetuosamente le dirás al abate que obedeces á maese Corcuera y que tenéis que esperar á dar tiempo á que se alejen los que hayan acudido en socorro de los soldados.

—Todo eso es fácil.

—Cuando pase como una hora saldréis, y si el abate te pregunta, le dirás que maese Corcuera os aguarda más allá del Quemadero. Cuando estéis en la calle te se acercarán cuatro de tus compañeros á quienes yo habré dado instrucciones y emprenderéis la marcha hacia el arrabal.

—¿Y luego?

—Oportunamente me encontraréis.

—Muy bien.

—Os daré los veinticinco escudos restantes, y además otros cinco para ti, porque representas distinto papel.

—Me parece justo.

—¿Queréis más instrucciones?

—Si me hace alguna pregunta el abate...

—A todo le contestarás lo siguiente: «Nada puedo deciros, porque no me han dado más órdenes que la de libertaros.»

—Entiendo.

—Con esas palabras saldrás de todos los apuros.

—Supongamos que después que nos encontremos fuera de la población se os pone entre ceja y ceja matar al abate.

—No me conviene hacer semejante cosa.

—Es una suposición.

—¿Perderéis algo?

—Nada.

—Entonces...

—Lo digo porque si algo se intenta contra Florentín podría suceder que acudiese en su socorro maese Corcuera.

—Mucho miedo le tienes.

—Miedo no; pero es un bribón muy temible.

—Descuidad, que maese Corcuera ignora lo que está pasando, y te lo aseguro con mi palabra de honor.

—Estoy tranquilo.

—Y cuando os alejéis, ni siquiera volveréis la cabeza atrás.

—No somos curiosos.

—No os conviene serlo, porque la curiosidad me desagrada mucho, y como muy fácilmente se me sube la sangre á la cabeza, podría sucederos algo desagradable.

—Cuando ya tengamos los cincuenta escudos, ¿qué nos importa lo demás?

—Tienes poco entendimiento, pero eres juicioso.

—Nadie es tonto para su conveniencia.

—Acabemos con estas sardinas.

—Y con el vino.

—Y en seguida buscarás á tus compañeros.

—Cerca están.

—Entonces os esperaré á la puerta y nos encaminaremos á Santa María.

Acabaron de comerse las sardinas y bebieron el vino que les quedaba.

El señor Antolín sacó una bolsa y puso

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

sobre la mesa los veinticinco escudos prometidos.

Contó el bandido, examinó una por una las monedas y las guardó.

—Pues si nada más tenéis que decirme...

—Que no me hagáis esperar mucho tiempo.

—Como ya he cenado, no tendré que detenerme.

—Pero es posible que te dé la tentación de brindar otra vez.

—No lo haré hasta que el negocio concluya.

El señor Antolín llamó al tabernero, le pagó con mucha largueza y salió deteniéndose á los pocos pasos junto á una esquina.

Entretanto el bandido fué al otro departamento y se acercó á una mesa donde algunos de sus compañeros bebían y hablaban.

—Negocio hecho—les dijo.

—¡ Truenos y rayos !...

—Falta me hacía...

—Aquí tengo los veinticinco escudos.

—¿ Y los otros veinticinco ?

—Cuando todo quede hecho, que será dentro de dos ó tres horas.

—Bien, Tiburón, bien.

—Y promete ayudarnos y hacer tanto como nosotros.

—Ese caballero no se parece á ninguno.

—Y si lo miráis bien... ¡ Oh !...

—¿ Y cuándo hemos de principiar ?

—Ahora mismo.

—¿ Adónde hemos de ir ?

—A Santa María.

—Pues andando.

—¿ Y el dinero ?

—Aquí está.

Repartiéronse los veinticinco escudos. Brindaron alegremente.

Ninguno de aquellos miserables se cuidó de pedir á Tiburón más explicaciones. Lo único que sabían era que habían de salvar á un preso que desde el alcázar real llevarían á la cárcel.

Todos salieron de la taberna, encontrándose con el señor Antolín.

Y como ya estaban de acuerdo en lo que habían de hacer, no tuvieron necesidad de detenerse, y se alejaron.

CAPITULO VI

UNA LLAMARADA Y UN ABRAZO

Según hemos dicho, quedaron solos el monarca y Quiñones.

La escena que iba á tener lugar debía ser breve, pero de mucha importancia.

Por algunos segundos guardaron silencio.

El rostro de Felipe III dejó su expresión de severidad.

Nadie lo hubiera reconocido.

—¿ He sido justo ?—preguntó con dulzura.

—Sí.

—¿ Estáis satisfecho ?

—Completamente.

—Ahora no nos ve ni nos oye más que Dios y puedo decirte: hermano mío, no olvidaré esta noche.

Don Martín sacó un papel en que se veía trazada con mano vacilante la firma de Felipe II, y enseñándolo al monarca, replicó:

—Hermano mío, delante de Dios te prometo que sólo para amarte pensaré que

la misma sangre corre por nuestras venas.

Y acercó el papel á la luz de una de las bujías.

El monarca fijó una mirada indescriptible de ansiedad en la llama que consumía aquel terrible documento.

Un momento después Quiñones estaba despojado de lo que Florentín llamaba la invulnerable armadura.

Felipe III respiró como el que después de haber luchado con las olas consigue afirmar los pies en la arena de la playa.

Cuando las cenizas del papel se esparcieron en la alfombra, el monarca exclamó:

—¡Pecho noble, alma grande!

Y abrazó á su hermano.

Ambos estaban profundamente conmovidos, aunque no nos atrevemos á asegurar que experimentasen el mismo sentimiento de ternura.

¿Qué significaba aquel abrazo?

De caricias de reyes debe desconfiarse, porque rara vez las sonrisas de labios reales han dejado de ser anuncio de terribles golpes.

Cruzáronse algunas palabras más de ternura.

Quiñones se dispuso á salir.

—Mañana—le dijo el rey—, venid por el nombramiento que os prometí para David, y en cuanto al señor Jacobo y los demás, pedid lo que mejor os parezca, pues quiero que de esta noche todos tengan un recuerdo mío.

—Nada necesitan mis amigos, y lo que ha solicitado David...

—¿No es de vuestro agrado?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Me es imposible explicarlo, porque me falta averiguar el motivo que aún hace sufrir á ese desgraciado.

—Dispuesto me tenéis á favorecerle en todo... Haced lo que más le convenga, pues me intereso por su suerte.

No era posible que don Martín abrigase temores, y después de dar las gracias al rey, salió.

Sentóse Felipe III, inclinó sobre el pecho la cabeza, y quedó inmóvil.

En otra ocasión lo hemos dicho: cuando aquel monarca reflexionaba debía esperarse algo malo.

¿Pensaba dar al olvido lo que le había hecho sufrir el documento que acababa de convertirse en cenizas?

Lo dudamos.

Felipe III creía que se había hecho una gravísima ofensa á su dignidad, y esto no podía perdonarlo.

Cada petición, cada observación, cada palabra la más sencilla de don Martín, había sido siempre para el rey una amenaza.

No amaba á su hermano, ya lo sabemos, no lo amaba, porque le temía.

Al cabo de un cuarto de hora levantó la cabeza.

Su frente estaba contraída y su mirada era sombría.

—¡Ah!—exclamó—¡ahora soy ya rey!...

Estas palabras tenían un valor inmenso, y pronto darían su resultado.

Sí, á Quiñones le había perdido su nobleza de alma. No era la primera vez en su vida que esto le sucedía.

Tal vez la Inquisición no hiciese por entonces nada contra nuestros amigos;

¿pero era menos temible el enojo del rey?

Considerando como una gran desgracia la desaparición del documento, diremos que otra desgracia no menor se prepara aquella misma noche.

CAPITULO VII

LO QUE SUCEDIÓ MIENTRAS QUIÑONES QUEMABA EL PAPEL

Retrocederemos para seguir al abate.

Este y los cuatro soldados, que eran sobrada guarda para un solo hombre débil, desarmado y atado, salieron del alcázar real, y por el arco de la Armería se dirigieron á la calle de la Almudena, pues la cárcel, según creemos haber dicho, estaba en Platerías y junto á la iglesia de San Miguel, que ya no existe.

La obscuridad era completa.

No transitaba por las calles alma viviente, pues los vecinos de Madrid estaban ya casi todos en sus viviendas, durmiendo ó rezando para acostarse.

Al llegar al ángulo formado por la iglesia de Santa María, de la estrecha calle de Malpica salieron seis hombres que sin dar más que un paso, cayeron con las espadas desnudas sobre los soldados.

Estos, aturdidos por aquella inesperada acometida, revolviéronse, intentando defenderse mientras gritaban:

—¡En nombre del rey!

Pero los otros, sin pronunciar una palabra, empezaron á descargar tajos sin cesar.

Un grito de alegría se escapó de los labios de Florentín, que se esforzó para hacer que el soldado soltase la cuerda; pero éste, por más que estaba aturdido, comprendió al primer instante que no se trataba de ladrones que acometían sin saber á quién, sino de amigos del preso que querían salvarlo.

Los acometedores eran seis y parecían valerosos y diestros, y por consiguiente nadie podía responder del resultado de la lucha, que terminaría antes de que pudieran llegar los recursos del alcázar.

Muerto ó vivo, con presentar al preso, cubrían los soldados su grave responsabilidad, y el que tenía la cuerda, queriendo evitar el mayor peligro, y cumplir las órdenes del rey, levantó el brazo para clavar la daga en el cuerpo de Claudio Florentín; pero al mismo tiempo una de las espadas de los acometedores cayó sobre la cuerda, que por estar tirante se partió inmediatamente.

Todo esto sucedió en pocos instantes.

Al mismo tiempo otros cuatro hombres salieron del lado de Santa María y cayeron también sobre los soldados, en tanto que otro, acercándose, cogió por un brazo al abate, diciéndole:

—Por aquí.

Y lo arrastró hacia el derrumbadero que terminaba en la calle de Segovia.

—¡Favor al rey!—gritaban los soldados, que acometidos por todas partes no podían defenderse.

Y estos gritos y el chis chás de los aceros resonó pavorosamente y á larga distancia.

Cayó un soldado.

A los pocos instantes otro quedó sin vida.

No solamente les fué imposible defenderse, sino que tampoco podían herir.

—¡Favor, favor!—gritaban los dos infelices que quedaban con vida.

Empero uno de ellos cayó gravemente herido.

Sonó ruido de pasos de muchos hombres, que parecían acudir desde el alcázar.

—¡Acabemos, vive Dios! — exclamó uno de los acometedores.

Fácil les era concluir.

Diez espadas cayeron sobre el último infeliz soldado, dejándolo sin vida.

Los asesinos huyeron en distintas direcciones.

El socorro llegó tarde.

¿Y Florentín?

El que lo había alejado del lugar del combate, cortó con un puñal la cuerda, y dijo:

—Corred, corred, que no tardarán en seguirnos.

El abate no pronunció una palabra.

Aquella no era ocasión oportuna para hacer observaciones.

Obedeció, corriendo con la ligereza del que huye para salvar la vida.

Llegaron á la calle de Segovia.

—Quieto—dijo el desconocido, que por la voz y las maneras parecía ser un hombre rudo y grosero.

Florentín, que apenas podía respirar, se detuvo mirando á todos lados.

—Venid—dijo.

Entraron, cerraron, atravesaron á tientas un zaguán, abrieron otra puerta y se encontraron en un aposento de reducidas dimensiones y donde no se veían más muebles ni objetos que un candelero de barro con una vela de sebo, cuya rojiza luz se esparcía trabajosamente en medio de una atmósfera húmeda y pesada.

—Perdonad—dijo el desconocido con tono respetuoso—; pero no puedo ofreceros una silla para que descanséis, porque la premura con que todo se ha preparado, no nos ha permitido atender más que á lo que nos interesaba, que era salvaros.

El abate miró á su alrededor, no para reconocer el lugar donde se encontraba, sino como si buscase á otra persona.

El desconocido, comprendiendo el significado de aquella mirada, dijo:

—Maese Corcuera nos aguarda y os explicará como yo no puedo hacerlo, el por qué no se encuentra aquí, si bien se os alcanzará que no era prudente que él se expusiera á ser reconocido.

—¿Qué hemos de hacer ahora?—preguntó por fin el abate.

—Andarán buscándoos y es prudente que permanezcamos aquí siquiera una hora para dar tiempo á que se cansen y se vayan nuestros perseguidores. A los gritos de los soldados habrán acudido otros del alcázar á socorrerlos y recorrerán todas estas calles con la esperanza de encontrarnos.

Florentín reflexionó.

—Sí—dijo—, es prudente que permanezcamos aquí una ó dos horas, y aún así habrá peligro cuando salgamos.

—No lo habrá, buscaremos el camino más seguro y creo que llegaremos con toda felicidad á donde nos aguarda maese Corcuera. Además, cuando salgamos encontraremos á alguno de los nuestros, que nos acompañarán y protegerán con el valor de que hace poco han dado pruebas.

Comprendió el abate que aquel hombre no era más que uno de tantos instrumentos de maese Corcuera, y por con-

siguiente no podría darle muchas explicaciones.

Aunque estaba fatigado y lo que había sufrido menguaba considerablemente sus fuerzas, como no tenía donde sentarse, empezó á pasear de un lado para otro de la habitación.

El desconocido permaneció en pié y en actitud respetuosa, lo cual probaba que había recibido orden de guardar toda clase de consideraciones á Florentín.

Ni una palabra más pronunciaron.

Pasó una hora que el abate empleó en reflexiones sobre su situación y en trazar planes para llevar á cabo su venganza, ya que le era por entonces imposible aspirar á ver satisfecha su ambición.

Raúl de Lancaste debía ser una de sus víctimas; Raúl de Lancaste, que lo había engañado, que había conseguido burlarse de él.

—Me parece—dijo el desconocido—, que ya podemos salir sin cuidado alguno.

—¿Dónde nos aguarda maese Corcuera?

—Más allá del arrabal de San Ginés, hacia el Quemadero.

—Mucho tenemos que andar.

—Según he podido entender, por ahora os alejaréis de Madrid; pero ni sobre este punto ni sobre ningún otro puedo aseguraros nada, puesto que no sé más que lo que me ha dicho maese Corcuera.

—Vamos, pues.

Apagaron la luz y salieron cerrando las puertas..

Aún no se habían separado diez pasos de la puerta, cuando se les acercaron cuatro hombres.

—Aquí estamos—dijo uno de ellos.

—Pues bien—respondió el otro—, poneos en marcha y mucho cuidado.

—No hay ninguno.

—¿Habéis mirado por estos alrededores?

—Sí.

—¿Y qué?

—Nos han buscado inútilmente; se han llevado los muertos y los heridos y nada más.

—Ya sabéis el camino.

Pusiéronse en marcha.

Florentín miró receloso á todas partes.

El más leve ruido le hacía temblar.

Aún no se creía seguro, y con razón, porque una circunstancia cualquiera era bastante para que todo se perdiese.

Sin pronunciar una palabra dejaron atrás calles y calles, solitarias y silenciosas todas ellas.

Media hora después atravesaban el arrabal, y los ojos del abate relumbraban como dos luces fosfóricas al descubrir confusamente y en medio de las tinieblas la antigua morada de Jacobo de Tordesillas y la casa desde donde él había estado en acecho tantas veces.

CAPITULO VIII

Á DONDE FUÉ Á PARAR EL ABATE

Acabóse de tranquilizar Florentín cuando atrás dejaron los últimos edificios.

Ya no era posible que por allí lo buscasen.

—¡Ah!—murmuraba—con qué le pagaré á maese Corcuera? Grandes beneficios me debe; pero lo que acaba de hacer por mí tiene tanta importancia, que

sobradamente compensa lo que ha realizado. Pero no es esto en lo que por ahora tengo que ocuparme, sino en aniquilar á mis enemigos. Lancaste me ha engañado representando una farsa, y ya lo aborrezco tanto como á don Martín, y tanto como á Santoyo, que me ha ultrajado de la manera más horrible.

Interrumpió el curso de estas reflexiones, y volviéndose le preguntó á Tiburón:

—¿Y en qué sitio nos aguarda el buen Corcuera?

—Un poco más allá—respondió el bandido.

—No acierto á explicarme el por qué desde luego no nos hemos quedado en la Inquisición, pues allí debía considerarme seguro.

—Señor abate, ya os he dicho que según he podido entender, maese Corcuera lo tiene todo dispuesto para que os alejéis de Madrid.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco.

—Cuanto sucede esta noche...

—Es muy extraño, sí; pero como mi obligación es obedecer con toda exactitud, porque para eso se me paga....

—Y como habéis cumplido bien esa obligación y habéis arriesgado la vida, además de la recompensa que se os haya prometido yo añadiré lo que bien me parezca.

—Sois muy generoso.

—Y además tendréis mi protección, pues aunque ahora me veis perseguido, puedo hacer mucho en vuestro favor.

—Ya lo sabemos.

—Deseo vivamente ver á maese Corcuera para que aclare mis dudas.

—Pronto ha de ser.

No habían pronunciado estas palabras, cuando de entre unos matorrales salió un hombre y dijo:

—Aquí me tenéis, Tiburón.

Detuviéronse.

Volvió el abate la cabeza creyendo encontrarse con su salvador; pero el que se le había presentado en nada se parecía á maese Corcuera.

Muy pronto Florentín salió de dudas, porque aquel hombre se le acercó, bajó el embozo y le dijo mientras sonreía:

—¿No me conocéis, señor abate?

Este exhaló un grito destemplado.

Retrocedió.

Extendió los brazos como si hubiese visto un fantasma.

El pavor apoderóse de su espíritu.

Los bandidos, aunque no comprendían bien la situación, soltaron una carcajada burlona, porque les divertía el espanto de Florentín.

—Sí—dijo Santoyo después de algunos momentos—. Habiais creído dos cosas: que nadie había tan astuto como vos, y que habiais de libraros del castigo que merecéis.

—¡Ah!...

—Os equivocásteis.

—¡Piedad!....

—La que vos habéis tenido cuando atormentabais á vuestras víctimas.

—¡Bien dicho!—exclamó Tiburón entusiasmado—. Los inquisidores no merecen perdón.

—Ahora—dijo Santoyo, además de pagaros religiosamente y daros algo más, os divertiré haciendo bailar al señor abate Florentín.

—Sí, sí.

La espada desenvainó el hidalgo.

—Entregadme á la justicia—dijo el abate—. ¿Qué más queréis?... El rey tiene las pruebas de mi crimen, y me castigará...

Tras él siempre con la espada desnuda siguió el hidalgo. (Pág. 34.)

—¡Silencio!

—Este abuso...

—¡Vive Dios!... Callad y bailad..

Y la espada del señor Antolín relumbró al agitarse.

El desdichado Florentín, rugiendo sordamente, brincó y dió vueltas mientras los bandidos reían estrepitosamente.

—Basta por hoy—dijo Santoyo.

Y sacó el dinero y se lo entregó á Tiburón con algunos escudos más de lo ajustado, y diciéndoles:

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Descuidad.

—Os advertí que me desagradaban los curiosos, y ahora os advertiré que lo pasaréis muy mal si movieseis la lengua más de lo que es menester.

—Somos discretos.

—Os conviene mucho.

—Nos habéis pagado generosamente y además nos habéis divertido haciendo bailar al señor abate.

—Esta noche os emborracharéis, y mañana, cuando recordéis lo que ha sucedido...

—Se nos figurará que hemos soñado.

—Eso es.

—Y si otra vez nos necesitáis, disponed de nosotros, que os serviremos de mejor gana que á nadie y por menos dinero.

—Es posible que algo tengamos que hacer dentro de pocos días.

—Dispuestos estamos.

—Idos ya.

—Se alejaron los bandidos y desaparecieron.

Si Florentín hubiese tenido más valor, habría intentado huir para que lo matase el hidalgo, librándose así de los tormentos que le esperaban; pero era demasiado cobarde.

Además, no había perdido la esperanza de recobrar la libertad y vengarse.

Mientras tuviese vida todo era posible, porque las circunstancias cambian.

—Escuchad—le dijo Santoyo.

Florentín exhaló un gemido.

—Hemos de ir á la casa donde encerrada estuvo la hija de Jacobo.

—No, eso no.

—Eso sí, porque á fuerza de cintarazos os obligaré á obedecer.

—Esta crueldad...

—Algo se parece á la vuestra.

—¡Dios mío!...

—En marcha.

—Pero...

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó el señor Antolín.

Y blandió la espada.

El abate obedeció, adelantando con pasos vacilantes por el sendero que á la casita conducía.

Tras él, y siempre con la espada desnuda siguió el hidalgo.

¿Qué se proponía éste?

Algo demasiado horrible, pues ya lo conocemos y sabemos que era un desalmado.

Pocos minutos después desaparecieron entre las tinieblas.

Los dejaremos, porque tenemos que volver á palacio para presenciar las escenas que allí tuvieron lugar.

CAPITULO IX

DE COMO EL REY RECIBIÓ LA NOTICIA

Precisamente cuando Quiñones y sus amigos se disponían á salir, llegaron las primeras noticias de haber sido acometidos los que guardaban al preso; pero este rumor no se vió confirmado sino algunos minutos después por uno de los soldados que habían acudido á las voces de los otros.

Nuestros amigos quedaron como anonadados, y por algunos momentos no supieron que hacer ni que decir.

—¡Vosotros tras ellos!—exclamó Quiñones.

Y siguió al que llevaba la noticia al rey.

Jacobo, Raúl y David, uniéndose á Simón y Juan, salieron precipitadamente del alcázar y se dirigieron al lugar del combate.

Entre tanto don Martín, sin cuidarse de hacerse anunciar y seguido del soldado, penetró en la regia cámara.

En aquellos momentos era cuando el rey acababa de pronunciar las palabras que ya conocen nuestros lectores y que tenemos por de grande importancia.

—¡Justicia, señor! — exclamó Quiñones.

El monarca se puso en pie, y miró sorprendido y alternativamente á su hermano y al soldado, que apenas podía respirar y que estaba cubierto de sudor y de sangre.

—¿Qué significa esto?—preguntó Felipe III sin acertar á comprender lo que sucedía.

—Yo no sé más, sino que se ha escapado Florentín.

—¡Qué se ha escapado!...

—Todo ha sido inútil...

—Explicaos.

—Señor — dijo el soldado —, oímos grandes voces pidiendo socorro en nombre de V. M. y acudimos presurosamente hacia Santa María; pero ya no encontramos más que á nuestros compañeros que habían salido un poco antes, muertos dos de ellos, y los demás muy mal heridos.

—¿Y el preso?

—Nadie más había.

—¡Oh!...

—Según cuenta uno de los heridos, les acometieron seis ú ocho hombres, y luego otros tres ó cuatro, viéndose envueltos repentinamente y sin poder herir ni parar los golpes que les asestaban.

—¡Eso sucede á las puertas de mi palacio!...

—Señor, nuestros pobres compañeros se han batido como leones y han preferido morir antes que retroceder.

—¿Pero por qué no han matado al preso, por qué?

—A matarlo iba el que llevaba la cuerda, y que es uno de los que quedan vivos; pero la cuerda fué rota de una cuchillada, y en aquella confusión pudo el preso desaparecer.

—Corred — dijo el monarca—, registradlo todo y no volváis sin decirme que el criminal está ya en un calabozo y cargado de cadenas.

El soldado no esperó más y salió.

Felipe III, con muestras de grande agitación, hizo sonar repetidas veces la campanilla.

Presentáronse todos los gentiles-hombres que se encontraban en la antecámara.

El rey dió muchas órdenes y todos salieron precipitadamente para cumplirlas.

Antes de media hora no había en Madrid alcalde ni corchete que no estuviera en movimiento.

Don Martín, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, había permanecido inmóvil y mudo durante aquella escena de agitación.

Su rostro estaba pálido y contraído, y su mirada era sombría y terrible.

Con poca diferencia, él y sus amigos se encontraban en la misma situación que antes.

Todo cuanto se había hecho había sido inútil.

Entonces recordó las últimas palabras de Florentín.

—Aún no habéis triunfado—había dicho éste con tono de la más completa seguridad.

Y no se equivocaba, porque no solamente no habían triunfado nuestros amigos sino que la lucha debía continuar con más encarnizamiento que nunca.

Ya no tenía Florentín que ocuparse de sus miras de ambición, puesto que por entonces le era imposible satisfacerlas; su sed de venganza sería ardiente como nunca, y no quedaría satisfecha sino con el completo aniquilamiento de sus víctimas.

Para Florentín no quedaba ya más que una cosa: matar y destruir.

La lucha en otro terreno era imposible. Si no todos, porque esto no era fácil, algunos debían sucumbir bajo el puñal de un asesino.

Antes había pensado el abate en su venganza y su ambición á la vez, y ya no pensaría más que en la primera.

Como no contaba con el poderoso elemento del Santo Oficio, donde con placer hubiera torturado á sus víctimas, no le quedaba más que la muerte.

Debía correr la sangre; pero alevosamente vertida.

Estas consideraciones las hizo en pocos segundos don Martín, manifestándolas á su hermano.

Este fué de la misma opinión, y si hemos de escudriñar sus pensamientos, diremos que empezó á mirar á don Martín con alguna más benevolencia que pocos momentos antes.

Al fin Quiñones era ya una víctima, estaba expuesto á mil peligros, y no había necesidad de hacerlo sufrir de otro modo.

He ahí, cómo la nueva desgracia dió algún buen resultado, si bien éste no podía compensar las fatales consecuencias que aquélla debía producir.

—Ya lo veis—dijo el monarca—: hago todo lo que puedo, y si algo más queda por hacer advertidmelo y os convenceréis de que tengo tanto empeño como vos en que se castigue á ese miserable á quien miro con horror, con repugnancia desde que lo vi jurar falsamente en el santo nombre de Dios y con la diestra sobre los Evangelios.

En esto no mentía el monarca, porque era sinceramente católico, y además fanático, y la sola idea de aquel falso juramento le horrorizaba.

—Nada, señor, nada puede hacerse por ahora más de lo que se ha hecho.

—Ayudadme vosotros...

—Mis amigos se han puesto en movimiento y voy á buscarlos.

Don Martín salió; encaminóse á Santa María, y allí encontró á Juan y á algunos soldados entrando en explicaciones con ellos y con los heridos.

Todas las pesquisas habían sido hasta entonces vanas, y ya sabemos que lo fueron después.

Los resplandores de la aurora iluminaban el espacio cuando nuestros amigos, perdida la esperanza y rendidos por la fatiga, se retiraron á descansar.

Ya no había para qué hacer misterios, ni era posible que se hiciesen cuantio tantas personas se habían enterado de lo sucedido.

El acontecimiento, comentado de mil modos y desfigurado, corrió de boca en boca al siguiente día, y fué objeto de todas las conversaciones.

El señor Antolín nada supo hasta que después de almorzar fué á casa de don Martín.

Sorprendióle la noticia y dejó escapar algunos juramentos, acabando por decir:

—Ahora reconoceréis que Simón y yo aconsejábamos con acierto al opinar que debíamos tomarnos la justicia por nuestra mano y acabar con ese bribón. No doy á lo sucedido tanta importancia como vosotros en cuanto á lo que hayamos de temer, porque harto hará el

abate con guardarse y esconderse en vez de ocuparse de hacernos mal.

—Os equivocáis, porque ese hombre preferirá morir á renunciar á su venganza.

Retorcióse el bigote Santoyo, reflexionó, y después de algunos momentos repuso con sentencioso tono:

—Caballero, no olvidéis aquel refrán que dice: «á enemigo que huye, puente de plata».

—¿Sabéis, señor Antolín, que hace una semana estáis desconocido?

—¿Por qué?

—Porque vuestras ideas son completamente distintas de las de siempre, y porque hasta vuestra conducta ha cambiado.

—Yo mismo he confesado que no soy el mismo hombre, porque me he vuelto juicioso, y mis sentimientos son distintos.

—Esperábamos veros ahora desesperado, porque vos erais quien más empeño mostraba en que al abate se le castigase cruelmente.

—Cuando las desgracias no tienen remedio, no me mortifico, porque nada se consigue con la desesperación. Esto me ha sucedido siempre y no debe sorprenderos. En París, donde más de una vez tuve motivos para desesperarme, me resigné y me consolé, como puede atestiguarlo el señor Jacobo, y aquí me habéis visto sufrir con paciencia lo que más me atormentaba.

Imposible fué sacar al hidalgo de estos razonamientos, y hubo que concluir por dejarlo como cosa perdida.

No hablaremos de lo que hicieron todos para descubrir el paradero del abate: ya sabemos lo mucho que valían para esta clase de asuntos y los recursos con que contaban; pero nada consiguieron, ni siquiera encontraron el más leve indicio que les sirviese de guía.

David dudó entonces sobre la conducta que debía seguir.

¿Abandonaría á sus amigos cuando éstos corrían tal vez mayor peligro que nunca?

Después de reflexionar mucho, se fijó un plazo.

—Partiré dentro de un mes—dijo—, si para entonces no hemos encontrado al abate ó no ocurre otra novedad.

Y adoptada esta resolución, continuó trabajando sin descansar un instante.

La Inquisición, como era consiguiente, tomó parte en el asunto, reclamó el derecho de juzgar á Florentín, y dispuso buscarlo, empleando todos los medios de que podía disponer.

Así quedó la situación.

CAPITULO X

UN MES DESPUÉS

El vizconde, con más empeño cuanta menos esperanza tenía de ser correspondido, continuaba entonando dulces trovas al objeto de su amor y visitando con frecuencia á don Martín de Quiñones; pero rara vez consiguió ver á la hija del señor Jacobo, y nunca obtuvo de ésta ni una mirada que indicase el haber llegado á interesarla.

—¿Me veré derrotado por primera vez en mi vida?—se preguntó el vizconde.

Y acabó por pensar que la joven amaba ya á otro.

El señor Antolín le había hablado de un rival; pero, ¿quién era éste?

Todo su empeño lo puso el noble galán en descubrir quien fuese el rival afortunado que estorbaba sus planes.

Observó, espió noche y día, y dedicó á uno de sus criados á que hiciese lo mismo; pero el trabajo no dió resultado alguno, y se desesperó más y más.

Estas contrariedades produjeron un resultado que no nos sorprende: el vizconde acabó por amar de veras á la hija del señor Jacobo, tan de veras que no le pareció ya locura ofrecerle su mano y su ilustre nombre.

Nadie hubiera sospechado esto.

—Continuaré averiguando—se dijo al fin un día—, y si nada consigo, hablaré con franqueza á don Martín y pediré formalmente la mano de la hija del del señor Jacobo.

¿Y el señor Antolín?

También perdía la esperanza de ser correspondido, porque ni sus tiernas frases ni sus lánguidos suspiros recibían la contestación que deseaba, y aun parecía que enojaban á Isabel.

—¿Quién tiene la culpa de esto?—se preguntó el hidalgo.

En su concepto la culpa era del vizconde, rival demasiado temible, tanto por sus prendas personales como por su nombre ilustre y sus riquezas.

Verdad es que el noble galán no había conseguido tampoco nada; pero sus galanteos eran motivo suficiente para distraer la atención de la bellísima joven, que tal vez no había correspondido al opulento enamorado, porque quería reflexionar ó tranquilizarse después de los borrascosos sucesos en que ella había representado el principal papel.

El señor Antolín miró con odio profundo á su rival, y después de muchas reflexiones acabó por decir:

—Procedamos con orden. Lo primero que he de hacer, es quitar de en medio el estorbo, y después, sin dar tiempo á que otro galán se presente, hacer el último esfuerzo y salir de una vez de dudas. Si nada consigo, nada se perderá porque el vizconde deje de existir. Es buena espada y le sobra valor; pero siempre le he llevado alguna ventaja, y toda su destreza no ha servido de nada contra mis golpes favoritos. Motivo de querella me sobra con sólo decir que amo á Isabel. Para desnudar el acero no se detiene mucho mi amigo el vizconde, y el asunto quedará terminado en media hora. Haré que David sea mi testigo, y como al fin se conocerá el motivo del duelo, Isabel no desairará al hombre que por ella ha arriesgado la vida.

Esto era cuanto había con respecto á los amores que nos ocupan.

Y así pasaban los días y las semanas, acercándose el término del plazo que se había fijado David.

Por lo demás, la conducta del señor Antolín puede decirse que era misteriosa.

Como no fuese para ir á ver á sus amigos, no salía de la casita donde ya lo vimos instalarse, asegurando que allí encontraba goces que en vano buscaría en el bullicio de la sociedad.

Enamorado y sin esperanza de ser correspondido, debía estar triste, y sin embargo veíasele alegre como nunca.

—Soy feliz, completamente feliz—exclamaba con frecuencia.

Y otras veces decía á Simón:

—Os preparo una sorpresa la más agradable que podéis imaginar; pero será preciso que me juréis guardar el secreto para todo el mundo, hasta para el mismo David.

¿De qué promesa hablaba Santoyo?

Creyó el gigante que estas palabras se referían á los amores del hidalgo, y no les dió ninguna importancia.

Transcurrió el mes sin que ocurriera nada de particular.

Todos estaban tristes y preocupados, y la hija del señor Jacobo, más triste que nadie, dejaba ver que no era feliz á pesar de haber recobrado la vista.

Esta no le sirvió más que para que su cruel sufrimiento se aumentase, pues pudo ver á David y entonces lo amó como nunca.

La profunda melancolía que á todas horas se revelaba en los negros ojos del huérfano, lo hacía doblemente interesante, y su palidez aumentaba su belleza.

No encontró Isabel hombre de igual hermosura, no encontró ojos que expresasen lo que expresaban los de David, y el amor de la pobre niña llegó á ser una pasión violenta, que no podía extinguirse sino con la muerte.

A David le había sucedido lo mismo: desde que la joven había recobrado la vista, sus encantos llegaron hasta lo inconcebible.

Sus negros ojos, antes sin expresión, ¡cómo brillaban entonces, cuánto fuego y cuánta ternura revelaban!

Eran los mismos ojos de su madre, la misma mirada enérgica unas veces y lánguida y dulce otras, que había trastornado la razón de Florentín, la misma mirada irresistible, fascinadora, la misma mirada, que parecía ir hasta lo más recóndito del corazón y encender allí una hoguera.

—¡Y será para otro!—decía David desesperadamente.

¿Quién hubiera podido comprender lo que el infeliz sufría?

Nadie, nadie más que Isabel, porque su sufrimiento era el mismo.

El huérfano exigió terminantemente su despacho de capitán, porque ya nada tenía que hacer, y el rey, cumpliendo su palabra, entregó el nombramiento á don Martín.

Todo estaba arreglado para la partida.

El último día del plazo lo pasó David en la vivienda de Quiñones, y al anochecer dispuso salir para buscar á Simón.

Una sola vez debían verse ya los dos enamorados, y la desdichada niña sintió que la faltaban las fuerzas cuando David se puso en pie y se despidió con voz ahogada, anunciando para la mañana siguiente la despedida que podía llamarse eterna.

Isabel hizo un supremo esfuerzo y pronunció algunas palabras que apenas se entendieron.

No había entonces con ella otra persona que su madre.

David, también medio trastornado, salió del aposento.

Apenas hubo caído la gruesa cortina que cubría la puerta, Isabel se oprimió fuertemente el pecho, fijó en su madre

una mirada de mortal angustia, y exclamó:

—¡No puedo más!

La pobre madre dejó escapar un grito, abrió los brazos, recibió en ellos á la joven y la estrechó fuertemente contra su pecho, mientras decía:

—¡Hija mía, hija de mi alma!

Había llegado el momento de que se conociera el secreto de la pobre niña.

Ya era imposible que lo ocultase: en las pocas palabras que había pronunciado había una revelación que no daba lugar á dudas.

Por algunos minutos permanecieron inmóviles y silenciosas la madre y la hija.

Sus rostros pálidos, estaban cubiertos de lágrimas.

El corazón de ambas palpitaba con violencia.

Sentíanse ahogadas, y lo que sufrían en aquellos momentos es imposible hacerlo comprender.

¿Necesitaba la pobre madre más explicaciones?

Todo lo había comprendido; sus sospechas se habían convertido en realidad.

Empero al disiparse sus dudas se aumentaron sus temores.

¿Había esperanza de que su hija fuese dichosa?

Por nada del mundo fingiría David un amor que no sentía, y por consiguiente ni aun apelando al engaño había remedio posible.

—Confíame tus pesares—dijo al fin la esposa de Jacobo—, confíamelos, que no habrá nada que yo no sepa hacer por tu felicidad.

La joven levantó la cabeza y la movió tristemente.

Luego limpió sus ojos y se entreabrieron sus labios, desplegando una sonrisa desgarradoramente amarga.

—Ahora, hija mía, habla...

—No hay remedio para mi mal, replicó la niña con triste acento.

Y desgraciadamente no se equivocaba.

Así lo comprendió su madre, y sin atreverse á hacer ninguna observación, volvió á guardar silencio.

Contempláronse con mirada dolorosísima, una mirada que en aquellos momentos era de resignación y que fácilmente sería de desesperación.

La cortina de la puerta se agitó levemente.

Un oído delicado hubiera podido apercibir el ruido leve y sordo de una respiración agitada.

¿Escuchaba alguien la conversación de la madre y de la hija?

No queremos hacer misterios sobre este punto, y desde luego responderemos afirmativamente.

Al salir el huérfano se había detenido porque le faltaban las fuerzas para sostenerse.

A sus oídos llegó el primer grito de Isabel, y sin cuidarse de si le estaba ó no permitido espiar, miró por una rendija y escuchó con toda la avidez consiguiente á su pasión violenta.

Cuando las dos mujeres volvieron á quedar silenciosas, David tenía el rostro bañado en frío sudor.

No hubiera podido decir lo que sentía.

Ya no debía dudar que era amado lo mismo que amaba; pero el júbilo que este

convencimiento le produjo, no se manifestó sino en dos fugaces relámpagos que se escaparon de sus negros ojos.

Su primer impulso fué entrar nuevamente y caer de rodillas á los piés de la joven; pero aún tuvo fuerza para contenerse, y oprimiéndose el pecho, dijo para sí:

—Quieto, corazón, quieto... ¡Oh!... ¡Estoy trastornado, estoy loco!

Efectivamente, nunca había experimentado un trastorno tan profundo.

Si se hubiera dejado llevar de su primer arrebato, la situación habría sido peor que nunca, porque Isabel hubiera creído que el amor de David era no más que compasión, era un nuevo sacrificio hecho en aras de la dicha de sus amigos.

Afortunadamente, y á pesar de su trastorno, contúvose y en cuanto le era posible reflexionó.

En vez de salir de la casa, dirigióse al aposento donde se encontraba don Martín.

¿Qué había determinado el huérfano?

Por de pronto no se separaría de Isabel.

El señor Antolín de Santoyo estaba en compañía de Quiñones.

—Me alegro que vengáis—dijo éste al huérfano, cuya palidez y agitación, revelaban su trastorno—. Hablábamos un asunto de mucho interés.

—¿De qué se trata?—preguntó maquinalmente David.

—Escuchad lo que el señor Antolín me dice.

—Sepamos.

El hidalgo se retorció el bigote, y después de mirar á sus amigos, dijo con malicioso tono:

—De todos nosotros el más torpe soy yo; pero dejadme con mi torpeza, que yo me entiendo.

—Esta noche estáis misterioso como nunca.

—Y no acabaré de explicarme si luego habéis de aturdirme á preguntas, porque debo advertiros que de todo lo que sé no quiero decir más que una parte por ahora, y esta resolución es tan firme que por nada del mundo la cambiaré.

—Bien—repuso don Martín de Quiñones—, decid lo que os parezca, puesto que ya estamos acostumbrados á vuestras reservas y misterios.

—El abate vive.

—No nos sorprende la noticia.

—El abate se encuentra en Madrid y no nos olvida un instante.

—¡Oh!—exclamaron á la vez David y Quiñones.

—Pero este asunto corre ahora de mi cuenta, porque quiero probaros que valgo más que todos vosotros, y sobre todo, porque ya sabéis que tengo con Florentín una cuenta pendiente y que deseo dejar arreglada, para lo cual no renunciaré, aunque sepa que han de desollarme vivo.

Puede comprenderse el efecto que produciría esta noticia.

No debía el señor Antolín asegurar nada sobre este punto sin tener pruebas positivas.

—¿Dónde está ese miserable?

—No lo sabréis—respondió Santoyo con acento de firme resolución—, no lo

sabréis hasta que llegue el momento oportuno, porque de otro modo se frustrarían mis planes.

—Señor Antolín—replicó severamente Quiñones—, tened entendido que si deseamos inutilizar á Florentín porque así lo exige nuestra seguridad, si pedimos que se le castigue porque así lo reclama la justicia, no hemos pensado convertirnos en asesinos, ni mucho menos ser tan crueles como lo ha sido él.

—Lo sé.

—Os hago esta advertencia, porque si hubiéseis trazado algún plan por el estilo de los del abate...

—Caballero—replicó Santoyo—, entregar á ese bribón sería lo mismo que dejar impune su crimen. Yo no he trazado plan alguno, pero quiero tomar mis medidas para asegurarme de que esta vez no se nos escapará, y sobre todo, que lo dejaremos en tal disposición que nada tengamos que temer de su perversidad.

Inútil fué que don Martín y el huérfano hiciesen preguntas y observaciones al hidalgo, porque este no dió más explicaciones y se dispuso á salir, diciendo al huérfano:

—Por don Martín he sabido que pensáis partir mañana.

—He cambiado de resolución—contestó David.

Quiñones lo miró con sorpresa.

—Sí—añadió el huérfano—, puesto que tenemos la seguridad de que el abate vive y se encuentra cerca de nosotros, no me iré, y os suplico que devolváis al rey mi nombramiento, porque ya no quiero ir á la guerra.

—¡Señor David!...

—¿No me habéis ofrecido protección sin necesidad de separarme de vosotros?

—Y ya sabéis que lo hemos hecho de todo corazón, y que vuestra partida era considerada por todos nosotros como una desgracia horrible. No tenéis derecho á decir que os veis solo en el mundo; hay una mujer á quien dais el nombre de madre, y de la que sois amado como un hijo, y en cuanto al señor Jacobo...

—Lo sé, lo sé—replicó David con voz alterada—, y sobre mi nueva determinación, hablaremos otro día.

—Me alegro que os quedéis—dijo el señor Antolín estrechando la diestra del mancebo—, me alegro siquiera porque necesito de vos para un asunto bastante delicado.

—Decid en qué puedo serviros.

—En presenciar cómo atravieso el corazón á cierto mozo con quien tengo una cuestión pendiente, cuestión que sólo puede resolverse á estocadas.

—¡Un duelo!—exclamaron Quiñones y David.

—¿Qué encontráis de particular?

En aquella época, un duelo era la cosa más sencilla, y por consiguente la observación del señor Antolín estaba en su lugar.

—¿Quién es vuestro adversario?

—Permitidme que sobre su nombre guarde el secreto hasta que llegue el instante de la lucha.

—¿Cuándo tendrá efecto este lance?

—Probablemente pasado mañana.

El señor Antolín se despidió y salió.

No es menester decir que quería de

una vez terminar todos los asuntos pendientes.

Quiñones y David quedaron solos.

La conversación iba á ser muy interesante, puesto que el huérfano había pensado hablar de su amor.

CAPITULO XI

EL HUÉRFANO SE EXPLICA

Quiñones fijó su mirada profunda y escudriñadora en David.

El semblante de éste revelaba sentimientos contrarios, y por consiguiente no era fácil adivinar lo que en su alma sucedía.

Había hecho todos los preparativos para su viaje, habíase despedido ya de algunos amigos, y cuando no le quedaban más que algunas horas de permanencia en Madrid, de repente cambió de propósito y dijo que no saldría de la corte.

Con insistencia, contra la opinión de sus amigos y protectores, y á despecho de todas las conveniencias y todas las consideraciones, había decidido cambiar de vida pidiendo un empleo cualquiera en el ejército que combatía fuera, de la península española, y cuando se le dió lo que tanto deseaba dijo que se quedaría.

No era David uno de esos hombres que cambian de opinión con frecuencia, ya porque se dejase llevar de las últimas impresiones, ya porque no tienen una sola idea fija. Era consecuente, nunca se le había visto retroceder cuando el primer paso daba, y por consiguiente, su repentina determinación debía causar doble extrañeza.

Don Martín debía quedar perplejo, y claro es que había de empeñarse en conocer la causa de aquel cambio.

Por de pronto lo había justificado David con la circunstancia de haberse descubierto dónde se encontraba el abate; pero esto era á todas luces un pretexto que no podía tomarse en consideración.

Después de algunos minutos, don Martín de Quiñones rompió el silencio para decir:

—Ahora podemos hablar, olvidándonos de las locuras del señor Antolín de Santoyo.

—Pues me parece asunto demasiado grave el que ha tratado, y en el que deberíamos fijar nuestra atención. El abate había desaparecido, y ahora...

—Señor David, abrigo una sospecha de la que antes no he querido hablar, porque la ocasión no era oportuna.

—Si es que habéis pensado lo mismo que yo...

—Probablemente.

—La extraña conducta del señor Antolín debe tener una causa.

—Es indudable.

—Muestra inclinación á la soledad como quien está melancólico, y sin embargo, no puede ocultar su alegría.

—Pues bien, precisamente en vista de eso, he llegado á creer que Santoyo consiguió apoderarse de Florentín, que lo tiene encerrado, que lo mortifica y que así goza.

—¡Oh!...

—Preciso es no olvidar que Santoyo es un desalmado, pues por más que nos haya servido...

—Le convenía.

—Y se interesó su amor propio y tenía también que satisfacer un deseo de venganza. Ha sufrido mucho, mientras que en manos del abate se encontró el papel que firmó tan imprudentemente, y como se ha visto humillado con amenazas, y ha tenido que someterse contra su voluntad...

—Eso no lo perdona el señor Antolín.

—Nos conoce bien, y sabe, como acabo de decirle, que para castigar al abate no podríamos convertirnos en asesinos.

—Sí, y el mejor medio que ha encontrado para que nadie le ponga estorbos, es guardar la más absoluta reserva.

—Pues si todo eso lo habíais sospechado como yo, debéis considerar que la situación no ha cambiado por lo que ha dicho Santoyo, y no cambiando la situación, no se comprende que adoptéis una nueva resolución.

—Don Martín, si es que ante todo queréis hablar de este asunto, lo haremos: en presencia del señor Antolín no he querido dar á conocer la verdad de la causa de mi determinación que tantas veces y con tanta generosidad me habéis ofrecido.

—Ahora sí nos entenderemos.

—Y no podía suceder otra cosa, pues que tengo la obligación de deciros la verdad.

—Señor David, vos guardáis un secreto.

—Es verdad.

—No me quejo, porque muchas veces las circunstancias nos obligan á hacer lo más contrario á nuestra voluntad y á nuestros deseos.

—Ciertamente.

—Cuando habéis guardado reserva tan absoluta sobre lo que ha de decidir quizás de vuestra suerte, razones de muchísima importancia...

—Sí.

—No me quejo.

—Vais á conocer el secreto de mi martirio, y después me ayudaréis con vuestros consejos. Entre esperanzas y temores he sufrido mucho, temores y esperanzas que quizás no tenían ningún fundamento; pero trastornado, sin acertar á discurrir... ¡Oh!... Apenas acierto á explicarme.

—Debéis relatar los sucesos sin hacer comentarios, y luego haréis consideraciones sobre vuestros sentimientos.

David cambió de postura, y se pasó las manos por la frente.

Bien se conocía que hacía grandes esfuerzos para dominar su agitación.

Después de algunos momentos, dijo:

—Estoy enamorado.

—¡Ah!..

—No sé cómo esta pasión se ha encendido en mi pecho. La hoguera estaba preparada, y no era menester más que una chispa, que debía ser una circunstancia...

—Basta, señor David — interrumpió Quiñones.

—¿Habéis adivinado?

—¡Vive el cielo!... Mil veces ha brotado en mi mente esa idea y otras tantas la he desechado, porque creí que si cierto fuese lo que yo sospechaba, habríais acudido á mí en demanda de consejos y de ayuda.

—Debísteis pensar...

—Mi amor propio ha sido la causa

de mi torpeza. Viéndolo estáis, señor David.

—Vuestro amor propio...

—Sí, mi vanidad que me hizo creer que era imposible que dejáseis de acudir á mí, como si yo pudiera remediarlo todo.

—He temido que vuestro deseo de hacerme bien...

—Comprendo.

—Yo no quería, ni quiero que por gratitud se corresponda á mi amor, y por consiguiente...

—Perdonad, señor David, pero no habéis hecho justicia á mis sentimientos. Yo os hubiera ayudado con mis consejos y con mis observaciones; pero jamás hubiera contribuído á que se os engañase, y engañar sería que el sentimiento de la gratitud os lo concediesen como el de un amor que no existía. Vuestra suerte me interesa como pudiera interesarme la de un hermano, la de un hijo; pero no quiero para vos lo que para mí sería una inmensa desgracia.

—Os pido perdón.

—¿Amáis á Isabel?

—Con delirio...

—Si le pedíais correspondencia, ¿temíais que ella hiciese el sacrificio de su corazón para pagar lo mucho que os debe?

—Sí.

—Habéis observado y pretendíais encontrar señales de que los sentimientos de Isabel eran como los vuestros.

—No os equivocáis.

—La pretensión era absurda.

—Ahora lo comprendo así.

—Debisteis tener en cuenta las condiciones especiales de esa pobre niña. Primeramente su inocencia, su candor, que no le permite apreciar sus propios sentimientos. Sabe que os ama; pero ama también á sus padres y á sus amigos. ¿Cómo queréis que haga distinciones entre uno y otro amor? Aunque diferencia encuentre, no comprende que lo que siente es una pasión, cuyas aspiraciones son enteramente distintas de las del amor filial; os llama hermano, porque vos llamáis madre á la suya; se alegra cuando á su lado estáis; se entristece cuando no os ve, y sufre horriblemente cuando se le dice que vais á separaros de ella. ¿Puede saber esa inocente niña que significa lo que siente? Y aunque lo haya comprendido, su pudor no le permite manifestarlo. Tal vez espera con ansiedad á que le digáis que para ella es vuestro corazón; pero de vuestros labios no salen más que palabras de ternura fraternal, y ella, siquiera por pudor, tiene que responder en el mismo sentido.

—¿Y cómo salgo de dudas sin peligro de que esa pobre niña aparente que me corresponda para pagar así su deuda de gratitud?

—Se observa; pero no como lo habéis hecho, y se deduce, y así se acaba por conocer la verdad. Su misma inocencia os ofrecía grandes ventajas para poder penetrar en lo más recóndito de su corazón, y esas ventajas no las habéis aprovechado.

—Los que aman son descontentadizos y desconfiados.

—Por eso con mi ayuda...

—Ahora os la pido.

—Desesperado porque llegasteis á convencerme de que Isabel no os amaba, determinasteis partir en busca de la muerte.

—Sí.

—¿Y por qué ahora tan repentinamente habéis cambiado de opinión?

—Casi no lo sé.

—Es indudable que habéis vislumbrado un rayo de esperanza.

—Sí.

—¿Y en qué se funda?

—En lo que no tiene explicación.

—Sin embargo, como podéis decir lo que habéis visto, lo que habéis observado...

—No hace una hora que me separé de Isabel, y como era natural, hablamos de mi viaje, de nuestra nueva vida, de nuestro porvenir, y me parece haber visto en sus ojos algo que debe ser destello de la llama de un amor como el mío. ¿No me engaña mi deseo? He sentido... ¡Oh!... No lo sé... Mi pecho se abrasaba, y trastornado, completamente loco, determinaré quedarme para salir de dudas. Mi determinación de alejarme me ha parecido una cobardía declarándome vencido sin luchar, y una estupidez adoptar resoluciones extremas sin que se disipen completamente mis dudas. Quiero saber de una manera positiva si me ama Isabel, y luego, si mi desdicha me niega lo único que puede hacerme agradable la vida, partiré, me alejaré para morir entre el ruido y la sangre de las batallas.

—¿Tenéis algo más que decirme?

—Nada más.

—Pues bien. buscaremos un medio de salir de dudas sin que haya peligro de que Isabel corresponda á vuestro amor para pagar su deuda de gratitud.

—Pues ese medio es el que me parece imposible.

—Yo lo encuentro muy fácil.

—Don Martín, para vos que sois una criatura extraordinaria...

—No.

—Si llegáis á conseguir...

—Esperad, porque ahora mismo pondremos en claro lo que tan obscuro os parece.

—¡Ahora mismo!...

—¿Y por qué hemos de esperar á mañana?

—Pero...

—Señor David, dejadme hacer lo que mejor me parezca.

—Espero vuestras órdenes.

—Entrad ahí—dijo Quiñones, señalando hacia una puerta—. Colocaos tras esa cortina; escuchad y mirad.

—¡Dios mío!...

—No tembléis.

—Mi suerte va á decidirse...

—¿Y os faltará el valor en los instantes supremos?

—No.

—Oculto tras esa cortina permaneceréis hasta que yo os mande salir.

—El huérfano obedeció.

—Aunque ya sabía que Isabel lo amaba, quiso tener una prueba más.

Don Martín llamó diciéndole al criado que se presentó:

—Deseo ver á la hija del señor Jacobo y hablar á solas con ella. Decídselo así, pidiéndole perdón porque en

vez de ir á su aposento, la espero en el mío.

Pocos momentos después se presentaba la encantadora niña.

—Acercaos—le dijo con dulzura don Martín—. Sentaos aquí á mi lado; levantad la cabeza y miradme frente á frente, porque tengo necesidad de leer en vuestros ojos.

Enrojecieron las mejillas de Isabel.

Levantó la cabeza; pero tuvo que inclinarla muy pronto, porque no pudo resistir la mirada intensa del caballero.

CAPITULO XII

CÓMO TERMINÓ DON MARTÍN AQUEL INCIDENTE

Largo rato pasó sin que pronunciasen una palabra.

Isabel sentíase muy turbada.

Don Martín sonreía.

Entre tanto latía violentamente el corazón de David, que por entre las cortinas miraba con ansiedad á Isabel.

Quiñones rompió el silencio y dijo:

—No conocéis el mundo y apenas os habéis hecho cargo de lo que es la vida, y por consiguiente no es extraño que aún no hayáis comprendido la necesidad de colocaros dentro de vuestra situación. Fuisteis una niña, pero ya sois una mujer, y claro es que vuestros sentimientos han cambiado.

Otra vez enrojecieron las mejillas de la casta joven.

—No dudaréis de mi deseo de que seáis feliz—añadió Quiñones.

—¿Cómo he de poner en duda el cariño de quien tanto ha hecho por mí?

—Aunque he cumplido mi deber, vuestro noble corazón desea pagarme.

—Sí, sí, pero la ocasión no se me presentará.

—Os equivocáis, puesto que ahora la tenéis.

—¡Caballero!...

—Sí; suponiendo que algo me debéis, podéis pagarme con muy poco trabajo.

—Decid, porque mucho me equivoco sobre mis propios sentimientos, ó sin vacilar sacrificaría la existencia, si el sacrificio hubiera de seros provechoso.

—Menos necesito, mucho menos.

—Explicaos.

—Con algunas palabras no más habréis pagado la deuda, haciéndome el mayor de los beneficios.

Isabel fijó una mirada de asombro en don Martín, diciendo:

—No adivino...

—Esto os parece inverosímil.

—Sí; pero...

—Algunas preguntas os haré, y si me respondéis con franqueza, me consideraré recompensado. Nada más quiero, y por consiguiente...

—Perdonad; pero si habíais puesto en duda mi sinceridad...

—No.

—¿Dudáis de que con franqueza os responda?

—Sí.

—Nunca he mentido, y...

—Sin mentir, puede ocultarse lo que se siente.

—Haced la prueba, caballero.

—Escuchad.

La joven miró á don Martín, esperando con ansiedad.

Quiñones, sonriendo siempre con dulzura, dijo:

—Un hombre ha interesado vuestro corazón.

Todo lo esperaba menos esto la inocente niña.

—¡Ah!—exclamó en tanto que por tercera vez enrojecía su rostro como si fuera á brotar sangre.

Y se estremeció violentamente.

Su cabeza se inclinó.

Parecíale que la mirada de don Martín la anonadaba.

—¿Me equivoco?—preguntó el caballero después de algunos momentos—. Y os advertiré que no quiero que me contestéis más que con una sola palabra para afirmar ó negar terminantemente.

Dudó la pobre niña.

Tres ó cuatro veces movió los labios para hablar.

Por fin hizo un esfuerzo, y con voz apenas perceptible, dijo:

—No os equivocáis.

—Perdonadme; pero no os entiendo. Si levantáseis la voz os lo agradecería. ¿Es verdad que amáis á un hombre?

—Sí—dijo Isabel.

Y se cubrió el rostro con las manos y quedó inmóvil como una estátua.

David temió entonces haberse equivocado y que fuese á otro á quien amase Isabel.

El infeliz seguía esperando con ansiedad angustiosa.

—Aún necesito saber más—dijo don Martín.

La joven no articuló una sílaba.

—Vuestro amor le he visto en vuestros ojos, me lo ha dado á conocer vuestra melancolía, que era inexplicable en los momentos de felicidad suprema cuando acabábais de recobrar la vista, y nada teníais que temer de vuestros enemigos; pero me falta saber lo más interesante, lo que no puedo adivinar, y esto es lo que habéis de decirme si queréis pagar la deuda que habéis reconocido.

Isabel continuó silenciosa.

Don Martín añadió:

—Tengo entendido que hay un caballero que os galantea, y que es de noble cuna y rico. ¿Es ese el que ha conseguido interesar vuestro inocente corazón?

—No sé de quien me habláis—respondió por fin Isabel sin descubrirse el rostro.

—Del vizconde, á quien alguna vez habéis visto en esta casa.

—No, no—dijo vivamente la joven.

—Otro hay que, á juzgar por las apariencias, parece que os ama. En nada se parece al vizconde, y otro además... Y Dios sabe cuántos, puesto que vuestra hermosura puede encender muchos corazones; pero lo más acertado será que vos me digáis el nombre...

—¡Ah!... Os suplico...

—No quiero violentaros, y libre quedáis de cumplir la promesa que acabáis de hacerme. Vuestra mano me han pedido, y si desde luego no han ido á vuestros padres con la pretensión, ha sido porque antes querían conocer mi opinión sobre este asunto.

Isabel sufría mucho, y esto se comprende teniendo en cuenta su candor.

—Me ponéis en gravísimo apuro—

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

añadió Quiñones—, porque he de determinar sin saber si os hago mal ó un beneficio.

—Responded con una negativa, pues de seguro no os ha hecho la petición el hombre á quien amo.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque ese hombre, que ocasiones ha tenido para darme á conocer sus sentimientos, huye de mí en vez de acercarse, y...

—Las apariencias engañan.

—Caballero, conocéis ya el secreto de mi corazón y debéis comprender que sufro mucho—dijo Isabel con voz ahogada.

Y se interrumpió, y el llanto empezó á correr por sus mejillas.

—¡Vos desgraciada!...

—Sí.

—Os equivocáis, porque nunca habéis estado tan cerca de la dicha, y si no la alcanzáis, vuestra será la culpa, de vuestra reserva. Os pedí que con franqueza me habláseis, y no habéis querido hacerlo.

—Pues bien—interrumpió Isabel, enjugando el llanto, levantando la cabeza y mirando profundamente á don Martín—: os revelaré el secreto; pero jurad que lo guardaréis, juradlo don Martín.

—Lo juro—dijo Quiñones sin vacilar.

David iba á salir de dudas.

Con desigual violencia latía su corazón.

Isabel dijo:

—El hombre á quien amo y de quien no espero más que un cariño fraternal, es David.

Otra sonrisa desplegó Quiñones.

Tuvo el huérfano que acudir á toda la fuerza de su voluntad para contenerse y permanecer oculto.

Así prometió hacerlo y tenía que cumplirlo.

—Pues para que veáis, pobre niña, lo que son las coincidencias—dijo don Martín después de algunos momentos.

—¡Las coincidencias!...

—Si conocieseis el mundo como yo, si hubieseis tenido que luchar como yo he luchado, no os sorprenderían ciertas cosas, y sabríais que la suerte de la criatura depende con frecuencia de lo que parece más insignificante, de una casualidad imprevista, de una coincidencia la más extraña.

—No os comprendo.

—Antes os he dicho que hay quién solicita vuestro amor, y si á vuestros padres no ha pedido vuestra mano, ha sido por miramientos de una delicadeza exajerada.

—¿Y qué me importa si no puedo amar más que á David?

—Os importa mucho, porque precisamente es David quién ha pedido vuestra mano.

—¡David!—exclamó Isabel con asombro y júbilo.

—¿No habéis conocido que os ama?

—¡Ah!... ¡David!...

—Eso he dicho.

—Imposible.

—Y como ninguna esperanza tenía, en el trastorno de su dolor quiso buscar la muerte en el campo de batalla; pero ahora al hablar de su viaje y hacerle yo ciertas observaciones, exigiéndole que me respondiese con franqueza como á

vos os he exigido, me reveló el secreto de su pasión.

—¡Dios mío!...

—¿Y qué había yo de contestar sin conocer vuestros sentimientos?

—¡David me ama!...

—Con delirio.

—Pero...

—Ahora decidme si he de guardar el secreto que me habéis confiado.

—¡Dios mío!...

—Con ansiedad espera David mis consejos. ¿Qué he de decirle?

—¿Y eso me preguntáis?...

—Estamos en paz, mi querida niña. Si algún beneficio os hice...

—¿Acabáis de hacerme otro.

—Y todos me los habéis pagado al depositar en mí vuestra confianza.

—Aturdida estoy...

—Volved al lado de vuestra madre, abrazadla, referidle lo que ha sucedido, y si bien le parece que seais esposa de David...

—¿No ha de parecerle bien cuando tanto lo ama?

—Yo me entenderé con vuestro padre.

Ni un instante se detuvo ya Isabel..

Salió del aposento y corrió al de su madre.

—Salid—dijo Quiñones.

Y el huérfano salió.

Con el fuego de su pasión intensa brillaban sus negros ojos.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Cuánta dicha!

Y cogió las manos de don Martín, las estrechó entre las suyas convulsas y ardientes, y se las besó.

—Recobrad la calma.

—¡Cuánto os debo!

—Nada, porque yo no soy el que ha hecho el milagro de que Isabel os ame.

—Pero sin vos...

—El resultado hubiera sido el mismo, porque para vivir unidas se han creado vuestras almas, y contra vuestra voluntad habíais de acercaros el uno al otro.

—Sin embargo...

—Ahora os convenceréis de que habéis sido muy torpe para observar. Salid, pasead y tranquilizaos, y cuando volváis...

—No tardaré.

—Por de pronto me parece que de este feliz suceso no debe decirse nada al señor Antolín.

—Lo que dispongáis, estará bien dispuesto.

—Necesito hacer algunas observaciones antes de adoptar una resolución.

El huérfano repitió las frases que expresaban su gratitud.

Quiñones lo abrazó.

Pocos momentos después salió David de la casa para ir en busca de Simón y hablarle de su dicha.

—Ahora—dijo don Martín—, el señor Jacobo y... ¡quiera Dios que ningún nuevo incidente turbe esta dicha!

Los temores del caballero no eran infundados.

La nueva dicha debía turbarse muy pronto.

Nos trasladaremos á la vivienda de Antolín para saber como los sucesos se preparaban.

CAPITULO XIII

EL SECRETO DEL SEÑOR ANTOLÍN

A la mañana siguiente despertó Simón con una alegría sin igual.

—¡Por Satanás!—exclamó—. Necesito hablar mucho, gritar y reir; necesito beber, emborracharme... ¡Mil legiones!... ¿Qué haré?... No puedo hablar ni divertirme solo. David estará muy ocupado con el objeto de su amor, y el señor Leandro del Castillejo no tiene carácter á propósito para estas cosas. Iré á buscar al señor Antolín, que come como siete, bebe como ciento y habla por los codos. No le diré por qué estoy contento, ni á él tampoco le importa mi reserva, con tal que bebamos y charlemos.

Simón salió de su casa, y media hora después entraba en la solitaria vivienda del hidalgo que se disponía á concluir con las viandas que para almorzar acababa de llevarle su paje.

—¡Vos por aquí!—exclamó alegremente.

—Sí, yo que vengo decidido á que me deis de almorzar y á que vaciemos unas cuantas botellas.

—¡Vive el cielo!... Hoy tenéis otra cara distinta... ¿Qué os sucede?

—Ya sabéis que me disgustaba la estúpida resolución de David, y como ha determinado quedarse, estoy contento.

—¿Y queréis almorzar conmigo?

—No para otra cosa he venido á este desierto.

—Amigo Simón, sentaos y escuchadme.

—Ya os escucho.

—No almorzaréis en mi compañía, sino con una condición.

—Decid.

—Que guardaréis el más profundo secreto sobre todo lo que aquí suceda, y que ni aún á David le diréis una palabra..

—¿Pero que puede suceder que deban ignorarlo nuestros mejores amigos?

—Ya lo veréis.

—Señor Antolín?

—¿Almorzaréis ó no?

—Almorzaré.

—Jurad por lo que mejor os parezca y quedaré tranquilo, pues ya sé que aunque plebeyo puede fiarse en vuestras palabras.

—Pues bien, juro guardar el secreto, y lo juro hasta por Satanás.

—¡Bravo!

—Habéis picado mi curiosidad...

—Vais á divertiros más de lo que imagináis.

El gigante miró á su alrededor como si buscase la explicación de las extrañas indicaciones del hidalgo.

Dispúsolo todo el señor Antolín, y cuando ya no tenía que hacer más que principiar el almuerzo, desenvainó su larga tizona, la colocó junto á la silla que debía ocupar, abrió la trampa ó compuerta conocida de nuestros lectores, y dijo con imperioso tono:

—Salid.

Simón, que empezaba á sentirse aturdido por la sorpresa, fijó la mirada en la entrada del subterráneo.

Oyóse el ruido de un leve roce que sonó en la escalerilla, y algunos momentos después asomó una cabeza cubierta de blancos y encrespados cabellos, cuyos desiguales mechones cubrían parte de

una frente pálida y surcada de arrugas y de un rostro demacrado, cadavéricamente lívido y horrible hasta lo aterrador.

Hundidos y como dos puntos luminosos que brillan en el fondo de una caverna, veíanse los ojos que daban vida á aquel rostro.

Tras la cabeza salió un cuerpo estenuado, aniquilado, un verdadero esqueleto envuelto en negros harapos.

—¡Rayos del infierno!—gritó Simón poniéndose en pie como impulsado por un resorte—. ¡Tripas de Satanás!... ¡Cien mil legiones de condenados!...

Y quedó inmóvil y con la mirada fija como el que ve aparecer un fantasma.

El espectro, porque tal parecía el que acababa de salir de la cueva, era Florentín.

El hidalgo había llevado su venganza hasta la crueldad, hasta un grado inconcebible.

Todos los días á las horas de comer, hacía Santoyo que saliese el abate y le arrojaba algunos huesos ó pedazos de pan, que el infeliz devoraba con avidez.

Terminada la comida, destapaba una botella el hidalgo, y mientras sorbo á sorbo la vaciaba, decía al abate.

—Bailad.

Y si el prisionero suplicaba ó se resistía, á fuerza de cintarazos le obligaba á brincar y dar volteretas por espacio de una hora.

Al cabo de una semana se habían agotado las fuerzas de Florentín y se le veía caer desfallecido, mientras su verdugo se reía alegremente.

¿Puede concebirse nada más horroroso?

Terminada esta diversión, el abate volvía á ser encerrado en la cueva, sin que le sirviesen lamentos ni súplicas, pidiendo la muerte.

—No—decía el señor Antolín—, la muerte no es castigo, porque no se sufre más que algunos momentos, y además juré haceros morir bailando, y un Santoyo, cumple siempre lo que promete.

Por espacio de un mes se había repetido esta bárbara y cruel escena, y el día en que estamos, ya no le quedaban á Florentín fuerzas para sostenerse.

Su aspecto era tal, que hubiera sido difícil reconocerlo.

Como siempre, dejóse el desdichado caer de rodillas, extendió los brazos, y dirigiéndose á Simón, exclamó con voz afónica:

—¡Misericordia!... Vos que tenéis corazón...

—Mi buen amigo—interrumpióle el señor Antolín, hablando con el gigante—, no os olvidéis de vuestro juramento. Comamos y bebamos y luego os divertiréis viendo bailar al señor abate, cuyas piruetas os harán reir de la mejor gana.

Florentín exhaló un gemido y cayó pesadamente.

—¡Vive Dios!—exclamó el gigante con voz de trueno—. Eso no, señor Antolín, eso no...

—¿Tenéis lástima de ese bribón? ¿Habéis olvidado lo que hizo con el pobre David? ¿Ya no os acordáis de que en esa cueva ha sufrido por espacio de doce años la inocente hija del señor Jacobo? ¿Tampoco pensáis que si este miserable hubiera podido nos hubiera descoyuntado en el tormento? No hubiera vacilado este

mónstruo para hacernos bailar en la hoguera, y por consiguiente no hay nada más justo sino que yo me divierta haciéndole bailar en el mismo sitio donde ha cometido el mayor de sus crímenes.

—Pues bien, á pesar de todo eso...

—¡Arriba! — gritó el señor Antolín blandiendo la tizona.

Hizo un esfuerzo el abate para levantarse, pero no pudo.

—¿No veis que está en la agonía?—dijo Simón.

—Lo que veo es que hoy tendré que privarme de mi diversión favorita—repuso el señor Antolín.

Y acercándose al abate, añadió:

—Volved á vuestro nido y que os valga hoy la intercesión de uno de mis mejores amigos.

Florentín, sin poder levantarse, arrastróse hacia la entrada de la cueva; pero como esto no lo hiciese con prontitud, dióle brutalmente con un pie el señor Antolín, y el desdichado rodó por la escalerilla, exhalando un grito desgarrador.

—¿Qué habéis hecho?—preguntó Simón, fijando una terrible mirada en el hidalgo.

—Para que no me llaméis cruel, para que no me acuséis porque me gozo en el tormento de otro, lo he matado.

Simón, jurando y maldiciendo bajó á la cueva.

Claudio Florentín no existía ya; allí no había más que un cadáver rígido y helado.

El gigante dudó si debía castigar la crueldad de Santoyo; pero no sabiendo si aprobaría David su conducta, contúvose, fijó una mirada de desprecio en el señor Antolín, y le dijo:

—Guardaré el secreto, porque lo he jurado así, pero no volváis á darme el nombre de amigo, porque me creeré deshonrado y os mataré.

—¡Señor Simón!...

—¡Basta!... Que Dios os perdone—repuso el gigante, dirigiéndose á la puerta.

—Esperad...

—No.

Cuando el señor Antolín se quedó solo, hizo un gesto de indiferencia y dijo:

—Tendré que almorzar sin más compañía que la de este esqueleto... Paciencia.

Y como si nada de particular hubiera sucedido, sentóse junto á la mesa y empezó á comer con el apetito que siempre lo hacía.

CAPITULO XIV

EL DUELO

Aquella misma noche el señor Antolín fué á buscar á su amigo el vizconde y le dijo:

—No me preguntábais quién era el que amaba á la hija del señor Jacobo de Tordesillas?

—Os lo pregunté, y os lo pregunto, rogándoos que me descubráis el secreto.

—¿Para qué queréis saberlo?

—Porque he concluído por amar con frenesí, y los rivales me estorban.

—Pues bien, ese rival, mi querido vizconde, soy yo.

—¡Vos!...

—Sí, yo, que tengo esperanza de ser correspondido, y que por consiguiente os miro como un estorbo á mi dicha.

—¡Señor Antolín!—gritó el vizconde apretando los puños.

—No hay que dejarse arrebatar por la ira—replicó el hidalgo con calma—. De ilustre cuna soy puedo cruzar mi espada con la vuestra, y todo quedará arreglado con una estocada.

—Ahora mismo...

—Ahora no, porque necesitamos testigos, y si bien os parece, nos veremos mañana al amanecer.

No hablaron más que para ponerse de acuerdo sobre el lugar donde debían batirse, y que sería junto á la solitaria casa en que vivía el hidalgo.

Pocos minutos después de haber salido el sol, el vizconde de la Fuente llegó al lugar de la cita con dos de sus amigos, encontrando al señor Antolín y al huérfano, que se paseaban junto á la casa y hablaban tranquilamente.

Reconocer al vizconde y comprender el motivo del duelo, todo fué uno para David.

¿Reclamaría el principal papel de aquel lance?

Sí, porque él era el verdadero rival, él era el hombre amado por Isabel.

Esto pensó y lo puso en práctica inmediatamente.

—Señores—dijo cuando los otros se disponían á sacar las espadas—, tened la bondad de escucharme.

—Con el mayor gusto.

—Vais á batiros por una mujer...

—Sí.

—Esa mujer es la hija del señor Jacobo de Tordesillas...

No os equivocáis—dijo el hidalgo—, ¿para qué ocultar ya el secreto? Amo á Isabel.

—Yo también la amo—replicó David.

—¡Vos!...

—Sí, y ella me corresponde, y hace dos días pedí su mano y me fué concedida... ya lo veis: pronto será mi esposa, y por consiguiente nadie más que yo tiene derecho á cruzar la espada con el señor vizconde.

Quedaron todos sorprendidos, y después de algunos instantes el vizconde replicó:

—Caballero, del señor Antolín es la preferencia, sin que esto sea un obstáculo para que yo cruce con vos mi espada, si la fortuna me protege; ó le disputéis á él la dama si yo sucumbo.

Negóse David á aceptar esta proposición; pero los que acompañaban al vizconde declararon que era justo y razonable lo que éste decía, y el huérfano hubo de someterse, aunque esforzándose mucho para contener su enojo.

Brillaron los aceros y se cruzaron.

Ambos combatientes eran muy hábiles en el manejo de la espada, tenían costumbre de batirse, y les sobraba el valor.

Pocas veces ha sido una lucha tan igual.

La única diferencia que había, era que el vizconde mostraba impaciencia y parecía que fácilmente podía perder la calma, mientras que el señor Antolín sonreía burlonamente y no manifestaba prisa por concluir.

Su sistema lo conocemos ya desde que lo vimos batirse con Enrique de Marbut: fatigaba á su contrario, procuraba aturdirlo y hacerle perder la sangre fría,

y luego aprovechaba la primera ocasión.

Cinco minutos transcurrieron, asestándose golpes, que fueron diestramente parados.

—Si me matáis—decía Santoyo—, dejaré este mundo con el consuelo de que vos sufriréis la misma suerte muy pronto, porque mi amigo el señor David vale mucho más que vos. Luego debéis tener en cuenta, que si acabaseis con él, lo cual es casi imposible, tendríais que habéroslas con vuestro antiguo conocido Simón, con el mismo que aquella célebre noche os puso en tan grande apuro y os acuchilló bonitamente.

El vizconde no pronunció una palabra.

—Cuidado—dijo el señor Antolín—, que os quedáis en descubierto, y además...

Interrumpióse.

Su espada hirió el rostro del vizconde.

Este rugió como un tigre.

—Convenceos de que valgo mucho más que vos, y si queréis una prueba...

Por segunda vez la espada del hidalgo hirió á su rival; pero entonces fué en un costado donde se clavó.

—No podréis continuar.

—Sí—gritó el vizconde ciego de ira.

Y aunque estaba gravemente herido, aprovechando las fuerzas que le quedaban, avanzó, movió su espada con una rapidez inconcebible y la hundió en el pecho del señor Antolín.

Este quedó inmóvil por un instante.

La tizona se escapó de su mano, su cuerpo vaciló y cayó en brazos de David.

El vizconde se sintió desfallecer y tuvo también que ser auxiliado por uno de sus amigos.

Desde aquel momento no se ocuparon éstos y David más que de cumplir los deberes que les imponía la humanidad.

El señor Antolín fué llevado á su casa, donde quedó sin conocimiento.

El vizconde, aunque perdía bastante sangre, no se había desmayado, y pidió que lo llevasen al coche que á poca distancia de allí habían dejado por lo que pudiera suceder.

Hiciéronlo así, y uno de los testigos se ofreció á llevar la noticia del suceso á casa de don Martín de Quiñones, para que el señor Jacobo ó cualquier otro médico fuese inmediatamente á prestar al hidalgo los socorros que necesitaba.

Una hora después, don Martín de Quiñones, Jacobo de Tordesillas, Leandro del Castillejo y Simón, se encontraban con David junto al herido.

Todos esperaban con ansiedad el fallo de la ciencia.

El señor Jacobo examinó cuidadosamente al hidalgo, y dijo:

—No morirá inmediatamente; pero es imposible salvarlo.

En la vivienda del vizconde tenía lugar una escena parecida, puesto que allí decía también el médico:

La herida está en mal sitio, y creo que el señor vizconde no podrá vivir si Dios no hace un milagro.

Tal fué el resultado de aquel duelo, que aún debía tener otras consecuencias muy desagradables para todos.

CAPITULO XV.

EL SEÑOR ANTOLÍN PRUEBA QUE ES BUEN CÓMICO

La noticia del suceso cundió rápidamente, porque los dos adversarios eran muy conocidos. Hiciéronse comentarios, y de todo ello resultó que la hija de Jacobo fuera objeto de la atención del mundo.

Así la pobre niña, que siempre vivió sin que de ella se cuidase nadie, llegó á ser, contra su voluntad, una mujer notable. Entonces su tristísima historia se repitió con los comentarios que eran consiguientes y como consecuencia inevitable se habló de David, que era el amante correspondido.

Muchos hombres de ilustre cuna y ricos, hubieran dado su corazón y su nombre á Isabel, porque ya tenía el doble atractivo de su belleza y del papel que representaba en aquella historia interesante como ninguna.

Los murmuradores desataron sus lenguas, y el pobre David fué el blanco de los tiros de los envidiosos.

Téngase presente que además del doble atractivo de que hemos hecho mención, la joven tenía otro de muchísima importancia, el de las riquezas que debía heredar, y que la ponían al nivel de muchas damas que vivían con ostentoso lujo; y como si todo esto no fuese bastante, tenía también el apoyo, la protección de don Martín de Quiñones, que representaba el primer papel en la corte.

Los que no tenían que hacer más que ocuparse en los asuntos ajenos, trabajaron sin descanso y con un acierto digno de mejor causa, hasta que consiguieron averiguar la historia de David.

¿Quién era?

Un desdichado huérfano que había vivido amparado por la caridad de unos cuantos infelices, y que debió considerarse muy afortunado cuando el abate lo protegió y lo hizo su criado.

Nadie comprendía que á un hombre de estos antecedentes y que ni siquiera se había hecho rico, se le concediera la mano de una mujer como la hija de Jacobo, que al fin era de noble cuna y debía heredar grandes riquezas.

Pocas personas, muy pocas, hicieron justicia al desdichado huérfano; pocas comprendían que éste mereciese la dicha que había conseguido.

Los envidiosos se consolaban diciendo:

—Ese matrimonio acabará mal. La hija del señor Jacobo, encerrada siempre y sin ver más hombre que el abate, que por cierto es horrible, le ha parecido que el señor David es un prodigio de hermosura; pero cuando viva algún tiempo entre el bullicio del mundo y compare á su pobre marido con los demás caballeros de la corte, se arrepentirá, y tras del arrepentimiento sucederá lo que Dios quiera.

No tenemos que decir que se equivocaban los que hacían estas suposiciones absurdas.

Entregándose á ilusiones, algunos caballeros de los más ricos, intentaron galantear á Isabel: pero ésta los miró á todos con la más fría indiferencia, mientras que parecía complacerse en distinguir al huérfano en presencia del mun-

do con todas las demostraciones del más tierno cariño.

Ocho días después del duelo murió el vizconde.

En cuanto al señor Antolín, su estado era grave, aunque la herida se curaba; pero el señor Jacobo decía siempre:

—No se salvará. Vivirá un mes ó dos, ó tal vez más; pero sucumbirá, sin que haya poder humano que su muerte evite, porque ha quedado interiormente una lesión que no tiene cura.

No se hacía ilusiones el señor Antolín.

—Esta broma concluye—decía—y no me sorprende, porque alguna vez había de concluir. Nunca he deseado llegar á viejo, porque no hay nada que me parezca tan feo como la vejez. Para los viejos están de más las mujeres, el vino y todas las alegrías. Les faltan las fuerzas y no pueden moverse, bullir, agitarse, y si alguien los ofende tampoco pueden sacar la espada. ¿Qué les queda? Ni un goce, ni siquiera uno, como no sea el de irse al jubileo para rezar, ó el de recordar su juventud y hablar de sus hazañas. Mi herida se cura rápidamente: pero disminuye mi vigor, y siento una cosa que no acierto á explicar, pero que comprendo que es la mano de la muerte que me acaricia. Lo mismo sentía cuando me acariciaba mi sublime esposa Angélica. Abrigo la esperanza de no encontrarla en el otro mundo, porque ella estará en la gloria y yo iré al infierno por el camino más corto.

Así hablaba el señor Antolín en presencia de sus amigos, y á pesar de lo grave de su estado, se reía, y con frecuencia comía con Simón y bebía más de lo conveniente.

Pocos hombres miran con tanta serenidad el sepulcro que á sus piés se abre.

Empero su aspecto cambiaba y también su conversación en presencia de otra persona, y de ésta debemos ocuparnos particularmente.

Nos referimos al padre Fulgencio.

Apenas el duelo tuvo lugar, presentóse el jesuíta en la morada del señor Antolín mostrando el más vivo interés por la la salvación de éste.

Quince días después y cuando Santoyo se encontraba mucho mejor y tuvo permiso del médico para ocuparse de sus asuntos, le dijo una mañana al padre Fulgencio:

—Tenemos que hablar y espero que me escuchéis para que mi conciencia quede tranquila.

—Cumpliré así mi deber—respondió el jesuíta, mientras su mirada escudriñadora se fijaba en el hidalgo.

El semblante de éste revelaba una tristeza profunda.

No parecía el mismo hombre.

El cambio se explicaba perfectamente.

—Padre—dijo después de algunos momentos—, mi fin está cercano.

—¿Quién sabe?

—Yo lo sé, porque lo presiento.

—Sin embargo, estáis mejor y vuestra herida puede considerarse ya curada.

—Han cambiado mis ideas, siento como nunca he sentido, y se ha operado una variación tal en mi ser que yo mismo no me conozco.

—Consiste en que con el tiempo, la experiencia y sufrimientos ha desperta-

do, en estos momentos, vuestra conciencia.

—Sí, pero eso precisamente es para mí un indicio de que voy á morir.

—La muerte nos amenaza á todas horas desde que nacemos.

—Pienso en mi pasada vida de desórdenes y me horrorizo.

—La divina gracia — murmuró el jesuíta.

—Debo creer que un instante de arrepentimiento sea suficiente para la salvación de mi alma.

—Sí.

—Y sin embargo, no acabo de comprender cómo es tanta la misericordia divina que me perdona.

—Porque es infinita.

—Supongamos que vivo un mes ó dos.

—¿Y para qué queréis suponer eso?

—Para deciros que me parece mejor arrepentirme y rogar á Dios por espacio de ese tiempo en vez de hacerlo no más que por algunos minutos en la hora de la muerte.

—Eso es indudable.

—No tengo fuerzas para entregarme á las alegrías borrascosas de mi pasada vida, y siquiera por egoísmo debo procurarme la tranquilidad del alma, la paz de la conciencia. Este goce nunca lo he conocido, y ahora me parece el más dulce.

—Dios os bendiga.

—Una duda me ocurre y á vos acudo para que disipéis las nubes que envuelven mi inteligencia.

—Decid.

—Cuando una criatura es virtuosa porque le faltan las fuerzas para ser mala, ó lo que es igual, cuando no es que la criatura domina sus pasiones, sino que las pasiones dejan á la criatura, ¿qué mérito tiene su virtud?

—Mérito tiene, porque siempre resulta el bien que es agradable á Dios. Además, cuando el hombre quiere ser malo, lo es aunque las fuerzas le falten, porque sí á unos extravíos no se entrega, busca otros, y meritorio es tener fe en la justicia divina, esperarlo todo de su infinita misericordia, en vez de entregarse á pensamientos puramente mundanos y pecaminosos. El arrepentimiento es también un acto de virtud. ¿No tenéis fe?

—Eso sí, padre mío.

—¿No tenéis esperanza?

—En el Omnipotente.

—¿Deseáis el bien para vuestro prójimo?

—Hasta mis enemigos.

—Pues virtudes son esas que nada tienen que ver con la falta de vuestras fuerzas.

—Ciertamente.

—Si á más de esas virtudes ejercitáis actos meritorios de esos que redundan en gloria del divino Creador, habréis adelantado mucho, muchísimo para la salvación de vuestra alma.

—Comprendo.

—Continuad sin vacilaciones por el camino en que habéis entrado, y dejad lo demás al cuidado de Dios, que es nuestro amoroso padre, y como padre hace cuanto hay que hacer por el bien de sus hijos.

—¡Ah!... Habéis dado luz á mi inteligencia y á mi espíritu una tranquilidad,

que vale mucho. No comprendía más que los goces materiales, ahora comprendo los del alma.

—¡Bendito sea Dios!

—Ya no dudo, ya no vacilo.

—Y si vuestra enfermedad os hace sufrir...

—No me importa.

—Bienaventurados los que sufren, porque en la otra vida gozarán.

El señor Antolín, que probando estaba, ser un cómico muy hábil, suspiró lánguidamente, tomó la diestra del jesuíta, y la besó con profundo respeto.

Luego dijo:

—Pasemos á otro punto.

—Vuelvo á escucharos.

—No tengo hijos, ni parientes, y mis amigos son ricos todos.

—Ya lo sé.

—En estos últimos tiempos desde que cambié de vida gracias á la generosidad de don Martín de Quiñones y de su pariente don Raúl de Lancaste, y también del honrado Tordesillas, he podido reunir una verdadera riqueza, pues pasa de doce mil escudos los que ahorrados tengo y guardados en ese arcón.

El jesuíta fijó una mirada en el arca de que ya hemos hecho mención, mirada tan codiciosa como las que en otro tiempo fijaba el señor Antolín en el arca de tres llaves de la sublime Angélica.

—Es una cantidad respetable—dijo el padre Fulgencio.

—Bien puede ser la felicidad de una ó de varias familias; pero yo desearía que á la vez que pobres fuesen virtuosas, y ya sabéis que en lo de la pobreza y las virtudes hay desgraciadamente mucha farsa y puede haber mucho engaño. Mis fuerzas no me permiten dedicarme á hacer averiguaciones, ni la muerte me daría tiempo para semejante cosa.

—Ciertamente.

—Además quiero hacer algo también en favor de mi alma.

—Muy bien pensado.

—Y como todo esto no puedo realizarlo acertadamente sin el auxilio de una persona que me inspire completa confianza y que por sus condiciones especiales no pueda cometer ningún abuso, he pensado en vos.

—Señor Antolín...

—Perdonad, que aún no he concluido.

—Sigo escuchando.

—Si yo dejase cuanto poseo á la Compañía de Jesús, los santos varones que la componéis podríais con más acierto que yo dedicar á sufragios por mi alma lo que bien os pareciese, y hacer algunas obras de caridad que recayesen en personas no solamente necesitadas, sino de verdadera virtud.

—Ahora me dejáis perplejo.

—¿Y por qué, padre mío?

—Porque mis consejos pueden parecer interesados, perteneciendo como pertenezco á la Compañía de Jesús.

—¡Interesados!...

—Sí.

—¿Acaso vos ni ningún individuo de la Compañía puede ser más rico ni más pobre de lo que es?

—No.

—Nada posee ninguno de ellos.

—Ni puede poseer.

—Los mismos goces y los mismos sufrimientos han de tener siendo la Compañía muy rica ó siendo muy pobre.

—Es cosa sabida.

—¿Qué os importa que la Compañía de Jesús herede ó no?

—Nada.

—Suponed que determino dejar mis bienes á una comunidad de dominicos.

—Me regocijaría.

—Sí, tendríais la misma satisfacción, porque el resultado era el mismo.

—Sin embargo.

—Son exagerados vuestros escrúpulos.

—Puesto que os empeñáis...

—Lo que deseo saber es si la Compañía podrá ocuparse en que se cumpla mi voluntad.

—Tiempo le sobra para hacer todo aquello que ha de redundar en mayor gloria de Dios, porque su misión no es otra, ni otro su fin ni su objeto, y ya sabéis que nuestro lema es...

—Sí, *ad majorem Dei gloria*.

—Y para mayor gloria de Dios, se hacen las obras de caridad y se ruega por las almas que en este mundo se purificaron con el agua del bautismo y se mancharon con los extravíos de las pasiones mundanas.

—Entonces...

—Pero debéis reflexionar muy detenidamente.

—Ya he reflexionado porque otra cosa no tenía que hacer.

—Consultad con otras personas.

—¿Y con quién?

—Ahí tenéis á don Martín de Quiñones, que aunque no es teólogo, su buen juicio...

—Hemos hablado de este asunto.

—¿Y qué os ha dicho?

—Que bien le parecerá lo que yo determine, y que si pienso en dejar mis bienes á la Compañía de Jesús, en esta determinación hacía algo de justicia de compensación por lo que sucedió en París.

—Entonces...

—No he olvidado que impulsado por la codicia, entablé una lucha, engañé á la desgraciada Angélica, y cometí todas las maldades, hasta que conseguí que aquella mujer tan cándida como desgraciada, me nombrase su heredero. Diez mil escudos tomé que no habían de servir más que para lo que han servido, para fomentar mis vicios, mis pasiones, para que se perdiese mi alma, y entre tanto la Compañía de Jesús se ha visto privada de ese dinero, con el que hubiera podido hacer muchas obras de caridad, empleando también una buena parte en sufragio del alma de Angélica.

—Exactamente.

—No creáis que se me ocultan las consecuencias de mi criminal proceder, pues veo que hasta el alma de mi esposa ha sufrido con mis extravíos, viéndose privada de los sufragios que para su alma, pudo tener.

—Y quizá en estos momentos...

—¡Ah!... En estos momentos quizás el alma de mi esposa sufre en el purgatorio, porque yo he gastado en divertirme lo que debió emplearse para ayudar á salvarla.

—¡Cuánto me complace óiros hablar así!

—Tan presente tengo todo eso, que

al dejar á la Compañía de Jesús mis bienes, lo haré con la condición de que se ruegue lo mismo por el alma de mi esposa que por la mía.

—Y así se hará, porque es muy justo.

—En realidad yo soy deudor de diez mil escudos á la Compañía de Jesús. Cantidad que le arrebaté trastornando la cabeza de una mujer infeliz y cándida.

—Me parece que sí.

—Y si ahora lo dejo á la Compañía doce mil escudos, debo considerar que no doy más que dos mil, que es cosa de poquísima importancia.

—La cantidad no se mira, sino la voluntad.

—Yo desearía ser mucho más rico.

—Considerad como cierta vuestra salvación.

—Espero que con frecuencia me visitéis, porque vuestras dulces palabras fortificarán mi espíritu, y ya que nada tengo que esperar del mundo, quiero ocuparme á todas horas de Dios.

—Descuidad, que no han de faltaros mis visitas.

—Gracias, padre mío.

—También rogaremos al Omnipotente que os devuelva la salud.

—Fácilmente puede hacerlo; pero no abrigo esperanza, ni tampoco tiene para mí la existencia grandes atractivos.

—El de hacer bien al prójimo.

—Pero como no tengo familia, no me considero ligado al mundo por nada.

—Dios determinará lo más conveniente.

—Espero sus fallos y los respetaré.

—Hoy mismo daré parte á mi superior de este suceso feliz, que celebraremos con acción de gracias al Omnipotente.

—Sois muy bondadoso.

—¿Nada más deseáis, señor Antolín?

—Que Dios os dé mucha salud.

—Y á vos os conceda su gracia.

Así terminaron la conversación.

Otra vez y muy respetuosamente besó el señor Antolín la diestra del jesuíta.

Este salió.

El hidalgo soltó una carcajada estrepitosa, exclamando luego:

—¡Tripas de Lucifer!... Lo ha creído todo... ¡Mil rayos! ¿No tengo motivo para estar orgulloso?... ¡Engañar á un jesuíta!... Está visto: valgo mucho, soy un gran hombre... ¡Cómo se le alegraban los ojos cuando yo hablaba de los doce mil escudos!

Pocos minutos después llegó Simón.

—¿Qué hora es?—le preguntó el hidalgo.

—Más de las doce.

—Pues decidle á mi lacayo que nos sirva inmediatamente de comer, y digo que nos sirva, porque supongo que vos me acompañaréis.

—Ningún inconveniente tengo.

—Supongo que ya me habréis perdonado por aquello del abate.

—¡Rayos!

—Si ahora viviese, ¿os consideraríais seguro?

—No.

—Pues entonces...

—Pero no era menester martirizarlo, porque una cosa es la defensa y otra la crueldad. Al enemigo se le da un golpe, se le inutiliza, se le mata; pero eso de divertirse viéndolo sufrir...

—Ya pasó aquello.

—Pero no me habéis dicho dónde disteis sepultura al cadáver de Florentín.

—Lo sabréis á su tiempo, amigo Simón.

—No soy curioso.

—Ya lo sé.

—Parece que hoy estáis más animado.

—No os equivocáis, porque hace un rato he gozado mucho.

—Me alegro.

—He conseguido engañar al padre Fulgencio.

—¡Vive Dios!

—¿También eso os disgusta?

—Es que me parece imposible.

—Y sin embargo es verdad.

—¡Engañar á un jesuíta!

—Y que ya cree firmemente que ha de heredar la Compañía de Jesús los doce mil escudos que le he dicho que tengo ahorrados.

—Si eso habéis conseguido...

—He probado que valgo mucho.

—Sí.

—De la comida os olvidáis, Simón, y como la alegría me abre el apetito...

—Pues comeremos.

Una mesa fué colocada junto al lecho.

Lo primero que hizo el señor Antolín fué beber, pues ya sabemos que esta era su costumbre.

Palabra por palabra refirió cuanto había hablado con el padre Fulgencio.

Simón se reía de la mejor gana.

¿Quién hubiera creído que el señor Antolín estaba seguro de morir en breve plazo?

Lo repetimos, pocos hombres con tanta serenidad verían la muerte.

—Y otorgaré testamento—decía el señor Antolín—, y declararé que de cuanto poseo nombro heredera incondicionalmente á la Compañía de Jesús.

—Y otra vez les sucederá á los jesuítas que al abrir un arca, creyendo encontrar un tesoro...

—Poco á poco, amigo Simón, porque un tesoro poseo además de los miles de de escudos que tengo ahorrados.

—¡Un tesoro!

—Sí.

—¡Truenos!... ¿También de mí queréis burlaros?

—Palabra de honor.

—¿Y en qué consiste el tesoro?

—Ese es mi secreto, que no lo conoceréis sino cuando yo deje de existir.

—Debo respetar vuestra reserva.

—Y si no la respetaseis sucedería lo mismo.

—De manera que...

—Desearía resucitar y vivir siquiera media hora cuando el jesuíta se hiciese cargo de la herencia, porque había de gozar como no he gozado en mi vida, mucho más de lo que gozaba al hacer bailar á Florentín.

—El diablo que os entienda.

—Pero como no he de resucitar, tengo que contentarme con figurarme lo lo que ha de suceder.

—Me parece que hacéis todo lo posible para ganar el infierno.

—¡Cien mil legiones!... Y tengo la seguridad de que allí he de encontrar á muchos amigos de este mundo.

—Probablemente.

Terminaron la comida.

A las tres de la tarde se fué Simón.

Luego don Martín de Quiñones visitó al hidalgo.

—Llegáis á tiempo—le dijo éste.

CAPITULO XVI

OTRA CONFERENCIA

Aquel era sin duda el día de las conferencias.

—Parece que estáis muy animado—dijo Quiñones al señor Antolín.

—Consiste en que á más de haber comido muy bien en compañía de Simón, he conseguido burlarme del padre Fulgencio, engañándolo como puede engañarse á un niño.

—Y es la segunda vez que eso conseguís.

—Convenido ha quedado que yo otorgue testamento y deje cuanto poseo á la Compañía de Jesús.

—Muy bien.

—Pero debéis comprender que no he de terminar mi existencia cometiendo esa tontería, y por consiguiente me falta ponerme de acuerdo con vos.

—Decid lo que deseáis.

—He repetido mil veces que tengo la seguridad de morirme muy pronto, y por consiguiente quiero adoptar las precauciones para evitar que los jesuítas se regocijen con mi dinero. Habéis sido muy generoso, y como hace bastante tiempo que vivo ordenadamente, y también me favoreció la fortuna los últimos meses que jugué, he reunido una cantidad respetable, con la que quiero hacer un beneficio, porque algo bueno he de hacer en mi vida.

—Me alegro mucho.

—Lo que yo pueda necesitar en el tiempo que me queda de vida, vos me lo daréis.

—Sí.

—¿Para qué quiero guardar esos miles de escudos? Pueden robarme ó morir repentinamente, y entonces irían á manos de los jesuítas.

—Vais á pedirme que yo lo guarde...

—Voy á disponer desde luego de esa cantidad; pero vos tenéis que servir de intermediario para rogarle que la acepte á la persona á quien la destino.

—La comisión no puede ser más agradable.

—Quiero que David tenga algo que sea suyo más del dote de su esposa.

—¡Ah!...

—¿Qué tal os parece la idea?

—Bien, señor Antolín, muy bien.

—Seguro estoy de que no querrá aceptar, y por eso precisamente apelo á vuestra influencia, porque si vos se lo mandáis, os obedecerá.

—Creo que sí.

—Para acallar sus escrúpulos, le diréis que si llego á salvarme, recobrando la salud, lo cual tengo por imposible, aceptaré la devolución del dinero.

—Entendido.

—Decidle también que si rechaza este recuerdo mío, no conseguirá más sino que los jesuítas se aprovechen del dinero, pues á su favor he de otorgar el testamento, y se apoderarán de cuanto aquí encuentren.

—No os equivocáis.

—La delicadeza tiene sus límites, y así debéis hacerlo comprender á David.

—Descuidad.

—Hoy mismo ha de quedar en vuestro poder el dinero, porque de otra manera yo no estaré tranquilo.

—Sois previsor.

—Y prudente y juicioso.

—Cosa extraña.

—Síntomas inequívocos de que voy á morir pronto.

—Vuestros temores son exagerados.

—¡Vive Dios!... ¿Creéis que le tengo miedo á la muerte?

—No; pero...

—Y me alegro morir, puesto que ya en este mundo no me queda más que la vejez, que es lo que más me horroriza.

—Sin embargo, el instinto de conservación...

—Yo no quiero la vida, sino para moverme, para gozar y reir, y los viejos no gozan ni se ríen. Dejemos esta conversación que no tiene nada de agradable, y puesto que de acuerdo estamos en que obligaréis á David para que acepte mis ahorros, os referiré lo que me ha sucedido con el padre Fulgencio, porque estoy seguro de que habéis de divertiros.

—Y me conviene conocer la situación, porque no sabemos lo que puede suceder.

—¿Aún teméis que se presente el abate?

—Empiezo á creer que ha dejado de existir, porque después del tiempo que ha pasado...

—Dios lo sabe.

—Mientras no tengamos la seguridad de que ha muerto, no estaré tranquilo.

—Si me hubieseis dejado retorcerle el pescuezo...

—No, señor Antolín, eso no.

—Caballero, permitidme recordar algunos antecedentes, no sólo para justificar mi odio á Florentín, sino también mi proceder en esta ocasión, porque voy á morir y deseo que mi memoria no sea para vos desagradable.

—No he olvidado nada de lo sucedido.

—Sin embargo, lo recordaré.

—Hacedlo si así os place.

—Florentín cometió conmigo un abuso que no tiene ejemplo. En su derecho estaba para exigirme que yo asesinase al señor Jacobo de Tordesillas; pero según las condiciones de nuestro criminal contrato, mi obligación quedó cumplida después de hacer lo que hice en París y de haber desaparecido el señor Jacobo.

—A pesar de todo eso, Florentín quiso obligaros para que lo sirvieseis, y os amenazaba con el papel que tan imprudentemente firmasteis.

—En eso consiste el abuso.

—Reconozco que teníais un motivo para odiarlo; pero recobrasteis el documento, lo convertisteis en cenizas, y como ya nada teníais que temer, pudisteis perdonar.

—Quedaba nuestra situación.

—Nos hemos defendido.

—Sucede en algunas situaciones que es preciso hacer un gran mal para que sea posible un bien; y cuando nadie tiene valor para hacer el mal de que se trata, se reconoce que sería preciso y conveniente para la justicia. Vos no podéis ser asesino en el sentido tan lato que dais á esta palabra; pero no negaréis que si una enfermedad hubiera puesto término á la existencia del abate, la situa-

ción hubiese cambiado y la justicia hubiese ganado mucho.

—Ciertamente.

—Pues si en vez de una enfermedad, un desalmado hubiese asesinado á Florentín, vos hubieseis condenado el crimen; pero al mismo tiempo hubierais reconocido que era una gran fortuna.

—¿A donde vais á parar?

—Es muy sencillo.

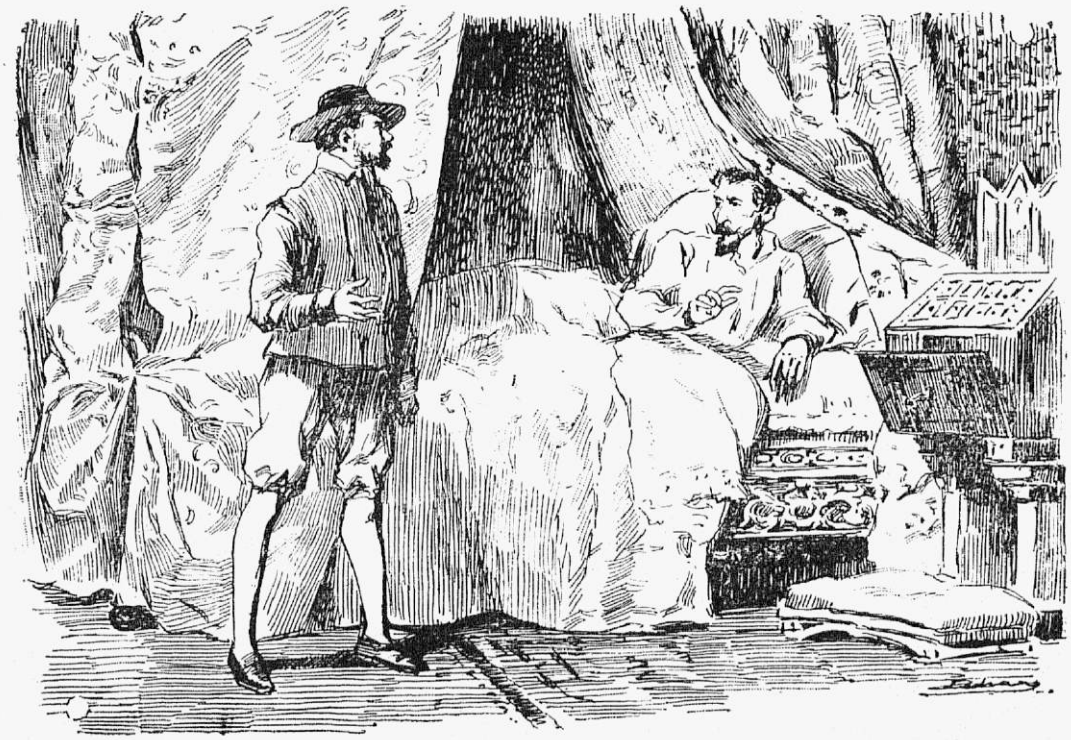
—Veamos.

—Si yo, desobedeciendo vuestras órdenes, hubiese matado al abate, tendríais derecho para quejaros de mí; pero yo tendría en cambio la satisfacción de haberos hecho un gran beneficio, y mi acción tendría un doble mérito, puesto que no esperaba recompensa de nadie.

—Señor Antolín—dijo Quiñones—, hablemos con claridad.

—Me parece que mis razonamientos son claros.

—Hace algún tiempo vuestra conducta es misteriosa.



—Pues decidle á mi lacayo que nos sirva inmediatamente de comer. (Pág. 61.)

—Eso me lo habéis dicho muchas veces, y os he dado la explicación.

—Cuando se habla de Florentín decís cosas muy extrañas, y me parece que en la situación en que nos encontramos, y cuando estáis al borde del sepulcro, debierais decir la verdad, si es que sois mi verdadero amigo.

—¡Tripas de Lucifer!... Ningún hombre me ha dominado más que vos.

—A pesar de eso, no consigo que me habléis con claridad.

—¿Qué deseáis saber?

Dijisteis un día que teníais motivos para creer que Florentín no había muerto, y que estaba oculto en Madrid.

—Sí, eso dije.

—¿En qué os fundabais?

—Ese secreto no lo conoceréis sino después de mi muerte.

—Vuestra reserva...

—Os convenceréis de que no significa desconfianza ni es una deslealtad.

—Ello es que vive Florentín, que vos sois la única persona que tiene noticia de su paradero, y que nosotros no podemos guardarnos como nos conviene, porque ignoramos donde se encuentra nuestro enemigo.

—Tranquilizaos, don Martín.

—¿Cómo queréis que me tranquilice?

—Nada tenéis que temer del abate.

—¿Ha muerto?—preguntó Quiñones, mientras fijaba en el hidalgo una mirada ansiosa.

—¡Tripas de Lucifer!... Me apuráis con vuestras preguntas.

—Sigo la conversación que vos habéis querido entablar.

—No, caballero, eso no es exacto, pues lo que yo deseaba era justificar mi odio y mi proceder en este asunto.

—¿Y cómo queréis justificar hechos que desconozco?

—Ahora escucharéis mis razonamientos, y después que yo muera sabréis lo demás, y entonces pronunciaréis el fallo.

En vano cavilaba don Martín.

No podía emplear las amenazas para obligar á Santoyo, puesto que éste se encontraba á los bordes del sepulcro.

Tenía que resignarse el caballero.

—Ya me conocéis—dijo.

—Como nadie os conoce.

—Bien sabéis que á mis más encarnizados enemigos los he perdonado.

—Sí.

—Y aunque vos, impulsado por vuestro deseo de venganza y más bien por un celo exagerado en nuestro favor hubierais asesinado á Florentín...

—También me perdonariais.

—No lo dudéis.

—Nunca lo he dudado.

—Entonces vuestra reserva no se comprende.

—Es que mi secreto más importante no se refiere á la vida de Florentín, hay otras circunstancias, y antecedentes, y detalles... En fin, señor de Quiñones, tened paciencia, que yo también la tengo á pesar de que voy á morir. ¿Nada concederéis á quién se encuentra con un pie en la sepultura sin que haya remedio humano que lo salve?

—No solamente eso, señor Antolín, sino mucho más os concedería.

—Gracias.

—De este asunto nada os diré, y me concretaré á escuchar lo que vos tengáis á bien decirme.

—Pues he concluído.

—Queda pendiente no más el asunto de vuestros ahorros.

—Me alegraría que hoy mismo os llevaseis el dinero.

—Hoy quedará en mi casa.

—Y prohibidle al señor David que me venga con discursos sobre este negocio, porque mi deseo es que acepte sin decirme una palabra.

Tranquilamente continuaron hablando.

Don Martín de Quiñones se despidió y se fué.

Aquel mismo día el dinero fué llevado á su casa, y aquel mismo día también habló del asunto con el huérfano.

Perplejo quedó éste.

Dudó y buscó mil razones para no aceptar; pero don Martín supo obligarlo con razonamientos que no tenían réplica.

Hasta cierto punto David era rico, salvo el caso de que el señor Antolín recobrase la salud.

Siguió cavilando Quiñones para adivinar lo que Santoyo no había querido decirle.

Simón, aunque era muy torpe, comprendía perfectamente el plan del hidalgo, puesto que conocía el secreto de la muerte del abate.

—Me parece—decia—, que han de suceder cosas buenas el día de la muerte del señor Antolín.

—¿Qué opinas?—le preguntó el huérfano

—Ya sabes que tengo la cabeza muy dura.

—Sin embargo, tu tranquilidad...

—Te diré una cosa que no quiero repetirla.

—Sepamos.

—Me sucede lo mismo que á Santoyo, y también guardo un secreto.

—¡Simón!...

—Lo guardo á la fuerza; pero ello es que lo guardo.

—¡Secretos para mí!...

—Nunca los he tenido; pero como juré callar y sé cumplir mis juramentos.

—Basta, Simón, que no he de ser yo quién te obligue á olvidar lo que has prometido.

—Cuando muera el hidalgo otra cosa será.

—Eso significa que la promesa se la has hecho al señor Antolín.

—Sí.

—Y prueba también que en ti ha tenido más confianza que en nadie.

—Es verdad.

—Me alegro, Simón, porque así ha hecho Santoyo justicia á tus nobles sentimientos.

—Después se arrepintió; pero ya no podía retroceder.

Desde aquel día se concretaron á esperar los sucesos, porque otra cosa no era posible hacer.

La opinión del señor Jacobo en cuanto al enfermo, era siempre la misma.

—No vivirá—decía—, y morirá más pronto de lo que he creído.

Efectivamente, las fuerzas del hidalgo disminuían con rapidez.

Presentábanse sintomas alarmantes, y quince días después lo sostenía su fuerza de voluntad.

No le era posible abandonar el lecho.

Otras dos semanas pasaron.

—Esto concluye muy pronto—dijo el señor Jacobo.

Apenas tomaba ya alimento el señor Antolín y no bebía más que algunos sorbos de vino.

A todas horas lo devoraba la fiebre.

Los momentos que tenía de algún vigor juraba y maldecía con cuanta fuerza le era posible, ó se complacía en hablar con el padre Fulgencio de la ilusoria herencia.

Ni un solo día dejó el jesuíta de visitar al enfermo.

Siempre su mirada codiciosa fijábase en el arca de los barrotes de hierro.

Por fin una mañana dijo Santoyo:

—La broma concluye y quiero otorgar testamento.

—Vendrá un escribano—le respondió Quiñones.

—Y también ha de estar presente el padre Fulgencio para que no le quede duda de que cumplo lo prometido.

—Se le avisará.

—Y todos vosotros, y doña Isabel y su hija, á la que yo no miro con ojos de enamorado, porque las mujeres no tienen en este momento ningún atractivo para mí.

El deseo del hidalgo fué cumplido inmediatamente y con toda exactitud.

CAPITULO XVII

LA AGONÍA DEL ILUSTRE SANTOYO

En todos los semblantes se pintaba el dolor, pues las nobles almas de nuestros amigos no podían ver con indiferencia la muerte del hidalgo.

Tanto se había demacrado éste y había envejecido, que no era fácil reconocerlo.

—¡Fuego de Satanás—decía de vez en cuando con voz débil.

Y sus ojos se revolvían en sus órbitas, y su mirada fijábase vagamente en sus amigos.

El escribano se sentó junto á la mesa, encabezó el testamento con las fórmulas de costumbre y de ley, y luego dijo al hidalgo:

—Ahora declarad lo que bien os parezca.

—Esperad un momento, porque estoy muy debilitado y necesito recuperar las fuerzas. Amigo Simón, dame un poco de vino generoso, que este es el último servicio que has de prestarme... ¡Vive el cielo!... ¿Te acuerdas de aquella noche que cenamos tan alegremente después de haber hecho bailar á Florentín?... ¡Rayos!... La vida es buena cuando hay fuerzas para divertirse.

—Señor Antolín—dijo el padre Fulgencio—, esos pensamientos mundanos, esos recuerdos.

—Es verdad, son pecaminosos... ¡Tripas de Lucifer!... Quiero morir cristianamente.

—Pues por eso...

—Que el diablo me lleve si no estoy verdaderamente arrepentido.

—¡Jesús!...

—No hagáis caso de mis juramentos, porque esto es cuestión de costumbre; pero... ¡Vive Dios!... ¿No me dáis el vino?

—Aquí lo tenéis.

—Gracias, amigo Simón... ¡Qué bien nos entendiamos!... ¿Y Juan?

—Aquí estoy—dijo el criado.

—¿No quieres brindar conmigo?

—Con mucho gusto.

—Será el último brindis, y por consiguiente...

—Por vuestra salud.

—Y yo brindo por otras cosas que callo y que luego os diré.

Bebió el señor Antolín.

—Esto es otra cosa—dijo—; el vino es la mitad de la vida, y la otra mitad las mujeres; pero... Perdonad, padre Ful-

gencio: son los últimos desahogos... ¿Estáis dispuesto ya, señor escribano?

—Sí.

—Pues en pocas palabras os diré mi última voluntad, y vos la consignaréis con todas las fórmulas que sean necesarias.

—Escucho.

—En presencia de cuantos se encuentran aquí y con mi sano juicio y cabal entendimiento, declaro que quiero, deseo y es mi voluntad, que cuanto poseo sea para la compañía de Jesús, sin ninguna clase de condición; y cuando yo muera, el padre Fulgencio, aquí presente, quedará dueño de cuanto hay en esta casa, y nadie le pondrá estorbos para que inmediatamente haga cuanto se le antoje.

—Entendido.

—Y si se necesitan declaraciones más terminantes para evitar dudas y cuestiones, las haré.

El hombre de la fe pública escribió.

Todos guardaron silencio.

Simón sonreía; pero de su sonrisa no se apercibió nadie más que Juan.

Vamos á ver algo divertido.

Media hora después leyó el escribano cuanto escrito había.

—¿Está bien?—preguntó.

—A mí bien me parece—respondió el señor Antolín—; pero deseo conocer la opinión del padre Fulgencio.

—Bien está—dijo éste.

—Pues no faltan más que las firmas.

—Venga la pluma.

Se incorporó Santoyo, tomó la pluma y dijo:

—Diez años hace, y estando también en el lecho, aunque con mucha salud, muchas fuerzas, mucha hambre y ningún dinero, puse también mi nombre ilustre en un papel que me presentaba el abate Florentín, y recibí en cambio una bolsa, que era el precio de la vida del señor Jacobo de Tordesillas. ¡Cuánta diferencia desde entonces!... Ahora el señor Jacobo cavila y hace todos los esfuerzos imaginables para salvar mi vida. A París marché; mis amigos saben lo que hice allí, y entre otras cosas debo recordar que tuve el placer de ensartar, por supuesto en buena lid, al muy noble y magnífico caballero Enrique de Marbut, que se permitió ofenderme con una broma demasiado pesada, porque no sabía lo que es un hidalgo español y particularmente lo que es un Santoyo. Entonces firmé para recibir dinero y cometer un crímen, y ahora firmo para darlo y hacer una buena obra. Y ya que hablo de este asunto, padre Fulgencio, quiero recomendaros que alguna vez apliquéis la misa por el alma del abate Florentín, porque es muy probable que vuestro sufragio necesite.

—Se cumplirá vuestro deseo, que prueba generosidad, porque Florentín fué vuestro enemigo.

—Lo he perdonado con toda mi alma, siquiera porque me proporcionó algunas distracciones, de las que participó mi amigo Simón.

—Señor Antolín—replicó el gigante—, mejor hariais en firmar sin decir lo que que todos sabemos.

—Tenéis un gran corazón.

—Después hablaremos hasta que os canséis; pero ahora...

—Firmo.

Y así lo hizo el hidalgo.

Los testigos firmaron también, y lo fueron don Martín de Quiñones, Leandro y Juan.

El primero le pagó al escribano, que se despidió muy cortesmente y se fué.

El enfermo dijo que deseaba tener una una conferencia con el jesuíta, y á solas quedó con él.

Otra vez mostrose muy humilde y contrito..

Aún desconfiaba el padre Fulgencio, porque veía que de vez en cuando recordaba el señor Antolín con cierta complacencia sus extravíos.

Convinieron en que aquel mismo día cumpliese Santoyo sus últimos deberes de cristiano, y así se hizo, sin que tuviese lugar ningún incidente digno de mención.

Cuando salió el jesuíta, encontróse con un hombre que por allí vagaba entre la espesura de la arboleda, y que le preguntó:

—¿Tenéis que darme más instrucciones?

—Ninguna.

—Pues entonces...

—Ni por un solo instante perderéis de vista la casa.

—Descuidad, padre mío.

—Mientras no estén más de los que ya conocéis, seguid observando, pero si otra persona viniese, sea cualquiera su aspecto ó su clase...

—Tendréis el aviso inmediatamente.

—Sin perjuicio de seguirla y averiguar quién es.

—Comprendo.

—A la hora conveniente vendrá vuestro relevo.

—Aquí me encontrará cumpliendo mi deber.

—Que Dios os bendiga.

—Y á vos os dé salud.

El padre Fulgencio se alejó y desapareció.

Pasó el día.

Aquella noche se agravó el señor Antolín; pero de vez en cuando juraba y maldecía.

Simón y Juan no se separaron del lecho.

Al amanecer se presentó Jacobo de Tordesillas.

Examinó detenidamente al enfermo, y luego dijo:

—Si hoy no muere, como es lo más probable, dejará de existir mañana al amanecer.

—Creéis — le preguntó Juan—, que debo avisar á mi señor?

—Sí, porque ya no hay momento seguro..

—También le enviaremos recado al jesuíta.

—Pronto vendrá sin necesidad de aviso.

Así sucedió.

Cuando el padre Fulgencio conoció el fallo terrible, dijo:

—No me moveré de aquí, porque este desgraciado necesita los auxilios espirituales.

—Haced lo que mejor os parezca..

Seguro estaba el jesuíta de que el señor Antolín no había otorgado nuevo testamento, puesto que no había entrado allí ningún escribano.

—Por esta vez—decía para sí—, sería

muy difícil que me arrebatasen la herencia.

Junto al lecho se sentó, dirigiendo las más dulces palabras al hidalgo.

Este apenas oía, porque se encontraba bajo la influencia del sopor de la fiebre.

De vez en cuando abría los ojos, miraba al jesuíta y murmuraba algunas palabras que no podían entenderse..

Dos horas después hizo un esfuerzo, y dijo:

—Padre, os recomiendo la lectura de un escrito que encontraréis en el arca con mi tesoro.

—Descuidad.

Las horas pasaron con penosa lentitud para el jesuíta.

En cuanto al señor Antolín no debieron parecerle breves ni largas, porque conciencia no tenía de su existencia..

Sus amigos pasaron allí casi todo el día.

Muchas veces fué el señor Jacobo.

Todavía hizo esfuerzos para prolongar la existencia del hidalgo; pero nada conseguía.

La noche llegó.

Quiñones, David, Leandro Juan y Simón determinaron quedarse allí, además del señor Jacobo.

El padre Fulgencio dijo que no podía separarse del paciente en aquellos supremos instantes.

La noche no pudo ser ni más triste ni más penosa.

El enfermo apenas daba señales de vida.

Poco antes de que amaneciese abrió los ojos y se reanimó.

—¡Cuernos de Satanás!—murmuró débilmente—. Tanta gente honrada rodeando el lecho de un bribón.. No lo merezco, y... ¡Rayos!... ¿Y Simón? ..

—Pensad ahora en la salvación de vuestra alma — le dijo el padre Fulgencio.

El señor Jacobo, que con atención profunda observaba al hidalgo, le dijo al padre Fulgencio.

—Esto puede considerarse concluído.

—Se reanima...

—Es el último destello de la luz para apagarse.

—¡Infeliz!...

—Lo peor es que no da muestras de arrepentimiento.

—Oyendo estáis como jura y maldice.

—Dios tenga piedad de su alma.

No se equivocaba Tordesillas.

Brilló la aurora.

Dejáronse ver los primeros rayos del sol.

El jesuíta miraba el arcón que contenía el tesoro.

—Amigo Simón — dijo el hidalgo—, dame un poco de vino.

—Si el señor Jacobo lo permite...

—Puede hacer lo que quiera.

Pocos momentos después el señor Antolín tomaba la copa y decía:

—Me he divertido bastante, y no me quejo... Ahora también me figuro lo que sucederá después de mi muerte... ¡Mil rayos!... La sublime Angélica me llama, y Florentín también me aguarda para que ajustemos cuentas... ¡cuernos de Satanás!... Me parece que en el infierno también he de andar á cintarazos y cuchilladas... Desde allí os veré, y os prometo que he de reirme... ¡Tripas de Lucifer!...

Bebió.

De su mano se escapó la copa.

Estremecióse violentamenbte.

Quedó inmóvil.

Había dejado de existir.

—¡Ah!—exclamó el jesuíta..

—Ha muerto, murmuró gravemente el el señor Jacobo.

—Recemos por su alma—dijo Simón.

Todas las frentes se inclinaron.

Cinco minutos después, don Martín le dijo al padre Fulgencio:

—Deseo terminar este asunto, y me alegraría que ahora mismo os hicieseis cargo de la herencia.

—Quedaréis complacido.

CAPITULO XVIII

LO QUE HABÍA EN EL ARCA

A pesar del testamento y de que no se había separado un solo instante del señor Antolín, no estaba completamente tranquilo el padre Fulgencio, pues recordaba que de vez en cuando el moribundo había sonreído como maliciosamente y había pronunciado frases que no estaban de acuerdo con sus actos de humildad.

Aunque el testamento lo conocían todos, se leyó nuevamente.

Luego preguntó el jesuíta:

—¿Tenéis noticias de que otro testamento haya otorgado después de éste el señor Antolín de Santoyo?

—Bien sabéis que no, pues después no habéis salido de aquí.

—Había declarado que era dueño de doce mil escudos.

—Perdonad—dijo Quiñones—; pero no encuentro semejante declaración en este documento, sino solamente la expresión de la última voluntad del difunto, legando todos sus bienes á la Compañía de Jesús, y diciendo que el tesoro que posee se encuentra en el arca con barrotes de hierro que está junto á su cama.

—No importa que en el testamento no fije la cantidad.

—Pero deseo que se proceda con exactitud y que conste que lo que pertenece á la Compañía de Jesús es cuanto se encuentra dentro de esta casa.

—Eso es.

—Por mi parte nada tengo que ver en este asunto. He cumplido lealmente lo que os prometí hace algún tiempo, y Dios sabe que ni siquiera indirectamente he influido en las últimas determinaciones del señor Antolín.

—Lo creo porque os conozco.

—Por el contrario, siempre que ha hecho la más leve indicación de necesidad de dinero, se lo he dado á pesar de que yo sabía que le sobraba. Soy demasiado rico y no me importa que algunos miles de escudos vayan á parar desde mis arcas á manos de tal ó cual persona.

—Nada de eso puede ponerse en duda.

—Reverendo padre, yo también como buen español tengo mis ribetes de supersticioso ó cosa parecida.

—¡Vos!...

—Sí.

—Me parece, don Martín...

—Os lo diré con franqueza: creo que en este lugar, en el interior de esta casa no puede suceder nada provechoso para

los intrigantes, ó de otra manera, me parece que este sitio está destinado para que sufran desengaño y castigo los que no han procedido rectamente.

—Tal vez.

—Aquí cometió el abate Florentín el mayor de los abusos; aquí tuvieron lugar los sucesos más horribles; aquí, por razones que aún no he podido adivinar, ha encontrado la muerte el señor Antolín de Santoyo, cuya historia fué demasiado negra, y no necesito recordar, porque todos la conocéis.

—Cualquiera creería, señor de Quiñones, que á mí también me acusáis; y presente está el señor Jacobo de Tordesillas, que bien puede decir si á la protección de la Compañía de Jesús no le debe su salvación.

—¿Y lo protegisteis con el solo fin de hacer un beneficio y de favorecer la verdadera justicia?—replicó don Martín mientras desplegaba una sonrisa irónica.

—Los que reciben un beneficio no deben meterse en averiguaciones de las causas porque se les hace.

—Pero los demás que observan pueden apreciar eso y juzgar á las personas. Además, grandes sufrimientos se hubiera evitado el señor Jacobo si en París se le hubiera dicho quienes eràn y lo que se proponían los españoles á quienes miraba con desconfianza.

—En cuanto á eso...

—No tenemos para qué hablar.

—Ciertamente; pero...

—El señor Jacobo os ha perdonado con toda su alma, y yo os perdono también, con tanto más motivo cuanto que ningún mal me habéis hecho.

—¿Dónde vais á parar con esas observaciones?

—Me conviene recordaros que si bien es cierto que os prometí no intervenir para nada en lo que se refiriese á la última voluntad del señor Antolín de Santoyo, cierto es también que nada he garantizado.

—Y cualquiera que sea el resultado de este asunto, ninguna responsabilidad tendréis.

—Pues eso es lo que me interesaba consignar.

—Lo cual prueba que teméis...

—Todo y nada.

—Y os fundáis...

—En que nunca he creído en el arrepentimiento del señor Antolín.

—¡Oh!—murmuró el jesuíta cuya frente se contrajo.

—Las últimas palabras que ha pronunciado no eran las del pecador contrito.

—No.

—Lo último que ha pedido no fué la bendición del sacerdote, sino un vaso de vino.

—Reminiscencias.

—Y como decía que en el infierno había de reirse mientras nos contemplaba...

—Don Martín, acabaréis por ponerme en gran cuidado.

—No ignoráis, porque os lo he dicho, que se mostró cruel hasta lo inconcebible con el abate, y de un hombre así, no debe esperarse nada bueno.

—Vuestros temores son exagerados y más bien debéis pensar en Florentín,

quizás en estos momentos se prepara para descargar un nuevo golpe.

—Nos defenderemos, y Dios nos protegerá, no lo dudéis.

—Así lo deseo, pues ya sabéis que no soy amigo de los inquisidores.

—He terminado, padre Fulgencio.

—Pues en nombre de Dios.

El jesuíta introdujo la diestra bajo la almohada del lecho de Santoyo, y sacó la llave del arca donde tantas veces había fijado su mirada codiciosa.

Se arrodilló.

A pesar del dominio que tenía sobre sí, temblaban sus manos.

Introdujo la llave en la cerradura.

Reinó un silencio absoluto, y que era imponente en aquellos momentos.

Dió vuelta á la llave el jesuíta.

Quedó inmóvil.

Entonces Simón empezó á sonreir maliciosamente.

¿Por qué?

Debemos recordar que nadie más que él conocía el secreto del hidalgo.

Como no se trataba entonces de ningún acto de crueldad, Simón gozaba.

En el arca misteriosa fijábanse las miradas de todos.

El padre Fulgencio abrió y miró también con ansiedad al interior del mueble.

Abriéronse sus ojos como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Nerviosa palidez cubrió su semblante.

Hubiérase dicho que se había petrificado.

En algunos momentos ni siquiera respiró.

Por fin exhaló un grito desemplado, grito que expresaba lo mismo la ira que el terror.

Los demás retrocedieron como horrorizados, y Simón, sin manifestar sorpresa, exclamó:

—¡Mil rayos!

¿Qué habían visto?

La crueldad del señor Antolín de Santoyo fué más allá del sepulcro.

En el interior del arca estaba el cadáver de Florentín, que consumido antes de su muerte, no se había corrompido.

Aquella momia horrible, con los ojos abiertos, fijos, sin brillo ni expresión, y la boca también abierta y secos los labios, no podía ser mirada sin espanto.

—¡El abate!—exclamaron todos.

—¡Oh!—murmuró el padre Fulgencio.

Y otra vez quedaron inmóviles y silenciosos.

Se realizaron los temores de don Martín.

¿Qué debió sentir el jesuíta?

No es posible adivinarlo.

La burla no había podido ser más sangrienta.

¡Y el padre Fulgencio no podía vengarse!

No, ni siquiera este consuelo le quedaba.

Después de algunos minutos, Simón rompió el silencio para exclamar:

—¡Tripas de Lucifer! Ahora me divierto porque no se le hace mal á nadie... Todo eso lo sabía yo; pero no he podido decirlo, porque prometí guardar el secreto, y cuando hago una promesa la cumplo.

—¡Que lo sabías!—dijo don Martín.

—Sí, y os lo explicaré, porque me

parece que ahora no estoy obligado á guardar el secreto.

—Sí, es preciso que lo expliquéis, porque así conviene para la justificación de nuestro leal proceder.

—Pues todo ello es muy sencillo: mientras estábais en palacio la noche en que el rey nos hizo justicia, el señor Antolín buscó algunos bribones y se apoderó del abate cuando lo llevaban preso.

—¡Ah!

—Escapó de un peligro para caer en otro mayor.

—Y aquí lo traería...

—Y lo encerró en esa cueva, donde tantos años estuvo la hija del señor Jacobo.

—¡Hija mía!... Dios perdone á su verdugo—dijo Tordesillass.

—Vísteis que desde entonces el señor Antolín pasaba aquí la vida.

—Para vigilar al abate...

—Para otra cosa, pues todos los días, á las horas de almorzar y de comer, le mandaba salir, obligándole á bailar...

—¡Horror!...

—Y luego, como se hace con un perro, le arrojaba un pedazo de pan ó un hueso. Así se divertía.

—¿Y tú?...

—Yo ignoré todo hasta que un día me reveló el secreto después de exigirme la promesa de guardarlo. Y aquel mismo día, en mi presencia expiró el abate, como ya no podíamos resucitarlo, era inútil que yo os dijese nada. Aquello me desagradó mucho, y ya no fuí amigo del señor Antolín como antes lo había sido; pero me tranquilicé, porque tenía la seguridad de que ningún daño había de hacernos nuestro enemigo.

—Ahora lo comprendo todo.

El jesuíta, que había escuchado con atención profunda á Simón, se puso en pie y le dijo.

—¿Y el dinero?

—No lo sé, aunque supongo que el señor Antolín jugaría y lo perdería, y si no ha jugado, de seguro se lo ha dado á cualquiera ó lo ha tirado para evitar que vosotros os lo llevéis, porque os aborrecía. En París se burló de vosotros y ahora también, y si resucitase haría lo mismo mil veces. Lo que yo ignoraba era que en el arca tuviese guardado el cadáver de Florentín, pues creí que lo había dejado en la cueva, y ya estaba yo pensando en darle cristiana sepultura.

A pesar de toda su calma, no pudo el padre Fulgencio dominarse y prorrumpió en exclamaciones y denuestos contra el hidalgo.

La escena que entonces tuvo lugar no es descriptible.

Quiñones la terminó diciendo:

—Padre Fulgencio, puesto que ahora representáis á la Compañía de Jesús, dueña absoluta de cuanto aquí se encuentra, aquí os quedáis. Nosotros perdonamos á cuantos nos han hecho mal, y espero que vos hagáis lo mismo.

Nuestros amigos salieron.

El jesuíta, como si aún no quisiera convencerse de que el señor Antolín se había burlado de él, registró la casa sin olvidar la cueva.

No encontró ni un maravedí.

Salió para dar parte de lo sucedido, y

una hora después cundía la noticia y se hacían comentarios de todas clases.

CAPITULO XIX

LO QUE DETERMINÓ EL SANTO TRIBUNAL

El Santo Oficio se puso en conmoción.

El suceso tenía mucha importancia, y era preciso hacer algo, siquiera por el decoro y el prestigio del Santo Tribunal.

Inmediatamente se determinó apoderarse del cadáver del hidalgo y honrar el de Claudio Florentín.

Con todas las formalidades declaró el Santo Oficio que el abate era un verdadero mártir, y que había muerto en olor de santidad, como lo probaba el no haberse corrompido su cuerpo.

Aquella misma tarde los inquisidores, con mucho acompañamiento, cruces, cirios y todo lo demás que el caso requería, fueron en procesión á la solitaria casa.

Muchos curiosos y fanáticos se les reunieron, y el acto tuvo así una solemnidad imponente.

No se olvidó ninguna ceremonia.

Cuando entraron en la casa principiaron por reconocer el cadáver de Florentín, declarando muchos testigos que aquel era el cuerpo del virtuoso inquisidor.

En seguida, y aunque parezca inverosímil, un reverendo dominico que presidía el acto, le dijo al médico que le acompañaba:

—Reconoced ese cadáver, y decid si el estado en que se encuentra es el natural.

El médico obedeció.

Bien sabía que cosa muy natural era que no se hubiese corrompido aquel cuerpo ya tan enjuto antes de perder la vida; pero se guardó muy bien de decir la verdad, porque conocía su época, conocía también á los inquisidores y estaba seguro de quedar muy comprometido si declaraba contra la opinión que estos habían manifestado.

Reconoció el cadáver mirándolo atentemente, palpándolo y hasta oliéndolo, y después con grave tono, dijo:

—Para que se encuentre como se encuentra este cuerpo, se necesita un milagro, pues no hay corrupción en ninguna de sus partes, no hay la más leve alteración, está lo mismo que nosotros, sin más diferencia que la de faltarle el alma, y si Dios dispusiesse volverle la vida, lo veríais bueno y sano y sin la más leve molestia.

—¡Ah!...

—Esto no es natural, es prodigioso, aquí hay milagro, y en lo demás no puedo meterme, porque á la autoridad eclesiástica le toca decir lo que el milagro significa.

—¿Estáis dispuesto á firmar la declaración que acabáis de hacer?

—Sí.

—¡Loado sea Dios!

El escribano consignó las palabras terminantes del médico, y éste firmó sin vacilar, y más hubiera declarado y firmado si más se le pidiera.

También firmaron el acta muchos testigos.

El cuerpo de Florentín fué colocado en un ataud muy lujoso que se había llevado al efecto.

Inmediatamente se procedió contra el criminal.

Muchos testigos afirmaron que el cadáver que se encontraba en el lecho era el del señor Antolín de Santoyo.

Al padre Fulgencio se le había citado también para que declarase, y así lo hizo, repitiendo las palabras de Simón.

El médico reconoció también el cuerpo de Santoyo, afirmando que no tenía vida.

Inmediatamente se dispuso que el cadáver del criminal fuese conducido á uno de los calabozos de las cárceles secretas de la Inquisición, dejándolo allí hasta que terminase la causa y se pronunciase la sentencia.

Esta debía ser la de quemar el cadáver en el primer auto de fe, como se hacía siempre que los condenados á morir no eran habidos sino después que perdían la existencia.

Hubo bastantes ejemplos de desenterrar cadáveres para llevarlos á la hoguera.

Con estos actos de profanación, que revelaban, no la severidad de la justicia, sino una saña impía, se daba satisfacción al lastimoso fanatismo de aquellos tiempos.

Acababa de ocultarse el sol cuando terminó el solemne acto.

La procesión volvió á ponerse en marcha.

Los cirios esparcían su luz rojiza.

Los sacerdotes, con voz grave, entonaban rezos por el alma de Claudio Florentín.

La comitiva tuvo que pasar por delante de la antigua vivienda de Jacobo donde tantos recuerdos había de los crímenes del abate.

El cuerpo de éste fué llevado á la iglesia de Santo Domingo el Real para dejarlo allí expuesto á la pública veneración.

Preciso fué poner muchos esbirros que lo guardasen, porque á centenares acudían los infelices fanáticos con la pretensión de que se les permitiese llevar como reliquia alguna pequeña parte, siquiera el trozo de una uña del mártir Florentín.

¿Y nuestros amigos?

No se consideraban seguros, y particularmente Simón creyó conveniente ocultarse.

Si los inquisidores hubieran sabido que ya don Martín de Quiñones no tenía la influencia que antes con el rey, lo mismo el noble caballero que sus amigos y protegidos hubieran dormido aquella noche en los calabozos de la Inquisición; pero el Santo Oficio no llevó á tanto su atrevimiento, temeroso de algún conflicto.

Al día siguiente y desde muy temprano la iglesia de Santo Domingo el Real se vió á todas horas invadida por la multitud fanática, que contemplaba con tanta admiración el cadáver de Florentín.

La parte más ignorante del pueblo quiso averiguar si otra persona tenía parte en el martirio del inquisidor, y esto hizo doblemente crítica la situación de nuestros amigos.

Así se turbaba la dicha de Isabel y de David.

Todo estaba dispuesto para que se casasen y determinaron que la unión se realizase cuanto antes.

—Y luego—dijo el señor Jacobo—, si queréis seguir mi consejo, nos alejaremos de la corte.

—Sí—respondió su esposa—, porque aquí no tenemos más que recuerdos desagradables.

—No os iréis solos—dijo Quiñones.

—Vuestra situación es distinta.

—Os equivocáis.

—Nadie se atreverá á molestarnos.

—Motivos tenéis para conocer el mundo; pero no conocéis al monarca.

—¿Acaso?...

—Lo que acaba de suceder le proporciona un pretexto para hacerme salir de Madrid. Ahora no me teme y...

—Creo que os equivocáis — replicó Isabel.

—No se equivoca—dijo David.

—Lo veremos.

—Nada se perderá con hacer los preparativos para el viaje.

—De todas maneras quiero descansar una temporada en el campo.

¿Se equivocaba don Martín?

Pronto veremos que no.

Aquel mismo día el sacerdote bendijo la unión de Isabel y David.

Su dicha estaba realizada.

A la mañana siguiente, Quiñones recibió la orden de presentarse en palacio.

—¿Para qué creéis que me llama su majestad?

Ninguno respondió.

—Viendo estáis que acerté al mandar que se hicieran todos los preparativos para nuestro viaje. Afortunadamente no me hacen ningún mal; pero la injusticia me desagrada. De la corte saldré y luego saldrán de España los moriscos... ¡Oh!... ¡pobre España!

De su casa salió don Martín, encaminándose al alcázar real.

Nunca su continente había revelado tanta altivez, tanto desdén.

Apenas llegó, fué recibido por el monarca.

La sorpresa no debía aturdir á Quiñones, puesto que había previsto lo que estaba sucediendo.

En la cámara real entró con la más perfecta tranquilidad.

Felipe III lo recibió con las mismas demostraciones de cariño que siempre.

Debemos presenciar esta entrevista que fué de mucho interés.

CAPITULO XX

EL DESTIERRO

Quiñones, con el respetuoso tono que debía como vasallo, dijo:

—Señor, espero las órdenes de vuestra majestad.

—Acercaos,sentaos—repuso el rey—; que ahora no nos ve el mundo, y yo no olvido, ni puedo olvidar quien sois, aunque hayan desaparecido las pruebas de los lazos que nos unen.

—Señor...

—Dejad los tratamientos y las ceremonias, hermano mío.

Y Felipe III sonrió, aunque levemente, lo cual muy pocas veces hacía.

Don Martín empezó á desconfiar más que nunca, porque le parecieron malas señales aquellas cariñosas expansiones.

Sin embargo, siguió aparentando perfecta tranquilidad, se sentó, porque tenía que obedecer y se dispuso á escuchar.

El rey dijo después de algunos momentos:

—Tengo la desgracia de que las circunstancias se conjuren contra mí.

—La vida es una lucha—dijo Quiñones por decir algo.

—Y bien penosa por cierto.

—Las circunstancias son el enemigo que desbarata todos los planes.

—Nunca como ahora tengo empeño en daros pruebas de mi cariño, porque tranquilo no estaría si llegaseis á sospechar...

—Perdonadme, señor.

—Decid lo que bien os parezca.

—No pongo nunca en duda la sinceridad de nadie, y si bien es verdad que esta costumbre me ha proporcionado algunos desengaños, verdad es también que me ha dado grandes ventajas, porque así toda la justicia y toda la razón estaban de mi parte.

—Sois un hombre extraordinario y siempre lo he reconocido así.

—Es que las desgracias me han enseñado mucho.

—Los sucesos de antes de ayer han producido una agitación que puede ser peligrosa.

—Esa es también mi opinión.

—Pruebas tengo, como sabéis, de que el abate Florentín era el más criminal de los hombres.

—Sin embargo, si el mundo se empeña en decir que era un santo, triunfará la opinión de todos contra la nuestra.

—No os equivocáis.

—Todo el poder de vuestra majestad es poco para oponerse al pueblo en masa y para evitar que se cometan ciertos abusos.

—Apreciáis con exactitud la situación.

—Desde ayer se verá todas horas llena la iglesia de Santo Domingo el Real, y el pueblo fanático pregunta quien fué el verdugo del mártir, cuyo cuerpo allí contempla. Esto no puede evitarse, señor.

—No es posible, si vos ocupáseis el trono tendríais que someteros á las circunstancias.

—Eso no.

—¿Pues qué haríais?

—Nada tendría que hacer, señor, porque al sentarme en el trono, mi primer acto hubiera sido suprimir la Inquisición, y así frente al poder real, frente al Estado, no habría otro poder que con insolencia humillante provocase el mío.

—¡Oh!...

—Señor, el Santo Oficio es un borrón de España, y un borrón será en nuestra historia.

—Lo que decís es impracticable.

—Cosas más graves se intentan, y desgraciadamente se harán.

—Si os referís á la expulsión de los moriscos...

—A pesar de todos sus inconvenientes y de ser una injusticia y de ofrecer para lo porvenir grandes peligros, como el fanatismo lo manda, se hará, y entonces si V. M. se digna hablarme otra vez como se habla á un hermano...

—Tranquilizaos—interrumpió el rey.

Don Martín se encogió de hombros.

—Aún teméis—añadió el monarca—que obligado por las personas más respetables...

—Otra vez pido perdón á vuestra majestad. Nada temo, nada espero, y si á ilusiones no me entregué en los primeros años de mi juventud, no he de hacerlo ahora que tengo experiencia. He cumplido un deber al levantar mi voz contra esa injusticia, he hecho cuanto me ha sido posible, y tranquila está mi conciencia. Tremenda es la responsabilidad de los reyes, y si en este mundo no hay autoridad que á los reyes juzgue, en el otro han de ser juzgados.

A Felipe III empezaban á molestarle las palabras de don Martín, y replicó:

—El tiempo dirá.

—Volvamos, si á bien lo tiene vuestra majestad, á lo que más interesa en estos momentos.

—Bien me parece.

—Quiero evitar que se cometan abusos, no por lo que puedan perjudicarme, sino porque sería necesario imponer castigos.

—Y tened por seguro que sería inexorable.

—Pues precisamente por eso he adoptado una resolución que espero apruebe V. M..

—¿Y en qué consiste?

—En salir de la corte con mi esposa, mis criados y mis amigos, y no volver hasta que pase mucho tiempo.

—Sois prudente, don Martín.

—Previsor como todo hombre de experiencia.

—Esa determinación presenta un inconveniente.

—Si V. M. me dice cuál es...

—Los comentarios de los murmuradores.

—¡Bah!...

—Como no podemos sujetar todas las lenguas...

—¿Y qué pueden decir?

—Que yo os he desterrado, que os he sacrificado á tales ó cuales influencias.

—No, porque yo aseguraré que me voy porque así lo exige mi salud, porque quiero pasar una temporada tranquila, y añadiré que me ha costado suplicar una y otra vez á vuestra majestad para que me dé licencia y me permita salir de la corte.

—Es buena idea.

—Con eso y con algunas demostraciones cariñosas de vuestra majestad, todo el mundo quedará convencido.

—Admiro vuestro ingenio, don Martín.

—Y no mentiré, puesto que es verdad que deseo pasar una temporada en el campo, gozando con la dicha de esas criaturas á quienes he protegido contra la maldad inconcebible del abate Florentín.

—Estamos de acuerdo; pero á condición de que á la corte volveréis en cuanto se olvide este desdichado asunto.

—Haré lo que aconsejen las circunstancias.

—Don Martín, vuestra acertada determinación me saca de un apuro, y así lo reconozco. Jamás hubiera yo pensado en alejaros de mí; pero ya que vos

lo proponéis, quedaré tranquilo, aunque os echaré mucho de menos.

—Gracias, señor.

—En presencia de todos mis cortesanos os despediré y á nadie quedará duda del amor que os profeso.

—Partiré mañana, si otra cosa no dispone vuestra majestad.

—Lo haréis cuando bien os parezca.

—Esta tarde volveré y vendrá también mi esposa, y públicamente rendiremos á vuestra majestad el homenaje de nuestro profundo respeto.

Don Martín, para evitar que lo desterrasen, dijo que él quería irse, y así también el rey salió de un apuro.

Muy poco más hablaron.

Despidiéronse cariñosamente.

Volvió á su casa Quiñones, y cuando su esposa y sus amigos le preguntaron, respondió:

—El rey no ha podido decirme lo que quería, porque antes yo le he pedido licencia para salir de la corte.

Aquella tarde, don Martín y su esposa se despidieron del monarca en presencia de muchos cortesanos.

Al día siguiente salieron de Madrid con sus amigos, y se consideraron más felices que nunca.

Pocos días después, Felipe III se ocupó nuevamente del asunto de los moriscos, y no tardó en firmar el decreto de expulsión.

Cuatro palabras diremos sobre este punto y terminaremos este libro, ocupándonos también, aunque con brevedad, del Quemadero de la Inquisición, cuyas cenizas se han descubierto mientras escribíamos estas páginas, y en tanto que los representantes de la nación decretaban la tolerancia religiosa, y condenaban los abusos y las persecuciones de los siglos tenebrosos, abusos horrendos, tan horrendos como que, se cometían invocando impíamente el santo nombre de Dios.

CAPITULO XXI

QUE ES EL ÚLTIMO DE ESTA HISTORIA

Desde el año 1602, se agitaba la cuestión gravísima de la expulsión de los moros.

Don Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, fué uno de los primeros que propuso tan injusta determinación, aconsejando al rey que no dejase en España más que á los adultos, para trabajar como esclavos en las galerías y en las minas, y á los niños menores de siete años para educarlos en la religión cristiana.

Don Bernardo Sandoval, arzobispo de Toledo, fué más allá todavía, pues pidió el esterminio de los moros sin perdonar á las mujeres ni aun á los niños.

¿Y en nombre de la religión católica, en nombre de Jesucristo, invocando á Dios misericordioso, se hacía todo eso?

Otros muchos personajes habían presentado iguales peticiones, y la Inquisición se había mostrado muy celosa, descubriendo algunas conspiraciones de los moriscos.

Estos lo habían perdido todo: su religión, su independencia, sus costumbres y hasta sus trajes. Muchas veces vieron cómo se les arrebataban sus hijos,

y eran, en fin, objeto de toda clase de persecuciones y de injusticias.

En vano hicieron reclamaciones contra la expulsión muchos señores, haciendo presente que se perdería la agricultura y que nuestra industria desaparecería. Ni aun á las exhortaciones del Papa Paulo V se dió oídos por el duque de Lerma, que era el verdadero rey.

Firmóse el fatal edicto mandando á los moros partir en término de tres días, y dirigirse á los puertos que se les designasen. Además se les prohibió, bajo pena de muerte, llevar el dinero que poseían, ni ninguna clase de objetos de oro y plata.

Esta última disposición hubo de modificarse porque los desdichados recurrieron á toda clase de medios para ocultar y llevar consigo sus intereses, y entonces se les permitió sacar el dinero y alhajas con la condición de entregar la mitad á los comisarios reales.

Este caudal inmenso no debía entrar por completo en las arcas del tesoro: como si fuese patrimonio de los favoritos del monarca, repartiéronse gruesas sumas con el mayor descaro, pues el duque de Lerma se hizo dar la cantidad respetable de doscientos cincuenta mil ducados; su hijo el duque de Uceda recibió cien mil; el conde de Lemus otros cien mil; y la condesa de Lemus, hija del duque de Lerma, cincuenta mil.

Difícil es fijar el número de los infelices que salieron de España, y solo diremos que no más en el reino de Valencia, disminuyó la población en ciento cuarenta mil habitantes, y quedaron enteramente desiertos cuatrocientos cincuenta pueblos; más de las tres cuartas partes de las aldeas de Cataluña quedaron despobladas y lo mismo sucedió con las montañas de Sierra-Morena, cuyos terrenos no volvieron á labrarse, y eso en una pequeña parte, hasta el pasado siglo.

Los marineros encargados de conducir á Africa á aquellos infelices, consumaron también durante la travesía, actos de ferocidad inconcebibles. Dos capitanes de navio, el catalán Juan Rivera y el napolitano Juan Bautista, hicieron precipitar en las ondas á los moros que habían prometido transportar, haciéndose así dueños de sus riquezas.

Aún después de llegar á Africa, murieron muchos de hambre ó de cansancio: basta decir que de seis mil hombres que se dirigieron á Argel, solo uno, no más que uno, llamado Pedralvi, tuvo la suerte de llegar: todos los demás sucumbieron.

¿Puede darse nada más horroroso?

Pues bien; á esto, para lo que no encontramos calificación, habíase opuesto don Martín de Quiñones y para llevarlo á cabo sin exponerse á reconvenciones y súplicas se le desterró á Galicia, que era lo mismo que incomunicarle con la corte.

Si en la historia de algunos pueblos hay borrones vergonzosos y criminales, este es el más negro de todos.

En los días que tuvieron lugar los últimos sucesos que hemos referido, prepárabase un auto de fe, quizá el de más importancia de los verificados por la Inquisición de Madrid.

El Santo Oficio dióse gran prisa á terminar la causa contra el señor Antolín de Santoyo, y el cadáver de éste fué condenado á la hoguera.

¿Y Crispín?

El desdichado, porque no merece otro nombre, fué también condenado á las llamas, y debía perecer al mismo tiempo que el cuerpo de Santoyo se convertía en ceniza.

La sentencia se cumplió.

Cuando Crispín salió de su calabozo, se encontraba en el más lastimoso estado, y bien puede decirse que no tenía conciencia ni aun de su propia vida. Solo por algunos minutos pareció volver en sí después que fué colocado con las demás víctimas en el brasero. Reconoció el cadáver del señor Antolín, recuerdo y testimonio de tantos crímenes, exhaló un grito y perdió el conocimiento.

Como testimonio de aquellos impíos crueles castigos, hanse descubierto ahora las cenizas del antiguo Quemadero de la Inquisición, y de entre ellas se han sacado huesos calcinados, trozos de cuerdas y trenzas de pelo que habían quedado sin quemar.

En nuestra opinión el sitio donde se ha encontrado este testimonio de la barbarie y el fanatismo, no era el brasero, que estaba situado casi en el mismo sitio donde hoy se levanta el hospital de la Princesa. Allí formaba el terreno naturalmente una especie de anfiteatro, en cuyo centro se colocaba la hoguera.

Terminada la quema, se limpiaba el brasero arrojando las cenizas á poca distancia, cubriéndolas con una capa de tierra y colocando la cruz que había servido para el auto.

Así se explican las capas alternadas de tierra y cenizas grasientas que forman las fajas vistas al dar un corte en el terreno.

—Si conviniera á nuestro propósito, presentaríamos documentos contra documentos para probar que el sitio en cuestión, no era el Quemadero sino el depósito de cenizas de éste.

Una de las cruces de que hemos hablado, se llevó y colocó en la plazuela que hoy conocemos con el nombre de Cruz Verde, porque éste era el color de la referida cruz, y el que la Inquisición usaba como distintivo.

¿Quiénes eran los herejes?

Para nosotros no eran los infelices quemados por la Inquisición, sino los inquisidores y fanáticos que defendían y aplaudían tan impías crueldades.

Nuestros amigos tuvieron que sufrir el destierro, lo cual no les mortificaba, sino en tanto cuanto lo consideraban una injusticia, y por las amargas reflexiones á que daba lugar la conducta del rey.

He aquí cómo terminó la vida de Felipe III: el primer viernes de Cuaresma estaba despachando: el día era muy frío, y el monarca se colocó demasiado cerca de un gran brasero.

Poco tiempo después empezó á sudar y á sentirse sofocado; pero la etiqueta y la gravedad no le permitían quejarse.

Entonces el marqués de Povar se dirigió al duque de Alba, gentil-hombre como él, diciéndole que retirase el brasero; pero el de Alba, escrupulosísimo en cuanto á los deberes de cada cual, dijo que el desempeño de tales funciones le correspondía al sumiller de Corps, duque de Uceda.

Buscaron á éste sin encontrarlo tan

pronto como hubiera sido de desear.

Ya era tarde, y el rey cayó en cama aquel mismo día con una violenta fiebre, presentándosele después una erisipela, que acabó por degenerar en escarlata y quitarle la vida el día 26 de Febrero de 1621.

Así sucumbió, víctima de aquella misma etiqueta que con tanto rigor observaba, y de aquella gravedad que tanto contribuía al aspecto majestuoso de que ya hemos hablado, aspecto que dió lugar á que el duque de Osuna, con la ruda franqueza que lo caracterizaba, no diese á Felipe III otro nombre que el de tambor mayor de la monarquía.

FIN

LAS NOVELAS DE DUMAS

Angel Pitou.

En el próximo número comenzaremos á publicar la hermosa novela de Dumas, ANGEL PITOU, continuación de la serie que principió con LAS MEMORIAS DE UN MEDICO y EL COLLAR DE LA REINA.

Descríbese en ANGEL PITOU, entre otras interesantísimas escenas, el asalto y la toma de la Bastilla, prosiguiendo su desarrollo el drama de la Revolución Francesa.

ANGEL PITOU es una de las novelas más interesantes y más dramáticas de Alejandro Dumas.